

NEREA LLANES



¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

CROSS
BOOKS

Índice

[illegible]

NOA

NOA

WES

NOA

NOA

WES

NOA

WES

NOA

WES

NOA

WES

NOA

WES

NOA

WES

NOA

NOA

WES

NOA

WES

NOA

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Noa y Wes son amigos desde los seis años.

Y se ha dado cuenta de que está enamorada de él.

Lo que no sabe es que Wes siente lo mismo por ella.

Y que, al parecer, no es el único...

Mientras buscan el valor para confesar lo que sienten intentando que todo siga igual, se desvelarán algunos secretos que sacudirán su mundo y el de sus amigos.

Una historia de crecimiento, llena de sentimientos y, sobre todo, del valor necesario para que el cambio sea el comienzo de todo.

¿QUÉ HARÍAS SI PUDIERAS HACER CUALQUIER COSA?

Nerea Llanes



*Para los que alguna vez se han sentido solos mientras crecían y
para que los que no conseguían encajar*

WES

El sol comenzaba a ponerse más allá de las pistas de *skate*. Un recordatorio doloroso de que el final del verano se acercaba. Justo ese día me sentía más nostálgico que de costumbre, quizá porque estaba a punto de empezar el último curso del instituto o tal vez porque aquel iba a ser un día importante y algo dentro de mí lo sabía. Noa volvía por fin de sus vacaciones y yo no podía parar de mirar la hora.

Mis compañeros del colegio bromeaban con el tipo de relación que teníamos Noa y yo. Me preguntaban si jugábamos a las muñecas, si dejaba que me maquillase o si me disfrazaba con su ropa de chica. Ahora que lo pienso, vaya insultos más patéticos. Pero en aquella época hicieron que me plantease si había algo raro en ser tan amigo de una chica. No obstante, podría haber sido peor, podría haberme comportado como un imbécil y haber empezado a quedar menos con ella, aunque debo admitir que lo intenté, una vez.

Me pasé una tarde entera en mi casa tratando de ignorarla. Habíamos quedado y yo decidí no ir sin avisarla. Fueron las tres horas más aburridas de mi vida de niño de primaria. Para las nueve de la noche, cuando ya no lo soporté más, salí a la calle y crucé los menos de cien metros que separaban su casa de la mía. Trepé por el enrejado de la pared y me colé por la ventana.

Noa estaba tirada en el suelo leyendo un cómic. Cuando me escuchó entrar levantó la vista. Yo pensaba que estaría enfadada por haberla dejado plantada, pero no. Solo pareció contenta de verme.

—Mi madre ha hecho tarta *Bakewell* y yo la he ayudado. —Era mi tarta favorita—. Me ha dicho que mañana podemos merendarla. Vienes, ¿verdad?

Fue la única vez que intenté poner distancia entre nosotros. Al año siguiente conocí a Cole y luego más tarde se nos unió Nate. Y, a ver, para ser sincero, son unos tocapelotas, así que también se metían conmigo con el tema de Noa, pero lo hacían de forma amistosa.

Cuando entramos en el instituto ella conoció a Emma y a Zoe, y comenzamos a ir más cada uno a nuestro rollo. Sobre todo porque a veces las líneas de nuestra relación se volvían demasiado confusas. Y también porque resultaba muy tedioso tener que estar explicando constantemente que éramos solo amigos.

Aunque ese «solo» a veces escociese.

—Tío, mañana empieza la última semana de vacaciones. Pienso pasármela entera borracho —

comentó Nate—. ¿Vamos luego a pillarnos unas cervezas?

—Yo paso —dije.

—¿Ya ha vuelto Noa? —preguntó dándome codazos en las costillas. Qué pesado era cuando quería. Asentí y él se rio—. Venga ya, si no ha estado ni dos semanas fuera.

—Pareces un cachorro abandonado —comentó Cole.

—¡Que os den!

Los muy imbéciles no pararon de lanzarme pullitas sobre lo que estaría haciendo de fiesta en la playa. Les gustaba fastidiarme. Nate me enseñaba las fotos que subía y hacía comentarios del tipo: «La pequeña Noa ya no es tan pequeña». Solo para pincharme.

Anil y Jordan, unos amigos de las pistas de *skate*, miraron la foto interesados.

—¿Esa es Noa? ¿La chica que viene contigo de vez en cuando?

—¡Eh, cuidadito! —exclamó Nate—. Noa es como una hermana para mí; si vais a decir algo guarro, mejor os calláis.

—Tú eres el que ha enseñado la foto —explicó Cole con tono aburrido.

—Ya, para fastidiar un poco a nuestro triste Wes.

Noa debía de haber llegado ya a Amber. No quería reconocerlo en voz alta porque me ganaría un coro de risas burlonas, pero sí, la había echado mucho de menos. Hablar por teléfono no era lo mismo y, joder, explicar lo que sentía por ella no era fácil. Ni yo mismo era capaz de entenderlo a veces.

NOA

Estaba deseando ver a Wes. Ya sé que solo habían pasado dos semanas, pero estar tan lejos se me hacía raro. No es que no me lo hubiese pasado bien con mis primas, pero él... A lo largo de los años habíamos desarrollado un sinfín de chistes propios, que por supuesto solo entendíamos nosotros y que eran complicados de explicar. Era eso lo que más había extrañado esos días, el tener a mi lado a una persona que me entendía sin necesidad de palabras.

Cuando entré en mi habitación ya me estaba esperando tirado en la cama. Llevaba unos vaqueros desgastados cortados por la rodilla, una camiseta arrugada, que se le había subido y dejaba ver un trozo de sus abdominales, y unas zapatillas Vans destrozadas. Era obvio que venía de patinar.

Uno de los motivos por los que Wes era mi mejor amigo era por su sentido de la moda. El día que nos conocimos llevaba una camiseta con un dinosaurio manchada de helado de chocolate y unos calcetines de *La guerra de las galaxias* —el recuerdo me hizo sonreír—. No porque tuviese un buen estilo, precisamente, ese era más bien Cole. Aunque había mejorado con los años. Ahora se acercaba a lo *grunge*, pero siempre con su ADN de *skater*. Y yo lo encontraba... atractivo.

—¿Me has echado de menos?! —grité emocionada.

—Ni me he dado cuenta de que no estabas.

—No te soporto —dije, y él me empujó a la cama al pasar.

Le lancé un cojín que le dio en la cara y lo contemplé partiéndome de risa. Intenté escaparme, pero no me dejó. Comenzamos una guerra para ver quién molestaba más al otro. Al final Wes me enrolló en mi propio edredón mientras yo peleaba por escapar y por respirar, porque me estaba ahogando. Después de aquello nos calmamos un poco. Me peiné y me re Coloqué la ropa.

—¿Qué has hecho estas semanas? ¿Algo interesante que contar? Dime, dime.

—Lo dices como si no hubiésemos hablado todos los días.

—Ya, bueno, pero no sé... No es lo mismo.

Wes se estiró en la cama con los brazos detrás de la cabeza y se quedó pensativo mirando al techo, yo le copié la posición y me tumbé a su lado.

—Nate dice que quiere pasarse borracho todo lo que queda de vacaciones, para olvidar que empieza el último curso. Creo que le da pánico entrar en la universidad.

—Me cae bien, pero si pusiera más empeño en estudiar que en beber, quizá aprobaría más...

—Hay fiesta en el Embarcadero. La última del verano. El miércoles. ¿Vas a ir?

—Tú sí, ¿no?

Wes era una persona ultrasociable. No es que fuese supersimpático y extrovertido, pero todo el mundo quería llevarse bien con él. Así que siempre estaba en todas partes. Yo no era así ni de lejos. Mi círculo eran Emma y Zoe; bueno, en realidad éramos más bien un triángulo.

Podría decirse que Cole y Nate también formaban parte de mi pequeño mundo, de hecho los conocía desde antes que a mis amigas, pero no acababa de soltarme del todo con ellos, por mucho que lo intentara.

—Sí.

—Y bueno..., no sé, ¿has conocido a alguien nuevo estas semanas? ¿Alguna chica?

No me contestó enseguida. El único tema del que no le gustaba hablar conmigo era ese: los ligues. Me resultaba extraño porque Wes lo sabía todo sobre mí, le había contado mis pensamientos más profundos, los más oscuros, esos que no me atrevía a confesarle a nadie porque eran demasiado personales o porque me daba miedo que me juzgasen.

Yo también lo sabía todo de él. Cuando teníamos once años me había dicho que a veces creía que no quería a sus padres. No me lo soltó enfadado después de una rabieta, me lo reveló con la voz triste y asustada por ser capaz de pensar algo así. Supe que lo decía en serio. La relación de Wes con sus padres era complicada, y con los años aquella confesión no había hecho más que ir cogiendo fuerza.

Por eso no entendía su reticencia a hablar de chicas; tampoco es que fuera un secreto que Wes salía con tías de vez en cuando. Era muy guapo, el tipo de chico que provoca que quieras quedarte mirándolo fijamente y preguntándote cómo es posible que haya personas así de perfectas, pero lo mejor era su personalidad, o al menos eso es lo que más me gustaba a mí.

Me aterraba que cuando volviese a echarse novia se alejase de mí porque no se viese capaz de hablar conmigo del tema o porque pensase que me iba a incomodar.

—Mmm..., ¿qué más da?

—¿Cómo que «qué más da»? ¿Con Cole y Nate tampoco hablas de estos temas?

—Bueno, sí, pero...

—Entonces ¿por qué te cuesta tanto comentarlo conmigo?

Se rascó el pelo, visiblemente incómodo.

—No sé... Me resulta raro. ¿A ti no?

—No. Si quieres saber con cuántos tíos me he enrollado, te lo diré.

No es que fuese una cifra muy reseñable. Quizá también influyera el hecho de que me preocupaban más otras cosas, como sacar buenas notas, y a veces me perdía en mis pensamientos. Mi madre decía que tenía los estándares muy altos porque no paraba de leer cómics románticos. Y puede que tuviese un poquito de razón. Pero es que ella era la persona más escéptica en lo que respecta al amor que yo había conocido en mi vida.

Desde que murió mi padre no había vuelto a salir con nadie. Y siempre andaba diciendo cosas como que las relaciones se terminan, que no hay que poner demasiadas expectativas en ellas y bla, bla, bla.

Así que no, nunca había tenido novio. Yo era una romántica de corazón, pero sabía que las cosas solo salían bien en el papel. En la vida real los sentimientos dolían y las personas decepcionaban.

WES

¿Con cuántos tíos? ¿Cómo que «cuántos»? Ese uso del plural no me gustó nada. Le fruncí el ceño con la esperanza de que lo hubiese dicho solo para provocarme.

Dios, odiaba hablar de esas cosas con ella. Solo había salido en serio, o medio en serio, con una chica, el curso pasado, y no habíamos durado ni dos meses. Tampoco sé muy bien qué me empujó a aceptar salir con Lana, supongo que me sentí presionado. Mis amigos consideraban que estaba buenísima y que era una tía agradable, y ella misma me había dicho que estaba coladita por mí.

Mis dudas provocaron que todos se me echasen encima y comentaran que a lo mejor con quien quería salir era con Noa. Le pregunté a mi amiga su opinión, convencido de que pondría cara rara, se encogería de hombros y me diría que Lana no me pegaba mucho, o que hiciese lo que me apeteciera, pero que lo diría con la típica voz que usa cuando en realidad algo le parece mal.

No lo hizo. Me dijo que Lana era muy guapa y que siempre había sido muy simpática con ella, así que no veía por qué no. Y me escoció. Así que empecé a salir con ella.

La verdad es que fueron dos meses muy raros. Me distancié un poco de Noa porque tenía que pasar tiempo con una persona más. No me sentía a gusto hablando con ella sobre mi novia, pero se empeñaba en interrogarme sobre el tema o en proponer planes para incluir a Lana. Habría preferido mil veces que se quejase de que apenas nos veíamos, o que me dijese que me echaba de menos, o... no sé.

Así que una noche después de una fiesta en la que Noa y yo apenas nos habíamos hablado porque me había regañado por no prestarle suficiente atención a mi novia, invité a Lana a mi casa y nos acostamos. No fue su primera vez, pero la mía sí. No sentí nada especial. No sé cómo se sintió ella, pero aun así repetimos un par de veces más esa semana.

Pensé que todo iba bien, hasta que vi a Noa. Me preguntó, como siempre, qué tal me iba con Lana, y la sola idea de decirle que nos habíamos acostado me asustó. Me sentí mal. Me sentí... una mierda.

Me planteé callármelo, pero nunca nos ocultábamos nada. Así que se lo dije. Se quedó un rato en silencio mientras yo me removía incómodo. Después me soltó:

—Bueno, iba a ocurrir tarde o temprano. Además, siempre he sabido que tú lo harías antes que yo. Así el día que me toque a mí podrás aconsejarme.

Su voz fue totalmente monótona. Pero la advertencia de que algún día le tocaría a ella..., esa

frase me dejó sin respiración. Para mí Noa seguía siendo aquella niña de seis años a la que había conocido al mudarme a esa calle. No es que no me hubiese dado cuenta de que había crecido, tampoco era ciego, pero es que ella nunca había salido con nadie, ni siquiera mostraba demasiado interés en los tíos, más allá de comentar quién estaba bueno o quién le parecía mono. De modo que la mención del sexo me creó un tipo de ansiedad desconocida. Luego me aclaró que tampoco tenía prisa por hacerlo, porque no se sentía preparada.

Ese mismo fin de semana dejé a Lana.

No me parecía que tener novia fuese para tanto. Nate estaba saliendo con Maze y se pasaban la mitad del tiempo discutiendo... Él decía que lo mejor era la «reconciliación», pero a mí eso no me iba.

Cole sí que salía con un montón de chicas, aunque nunca en serio. Siempre había dicho que pasaba de complicaciones y no paraba de repetírmelo cada vez que me veía mal.

—No hace falta darle tantas vueltas a las cosas. ¿Te apetece? Lo haces. ¿No te apetece? No lo haces —me había dicho una vez con su voz profunda de chico misterioso—. Además, cuantos menos sentimientos haya de por medio, mejor.

Durante las vacaciones de Noa en la playa, mientras me sentía en la mierda porque la echaba de menos de una manera demasiado intensa, un día me contó que había dado su primer beso.

Fue como un golpe de realidad. Una parte de mí había dado por hecho que siempre seríamos ella y yo. Qué pensamiento más estúpido, ¿verdad? Aquel fue el primer clic que sentí en mi mente. Como si todas las verdades que me había negado a ver comenzasen a encajar en mi cabeza.

La noche siguiente a que me contase lo de su rollo de verano yo iba hiperborracho. Estaba con una chica a la que no conocía, seguramente de otro instituto, y me sentía como el fango, una masa espesa de sentimientos de mierda. Y me acosté con ella. Estaba jodido, y lo demás me daba igual.

Porque sí, lo de Noa me había dolido, y mucho, por muy gilipollas que eso me hiciese parecer. Y yo me había enrollado con esa chica para olvidarlo o para vengarme o para... no lo sé. Simplemente había necesitado dejar de sentirme tan mal. Y no se lo había dicho a ella porque no quería que eso cambiase nada entre nosotros. Sobre todo ahora que las cosas empezaban a aclararse en mi mente.

—Es broma, no ha habido ninguno aparte de Philipp. —Noa parecía radiante mientras lo recordaba.

NOA

Philipp estaba de vacaciones en St. Ives, donde vivía mi prima Victoria. Era rubio, alto, con la piel tan blanca que parecía casi transparente, la cara salpicada con algunas pecas y los ojos de color avellana. No era el chico más guapo que había conocido, pero era muy mono, no solo en el sentido físico, sino también por su forma de ser. Tenía una torpeza entrañable y desde que llegué pareció interesarse por mí.

A pesar de que no hablaba bien nuestro idioma —era finlandés—, se esforzó en comunicarse conmigo... Estuvimos haciendo bromas sobre que en su país sus amigos lo llamaban Fifi y una de mis vecinas tenía un perro que se llamaba así.

Me besó una noche que salimos de fiesta. Estuvimos charlando un rato y bailando juntos. No fue el primer beso más perfecto de la historia, pero me gustó. Me agradó saber que alguien se sentía atraído por mí, que deseaba mi atención, que quería que lo besara y que en ese momento me miraba como si no viese a nadie más. Nuestro pequeño momento no duró mucho porque mis primas me llamaron para decirme que nos íbamos ya a casa.

Philipp me llevó de la mano todo el camino y me dio un beso de despedida delante de todos. Estaba en las nubes... Seguramente a Zoe esta historia le parecería de lo más ñoña y cursi. Ya podía oír la preguntándome si tenía catorce años en vez de diecisiete.

La pena es que esa fue la última vez que lo vi. Al día siguiente hicimos plan familiar y el domingo mi madre vino a buscarme para llevarme a Amber. Me puso un poco triste no haber tenido la oportunidad de despedirnos mejor, pero al menos había vivido un fugaz amor de verano.

—Pareces muy contenta.

—Lo estoy. He dado mi primer beso, que ya era hora. —Wes frunció el ceño.

—Qué va, tu primer beso me lo diste a mí.

Cuando teníamos siete años mi madre nos había llevado al centro para ir de compras. A la vuelta se había parado a echar gasolina y nos había dejado a los dos en la parte de atrás del coche, donde yo me había dedicado a torturar a Wes con cosquillas, que le molestaban mucho. Él me había suplicado que parara, enfadado, pero como no lo hice me amenazó con hacerme algo asqueroso. No le hice ni caso, porque quería demostrar que no temía sus amenazas, y entonces me dio un beso, o más bien me pasó la lengua por la boca. Fue igual que si un perro me hubiese dado un lametazo. Le grité y él se rio de mi cara de asco.

—Para empezar, yo no te besé, más bien lo hiciste tú a la fuerza, y, además, eso no cuenta.

Wes se encogió de hombros sin molestarse en discutirlo. A mí se me escapó un bostezo, que se le contagió a él. Había pasado casi cuatro horas metida en el coche y estaba agotada.

Me puse de lado y me quedé mirando el perfil de Wes. De verdad que lo envidiaba: tenía unas pestañas larguísimas que le daban a su mirada un toque misterioso e intenso. También me encantaba el color de sus ojos, de ese verde cristalino. Tenía ojos de gato. A mí los míos no me gustaban mucho. Wes siempre había sido guapo. Había tratado de dibujarlo en más de una ocasión, pero nunca estaba contenta con el resultado, siempre había algo que no era capaz de capturar del todo.

—¿Te quedas a dormir? —pregunté en un susurro, cansada.

Se giró hacia mí, me miró un rato con una expresión indescifrable en el rostro, como si estuviese dándole vueltas a algo.

—Claro —respondió al final.

Wes se levantó y buscó en el cajón, donde tenía guardado un pantalón corto de pijama. Se metió en el cuarto de baño y apareció con él puesto. Yo busqué mi pijama y me cambié detrás de la puerta del armario. Me dejé caer en la cama sintiéndome increíblemente pesada.

—No ronques —le susurré medio dormida.

Me giré y le di la espalda. Lo oí refunfuñar algo mientras me apartaba el pelo de la almohada.

—Eres una pesadilla —lo escuché decirme mientras se acomodaba a mi lado.

Me gustaba que durmiese conmigo, me resultaba tranquilizador.

WES

Me desperté sobresaltado; estaba sudoroso, el corazón me latía a mil por hora y sentía un calor abrasador. Estaba soñando con Noa, haciendo algo perfectamente normal, cuando de pronto se había inclinado sobre mí para besarme y la sensación me había reverberado en los huesos y entonces... Nada. Se había acabado, y por mucho que había cerrado los ojos, el sueño no había vuelto. Me sentí frustrado de la hostia.

Noa estaba dormida boca arriba con las piernas por encima de mí y el pelo esparcido por la almohada. Ocupaba toda la cama en diagonal y yo tenía colocada una de mis manos en su muslo. Le recorrí el rostro con la mirada: las pecas tenues que le salpicaban la nariz y las mejillas, el lunar que tenía debajo del ojo derecho, sus labios entreabiertos. Tenía las facciones suaves y pequeñas. Siempre había pensado que la palabra que mejor la definía era *bonita*.

Y entonces sentí el segundo clic encajando en mi cabeza y me di cuenta de lo que me pasaba, como si una chispa se hubiese encendido en mi cerebro conectando con lo que había sentido el día que me había contado lo de ese tío.

Estaba enamorado de mi mejor amiga.

Una parte de mí se preguntó si no habría sido siempre consciente de ello, pero incapaz de reconocerlo. Porque ahora entendía que las cosas no iban a quedarse así para siempre, que tenía que actuar, porque quería más.

Ahora recordaba con claridad todas las veces que me había sentido cohibido, celoso o confuso con ella.

Como una vez hacía cuatro años, Noa estaba en su cuarto quejándose del calor que hacía mientras se abanicaba con su propia camiseta de pijama cuando la subió demasiado y me mostró un perfecto plano de sus tetas. La muy tonta ni siquiera se dio cuenta hasta que me miró; yo estaba rojo, y me preguntó qué me pasaba. Le grité que tuviese más cuidado y ella se rio para esconder su propia vergüenza y me pidió perdón. Y esa imagen no dejó de dar vueltas en mi cabeza durante mucho tiempo.

Al día siguiente fuimos a la piscina de Cole. Habría invitado a Noa a unirse, pero necesitaba un poco de espacio. Nate estaba escribiendo mensajes muy concentrado y Cole sacaba latas de cerveza de una mini nevera. Sus padres tenían mucha pasta.

—¿Dónde te has dejado a Noa? Pensé que no te despegarías de ella después de lo pesado que

has estado.

—He estado con ella esta mañana, anoche me quedé a dormir en su casa.

—Te juro, tío, que no entiendo cómo podéis hacer eso. Yo no sería capaz de dormir en su misma cama. —Le eché una mirada asesina a Nate por aquel comentario—. No me refería a Noa, sino a cualquier tía en general. —Levantó una mano con gesto solemne—. Noa es como mi hermana, tío.

—¿Irás a la fiesta del Embarcadero? —preguntó Cole.

—Eso creo —dije.

—Pero ¿en serio no os parece raro? —insistió Nate.

—No sé, lo hemos hecho siempre, supongo que es la costumbre, aunque...

Dejé la frase sin acabar. No sabía explicarles cómo me sentía. Nate no me prestó atención porque estaba otra vez con el móvil. Me dediqué a beberme la cerveza tratando de encontrar las palabras. Sobre todo porque sabía que ahora vendrían los «Te lo dije» y los «Ya lo sabía». Al final Cole me dedicó una mirada inquisitiva y me animó a seguir:

—Aunque qué...

—Ha sido distinto —confesé.

Cole me miró sorprendido y puso una expresión que no supe interpretar.

—¿Ah, sí?

Me pasé las manos por el pelo.

—Me gusta. Ya está, ya lo he dicho. ¿Contento?

Tardó unos segundos en contestar, como si lo estuviese procesando.

Me ardían las orejas.

—No sé, se supone que eres el más inteligente de los tres, pero no lo pareces. Has tardado siglos en reconocerlo.

—También soy el más despistado.

Entonces los dos miramos a Nate, que seguía mandando mensajes, y nos reímos. Desde luego, él me ganaba.

—Bien, y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Eso es lo que no sé. Estoy... decidiéndolo. Es complicado.

—Bueno, si quieres saber mi opinión..., yo que tú iría con cuidado. Noa es como ciega para estas cosas, seguro que no se ha dado cuenta. Tío, si nos hemos pasado la vida haciéndole bromas con doble sentido y jamás las ha pillado. Vas a tener que dejárselo clarísimo. Y luego hay otro problema.

—¿Solo uno? —bromeé sin ganas.

—Tendrás que averiguar si te ve como algo más que un amigo, porque, tío, conocemos a Noa desde que teníamos diez años y todavía no es capaz de tocarnos. Nate le pasó una vez el brazo por encima de los hombros y se puso tan rígida que no sé cómo no le dio una contractura.

—¿Adónde quieres llegar con eso?

—Pues que contigo no tiene ese problema, y eso será seguramente porque te tiene por un ser asexual, algo neutro, como una anémona. —Le di un puñetazo en el hombro y me levanté.

—Vete a la mierda. No tiene gracia. —Cole estaba llorando de la risa.

Ya me había planteado aquel pequeño inconveniente. Habíamos crecido juntos, a veces nuestra relación era casi familiar y superar eso iba a ser difícil.

Cole le tiró a Nate una toalla a la cara y este por fin dejó de mirar la pantalla del móvil.

—¡Tú! ¿Qué cojones estás haciendo? Llevas embobado con eso toda la tarde.

—Maze está cabreada.

—Ufff —convinimos Cole y yo.

Maze y Nate llevaban saliendo intermitentemente desde hacía un año y medio. Le molestaba mucho que Nate hiciese planes sin ella, quería que estuviese todo el día pendiente del teléfono y si tardaba demasiado en contestarle se enfadaba muchísimo. Era desesperante y, además, siempre estaba celosa. Nate era de ese tipo de personas simpáticas que saludan a todo el mundo y que siempre se ofrecen para ayudar a los demás. No tenía malas intenciones, pero Maze nunca lo veía así. No sé cómo soportaba estar con ella. Suponía que Maze debía de tener cualidades ocultas que hacían que él quisiese seguir manteniendo esa tortura de relación.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Es por lo de la fiesta de la semana pasada. A veces me desespera.

—Tío, tienes una paciencia infinita. Yo no habría durado ni un mes con ella —le dijo Cole. Nate se rio.

—Bueno tú no has durado ni un mes con nadie.

—*Touché.*

NOA

El martes a medio día había quedado con mis amigas. Wes no había dado señales de vida desde hacía un par de días, lo que no era muy normal en él. Le había escrito y llamado varias veces, pero nada. Me preocupaba.

Emma estaba sentada en una terraza bajo una sombrilla. Tenía la piel muy blanca y se quemaba con facilidad. Llevaba puestas sus Ray-Ban de color negro, a juego con su pelo corto, y estaba leyendo un libro sobre el cambio climático. Emma era la chica de las causas. Luchaba por los derechos de los animales, de las mujeres, de las personas racializadas, del colectivo LGTBIQ... Ella misma era bisexual.

Era superabierta tanto con nosotras como con su familia. Una vez había oído a Emma comentar con su madre lo mucho que le ponía el personaje de Alice de la saga *Crepúsculo*. Mi madre y yo nunca hablábamos de esas cosas, creo que a las dos nos hacía sentir incómodas.

Lo que más me gustaba de Emma era que podíamos pasarnos horas debatiendo de temas importantes de verdad, no solo de cotilleos, aunque a veces también lo hiciéramos. Me hacía pensar. Además, tenía un humor un tanto oscuro que me encantaba. Era de esas personas buenas, de las que siempre tratan de ayudar a los demás, de las que te escuchan y no te juzgan.

—Hola.

—¡Hola! —Levantó la mirada del libro y me sonrió—. Zoe llega tarde.

—Como siempre —dijimos a la vez y resoplamos.

—¿Qué tomas? —le pregunté.

—Café negro, como mi alma —me recitó en tono dramático.

—Deberías haber vivido en la Inglaterra victoriana.

La gente solía pensar que Emma era un poco emo por su pelo oscuro, su piel pálida y su ropa negra. La verdad es que su habitación estaba llena de cosas de colores y su personalidad era, en realidad, bastante positiva y amorosa.

—Mmm... Tomar el té y hablar de ética y moral: mi idea de una tarde perfecta sin duda.

Zoe llegó veinte minutos tarde, como era costumbre en ella. Estaba radiante. Era mucho más alta que nosotras, medía casi un metro setenta y cinco. Sus piernas eran kilométricas y se aseguraba de sacarles todo el partido posible. Era una chica explosiva, voluptuosa, con labios carnosos, ojos azules y pelo rubio larguísimo. A todos les gustaba, todos la deseaban. Era, eso sí, un poco superficial, pero claro, cuando te has pasado toda la vida escuchando lo guapa que eres,

supongo que es normal. Aunque también tenía un lado friki: le encantaban las matemáticas y todo ese rollo. Pero era un secreto, nos habría matado si se lo hubiésemos contado a alguien.

Me dio un beso en la mejilla antes de sentarse.

—Estás superguapa. La playa te ha sentado fenomenal.

—Gracias.

—Nos tienes que contar todo sobre el extranjero ese que te has ligado. Quién lo habría pensado de la pequeña Noa... Te vas de casa y te desmelenas.

Vi a Emma poner los ojos en blanco detrás de sus gafas de sol y traté de no reírme. A veces me costaba entender cómo podíamos ser amigas siendo tan distintas.

—Tampoco hay mucho más que contar. Ya os lo dije por teléfono.

—Bueno, pero enseñanos una foto, ¿no? ¿Lo tienes en Instagram?

—Sí, pero no es que lo use mucho.

—Chica, pero ¿no te hiciste ni una foto con él?

Saqué el móvil y busqué en la galería hasta dar con una que nos habíamos hecho todos en la playa.

—Es ese de ahí. El que está a mi derecha.

—No está mal —convino Zoe. Emma me dedicó una sonrisa y un gesto con las cejas y yo me puse colorada—. Bueno, ahora vamos a otros temas —dijo dando dos palmaditas.

Le gustaba un montón hablar de sí misma. A Emma y a mí no nos molestaba. Zoe siempre andaba de acá para allá; le encantaba ampliar su círculo y socializar, y a nosotras nunca nos pasaban tantas cosas como a ella.

—Necesito que me ayudes con algo importante.

Emma resopló sabiendo por dónde iba.

—Por Dios, Zoe. Si eso es importante...

—Bueno, para mí lo es. La semana pasada estuvimos en una fiesta y coincidimos con Wes y sus amigos. Y yo me pasé toda la noche tonteando con Cole... Está buenísimo, ¿verdad? —Se mordió el labio—. Le habría arrancado la ropa, en serio.

—Sí, pero él pasó de ti. Así que no deberías seguir arrastrándote —le aconsejó Emma.

Zoe le lanzó una mirada asesina, y ella le sonrió enseñándole todos los dientes. Se volvió a girar hacia mí y continuó:

—Eso fue por culpa de tu querido Wes. —Me puse tensa—. Se cogió una borrachera tremenda. En serio, nunca lo había visto tan mal. Por favor, se estaba liando con una tía y se cayeron al suelo y siguieron como si nada. Tuvo que ir Cole a levantarlos porque estaban dando el espectáculo. Luego los dos desaparecieron escaleras arriba y Cole se fue con Nate, y yo perdí mi oportunidad.

Dejé de beber porque de pronto sentí como si se me hubiese helado la sangre. Noté la mirada de Emma en mi nuca. Ella, al contrario que Zoe, sí que se había dado cuenta de que aquello me

había molestado. Yo le había preguntado a Wes expresamente por el tema y él claramente me había ocultado lo de esa chica. ¿Por qué? Yo le había contado lo de Philipp.

—Así que mañana —siguió Zoe como si nada— vamos a ir a la fiesta del Embarcadero y no nos vamos a despegar de Wes y sus amigos. De hecho, podrías hablar con Wes y preguntarle si Cole le ha dicho algo de mí, ¿no? En fin, que me allanéis el terreno un poquito, ¿vale? Tú te llevas bien con ellos, ¿eh? ¿Desde cuándo los conoces? ¿Desde los nueve años?

—Desde los diez —la corregí de forma automática.

No la estaba escuchando. Estaba dándole vueltas a por qué Wes no habría querido contarme que se había acostado con una chica.

—Bueno, lo que sea. Entonces ¿le hablarás de mí? ¿Eh? Venga, porfa. Sonsácale algo, de verdad que me gusta mucho. —Noté que me agarraba del brazo y me miraba con ojos suplicantes—. Es tan callado y serio, y me escuchó sin interrumpirme y, no sé, me pareció muy dulce. Porfa, Noa...

—Vale. Hablaré con él. Pero no te hagas ilusiones. Cole es... No sé muy bien cómo describirlo. Es un misterio. Pero tiene fama de rompecorazones.

—Ya ves tú —contestó Zoe recostándose en su asiento y echándose el pelo hacia atrás.

Esa tarde decidí ir a buscar a Wes, ya que no daba señales de vida. ¿Para qué quería el móvil si nunca me contestaba a los mensajes? Había visto, gracias a Instagram, que estaban en las pistas de *skate*. Desde luego, no habíamos nacido en la época de la intimidad. Mi madre siempre me estaba diciendo que las redes sociales eran peligrosas porque era demasiado fácil saber qué hacían los demás o dónde estaban.

—El otro día vi en las noticias que habían entrado a robar en casa de una chica porque había publicado que se iba de vacaciones —me había dicho en una ocasión—. Yo es que no entiendo la manía tan estúpida de compartir todo lo que hacéis por ahí. Además, te vas a quedar ciega con tanta pantallita. Luego cuando te duelan los ojos no te quejes...

Esas conversaciones solo se acababan cuando una de las dos terminaba gritando. Era un poco nuestra dinámica.

Wes, Nate y Cole estaban en uno de los cráteres con un grupo de chicos a los que no conocía. Estaban todos sin camiseta. ¿Por qué los chicos podían quitarse las camisetas sin ningún problema y las chicas no? Yo también tenía calor en verano, y también sudaba. Tuve que armarme de valor para ir hacia ellos. No se me daba bien moverme entre desconocidos.

Cole me vio primero. Lo vi enarcar las cejas, sorprendido. Le dio un codazo a Wes y le hizo un gesto hacia mí. Él no pareció muy contento de verme. Se acercó corriendo con el ceño fruncido y con cara de haber olido vinagre. Me puse a la defensiva automáticamente.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Bueno, como pasas de mí pues pensé que, si Mahoma no va a la montaña, la montaña...

—¿Yo? No paso de ti.

—Venga ya, Wes. Te escribí ayer y nada, y hoy, más de lo mismo.

Tuvo la decencia de mostrarse culpable y un poco arrepentido.

—Iba a ir ahora a tu casa.

—No tienes que venir si no quieres... No hace falta que quedemos todos los días —dije con sinceridad. Hice una pausa—. Es solo que como no me contestabas no sabía si te pasaba algo.

No me sentía bien pidiéndole más atención. No quería que dejase los planes con sus amigos por estar conmigo. Odiaba agobiarlo.

—¿Quién dice que no quiero ir?

Me encogí de hombros. A veces resultaba difícil encontrar un equilibrio en nuestra relación, como si las cosas se pusieran muy intensas de golpe.

—Entonces ¿no te pasa nada conmigo? —pregunté con timidez.

—No, claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—Mmm... —Sentí el calor subiéndome a las mejillas—. Pues por no contestarme y..., no sé, a lo mejor hay algo que no me has contado.

Wes frunció el ceño, claramente confundido.

—Como que estuviste con una chica el sábado.

Juro que se puso verde.

—¿Cómo te has enterado?

—Por Zoe.

Soltó una palabrota entre dientes. Estaba cabreado y no lo entendí; ¿qué importaba si se había acostado con una tía? Solo quería que me lo contase porque era mi mejor amigo y se suponía que no nos ocultábamos nada.

—¿Por qué no me lo has contado?

—No sé, solo fue un rollo de una noche. No es para tanto, ¿vale? Además, ¿qué más da? No hace falta que hablemos de todo siempre —soltó con brusquedad—. ¿Nos vamos? Venga, tengo el coche ahí.

Ahora sí que me había cabreado de verdad. Odiaba esa actitud chulesca que usaba cuando estaba incómodo. Y ¿a qué venía eso de que no hacía falta que hablásemos de todo? ¿Desde cuándo éramos así?

—No, no me quiero ir. No he venido aquí a interrumpirte —dije caminando hacia sus amigos—. Además, hay algo que quiero hablar con Cole.

La mano de Wes me apretó con más fuerza, mientras se tensaba.

—¿Qué? ¿Con Cole? ¿De qué?

Así es como me cobré mi pequeña venganza. ¿No decía que no teníamos que contárnoslo todo? Pues ya era hora de que lo pusiéramos en práctica.

—¿Qué más te da?

Nate fue el primero en acercarse a mí, sonriendo de oreja a oreja. No conocía a una persona

más sonriente que él; de hecho, sus ojos siempre estaban un poco cerrados por la costumbre. Me encantaba ese detalle suyo. Hizo como que sacaba un metro y me medía.

—La pequeña Noa nos honra con su presencia.

Nate rondaba el metro noventa, así que me hacía parecer más bajita de lo que ya era. Si nos poníamos juntos parecíamos un chiste. Pero yo sabía darle donde más le dolía.

—Siento la goleada que os metieron el otro día. —Le di una palmadita en la espalda.

Éramos de equipos de fútbol rivales. Con eso le cerré la boca y yo me reí. Cole me dedicó una media sonrisa mientras miraba detrás de mí a Wes y a la cara de enfado que estaría poniendo. Le divertía mucho cuando nos fastidiábamos el uno al otro. Me saludó con una inclinación de cabeza.

—He oído que te lo has pasado muy bien esta semana.

—Seguramente mejor que vosotros —le contesté yo. Él enarcó las cejas intuyendo un significado en mi respuesta que yo no había pretendido dar. Noté calor en las mejillas—. ¿Habéis mejorado ya, o seguís siendo tan malos como siempre?

—Lo dice la que no es capaz de patinar ni en línea recta —escuché decir a Wes.

Le saqué el dedo corazón.

—Quizá sea porque mi maestro no era muy bueno.

Vi a Cole lanzarle una mirada inquisitiva a Wes, pero él desvió sus ojos hacia la pista, claramente molesto. Cogió el monopatín y se lanzó hacia abajo. Nate lo siguió gritándome: «¡Te haré una demostración!». Cole me miró pensando qué hacer, pero yo resolví la duda por él.

—Oye, quería preguntarte algo —le dije cohibida.

La verdad es que no solíamos quedarnos los dos solos. Me sentía mucho más cómoda con el afable Nate que con él.

—¿El qué? —dijo cauteloso.

Nos sentamos en el borde del cráter, dejando colgar las piernas hacia abajo. Miré mis dedos entrelazados tratando de buscar una forma sutil de comentárselo.

—Esto es un poco embarazoso... —empecé—. Es la primera vez que me toca hacer esto y ya te digo que no pienso repetir...

Lo miré y me pareció que contenía el aliento.

—Hay una chica, una amiga, quiero decir, a la que le gustas y, bueno, ella quiere saber si tú estás interesado en alguien.

—Eh... —La voz le salió densa y tosió. Fue la primera vez que vi a Cole tan azorado—. Bueno..., ¿quién es tu amiga?

—No debería decírtelo, pero imagino que ya te lo habrás imaginado... Es Zoe.

Su expresión cambió y frunció el ceño. Fue como si un nubarrón de tormenta hubiese aparecido en sus ojos. Y, de pronto, ese punto de vulnerabilidad que había mostrado hacía unos segundos se esfumó. Parecía decepcionado.

—Vale. Sí, ya me había dado cuenta —dijo con dureza.

—¿Sí?

—Sí, me lo dejó bastante claro la última vez que la vi. Tu amiga es un poco... —hizo una pausa buscando la palabra adecuada— intensa.

Asentí. Zoe lo vivía todo de una forma muy melodramática.

—Me encargó que te preguntase de forma sutil si estás interesado en ella, pero la verdad es que no sé cómo hacerlo, así que, por favor, no se lo comentes o me matará.

—Tranquila.

—¿Y bien?—pregunté

—¿Y bien qué?

—¿Qué te parece Zoe?

—Ah, bueno, no está mal.

Me reí.

—¿Que no está mal? ¿Estás de coña? Zoe es guapísima.

Cole se encogió de hombros.

—No es mi tipo, ella es mucho más del gusto de Nate. Además, el otro día me pareció un poquito abrumadora, y ahora te manda a ti... No sé, Noa, eso surge en el momento: o hay química o no.

Me abracé las piernas y apoyé la barbilla en las rodillas mirando a Wes subir y bajar por el cráter con su pelo rubio brillando bajo los rayos de la tarde. Me picaron los dedos con ese hormigueo que sentía cada vez que necesitaba dibujar.

Wes paró en la parte de arriba después de haber hecho un salto complicado y nuestras miradas se cruzaron. Le sonreí sin darme cuenta, de todas formas ya me había vengado de él. Me devolvió el gesto con una sonrisa ladeada y vino hacia nosotros. Cole se levantó, cogió su tabla y se lanzó hacia abajo sin decirme nada más.

Wes ocupó su lugar. Mis ojos se desviaron un momento hacia su vientre desnudo. Por muy amigos que fuéramos, reconocía que estaba muy bueno.

—¿Ya habéis hablado de lo que tenías que preguntarle?

Se notaba que sentía curiosidad, pero se estaba esforzando por no demostrarlo.

—Sí. —Hice una pausa para desesperarlo un poco más. Él me miró con impaciencia, tamborileando los dedos en el cemento—. Zoe quería que investigara si Cole está interesado en ella —confesé por fin, apiadándome de él.

—¿En serio?

—Ajá.

Me dedicó una sonrisa tan radiante que por un momento me hicieron falta gafas de sol. Me reí de lo rápido que había pasado de estar molesto a feliz. Se levantó sacudiéndose la suciedad de las manos y me ofreció una para ayudarme. Se la agarré y me impulsé hacia arriba.

—Esta noche te dejo elegir el juego al que quieres que te machaque.

—Eso ya lo veremos.

WES

El Embarcadero estaba hasta arriba, la gente tenía ganas de la última gran fiesta antes de que empezasen las clases. Al menos Nate estaba dedicado a fondo. Suponía que también tenía algo que ver la pelea con Maze. Cole le estaba dando fuerte al whisky a mi lado; estaba muy raro desde ayer, pero no quería hablar del tema. Yo movía la pierna con impaciencia. Me lanzó una mirada de listillo, como diciendo: «Sé lo que te pasa». Pero yo lo ignoré. Desde luego, aquella noche ninguno de los tres estábamos en nuestro mejor momento.

Volví a fijarme en la puerta por décima vez en los últimos cinco minutos y por fin las vi entrar. Noa llevaba una falda blanca de tablas con unas botas de cordones hasta la espinilla y un top blanco en forma de triángulo y que cubría solo un poco más de piel que un sujetador. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí una oleada de calor bajándome por el estómago. Uf. Casi ni vi a Emma y Zoe a su lado.

Aparté la mirada y me fijé en que no era el único que les estaba dando un buen repaso. Lo bueno fue que vinieron directas hacia nosotros y, como estaba abarrotado, Noa se pegó a mí. Tuve que tirar de todo mi autocontrol para no pasarle las manos por la cintura. «No la mires y todo irá bien.»

—Esta noche Cole se lo va a pasar genial. Zoe viene dispuesta a todo —me susurró al oído.

«Inspira y espira.» Zoe, que llevaba un vestido diminuto y muy ajustado, estaba apoyada en los hombros de Cole mientras le decía algo. Él asentía con cara seria. No le gustaba ser desagradable, pero le frustraba mucho la gente que no respetaba su espacio personal.

Nate, por su parte, estaba prestándole toda su atención a una botella de vodka. Emma apareció entre el gentío con unos vasos de chupito. Le dio uno a Noa y otro a Zoe, que soltó a Cole para brindar con ellas antes de vaciarlo de un trago. Noa tosió. Me reí.

—Qué poco aguantas. Lo mismo te va a pasar cuando juguemos.

—No te creas, mi Gwin está lista para acabar con esos cabrones de La Araña. —Sus ojos brillaron.

Noa y yo echábamos partidas de rol de vez en cuando con unos chavales a los que había conocido jugando a videojuegos.

—Cómo me gustas cuando te pones en plan matona.

Ella parpadeó, pillada por sorpresa, y después desvió la mirada hacia Emma.

Al cabo de un rato estábamos sentados en un sofá observando la lucha entre Zoe y Cole. Por mucho que él intentaba poner distancia, ella no se daba por aludida; al contrario, cada vez se le insinuaba más. Emma había desaparecido hacía un rato para ir a hablar con un grupo de amigos. Nate y Noa hablaban a mi lado.

—Pero, a ver, una relación se basa en la comunicación. Tienes que decirle cómo te sientes.

—Maze no me escucha. Me grita o llora y dice que la hago sentir como si estuviera loca. A veces es demasiado...

—Te gusta mucho, ¿no?

—Bueno, al principio sí. Era feliz con cualquier detalle, y nos acostábamos todo el rato. — Noa se encogió un poco ante la mención del sexo—. Pero ahora solo discutimos.

Noa me miró de reojo. Sabía lo que estaba pensando porque a mí y a Cole nos pasaba constantemente. No entendíamos por qué no la dejaba, pero no queríamos ser de esos entrometidos que meten mierda entre su amigo y su novia.

—No sé, Nate. Nunca he salido con nadie, pero creo que si una relación, de cualquier tipo, te resta más felicidad de la que te aporta... a lo mejor deberías dejarla ir.

—¿Siempre habla así de bien? —me preguntó mi amigo.

—Es una sabelotodo —dije orgulloso.

—Me lo pensaré. Pero esta noche no, voy demasiado pedo.

Se levantó tambaleándose levemente y se fue a la zona de baile saltando. Eso era lo bueno de Nate: no caía fácilmente en la autocompasión.

—La verdad es que todo eso lo leí hace poco en una revista. Espero que quien lo escribiese supiese de qué hablaba —me confesó Noa en voz baja.

Estaba recostada hacia atrás con su brazo pegado al mío. Yo no podía apartar los ojos de su cuerpo esbelto, de sus curvas delicadas.

—¿Sabes que Cole me dijo que Zoe no le parecía especialmente guapa? —me comentó con la vista puesta en ellos.

Aparté la mirada de sus piernas con un sobresalto y miré a Zoe. A ver, estaba buena, pero a mí tampoco me parecía nada especial. Me parecía un poco artificial, como si se esforzase mucho por gustar.

—Lo puedo entender.

Se giró hacia mí con la boca abierta.

—¿Te estás quedando conmigo? Zoe es muy guapa. Creo que eso es obvio.

—O no... Que alguien te parezca guapo depende de muchos factores. Yo creo que Emma y tú sois más guapas que ella.

Emma tenía un punto misterioso muy interesante. Aunque era demasiado tímida, me recordaba mucho a Nate en el sentido de que siempre estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudar a los demás. Y tenía un buen culo; mis amigos siempre lo comentaban.

—Venga ya, estás de coña. Lo dices porque te caemos mejor que Zoe. Pero objetivamente ella

es más guapa.

—Está claro que la química influye en cómo percibes a la gente —argumenté yo.

—Eso es lo mismo que me dijo Cole, que no hay química entre ellos. Pero yo creo que decir que alguien es guapo no tiene nada que ver con eso.

—Ah, ¿no? Venga, a ver, hazme una clasificación totalmente objetiva de los tíos de esta sala.

Había por allí algunos compañeros del instituto a los que Noa detestaba. Ella era muy cabezota y le gustaba llevar la razón, así que sabía que se iba a esforzar al máximo para probar que lo que decía era cierto.

—¿De todos? —Habría unos veinte chavales en nuestro campo visual.

—Un top cinco.

—Vale. —Se enderezó y se frotó las manos, y yo me eché a reír. Se lo pensó un rato—. El quinto es Alex. —Torció el gesto, le parecía un presuntuoso, porque lo era—. El cuarto, Nate; el tercero, Marc; el segundo, Cole; y el primero, tú. —Lo dijo rápido, como sin darle importancia, pero tenía las orejas coloradas.

Se me aceleró el corazón.

Me giré hacia ella. Nuestras rodillas chocaron. Noa estaba evitando mirarme y ese gesto de timidez hizo que me ablandara. Sentí un cosquilleo de felicidad en el estómago.

—Venga ya, te acepto que me pongas el primero —me pegó en el brazo sin querer mirarme a los ojos—, pero nos has metido a los tres en el podio porque somos tus amigos. Estoy seguro de que si le preguntases a otra chica no opinaría lo mismo. Y con eso te pretendo demostrar que la belleza es una percepción subjetiva.

—No. Porque si lo hubiese hecho por química, no sería para nada igual.

Era una oportunidad de oro. Las manos comenzaron a sudarme por la anticipación.

—Vale, tú lo has querido; haz la clasificación según el atractivo y la química.

Creo que si no llevase ya dos copas y un chupito no se habría atrevido a hacerlo, porque la noté nerviosa. La expectación me estaba matando.

—Cinco son demasiados —comentó en un susurro. «Bien»—. Yo diría que Rob y... Cole —soltó rojísima, y le dio un trago largo a su copa.

Esperé un segundo a ver si añadía mi nombre, y cuando no lo hizo sentí un crac en el pecho. «Cole.»

Tragué. Tenía un nudo en la garganta. De toda la sala, el tío que más la atraía era mi mejor amigo. No yo. Apreté la mandíbula para disimular la mueca de dolor. Y traté de hablar de la forma más casual posible.

—He notado la ausencia de mi nombre... ¿Tú y yo no tenemos química?

—Sí. Pero no de ese tipo.

—No como la que sientes con Cole —dije con la respiración entrecortada.

—No —susurró ella—. Tú y yo somos como hermanos, no puedo imaginarnos enrollándonos. —Puso cara de desagrado y se sacudió con un escalofrío. «Joder»—. Pero supongo que la

relación que tengo con Cole sí puede llevar a otra cosa. —Al ver mi cara de disgusto añadió—: Pero eso no significa que quiera hacerlo. No te imagines cosas raras, por favor.

La tristeza dio paso a la ira. ¿Por qué cojones la relación que tenía con Cole podía cambiar y la nuestra no? No veía la puta diferencia.

Y ¿hermanos? Una puta mierda hermanos.

Me levanté. Me dolía y quería espacio.

—¿Adónde vas?

—A por algo más de beber.

—Espera, voy contigo —dijo ella.

Me hervía la sangre. La música me retumbaba en los oídos. Flexioné los dedos para evitar cerrar las manos en puños. Era más feliz cuando no sabía lo que sentía. Ahora era demasiado consciente de Noa. No podía controlar mi cerebro, que imaginaba todo tipo de cosas sobre nosotros dos juntos... Y me desesperaba saber que Noa no sentía lo mismo. Además, nunca había prestado atención a la cantidad de tíos que la miraban. Otro detalle más que me cabreó por dos motivos: porque me imaginé lo que estarían pensando y porque sería algo parecido a lo que yo hacía.

Noa se sirvió otra copa más mientras yo me llenaba la mía de whisky casi hasta arriba. Lo iba a necesitar para calmarme. Noté unos toquecitos en el hombro y me volví. Me quedé de piedra: era la chica con la que me había acostado la semana pasada.

Si recordaba bien, se llamaba Rebeca. Me estaba sonriendo con malicia.

—Hola, Wes —dijo con voz melosa.

—Hola.

Noté que Noa la miraba incómoda. Quise ser mezquino y no se la presenté. ¿Me estaba comportando como un idiota? Sí. ¿Me sentía como un idiota? Pues también.

—¿Te apetece ir fuera un rato? Aquí hace mucho calor.

—Sí, vamos. —Me giré hacia Noa y sin mirarla a los ojos añadí—: Luego te veo.

NOA

No encontraba a Zoe ni a Emma. Nate estaba en la zona de baile con unos tíos del instituto, y Cole también había desaparecido.

Me senté en el sofá. Sentí ganas de llorar y no supe muy bien por qué. A ver, Wes había sido un poco frío, pero lo que más me escocía era que se hubiese ido con aquella chica. ¿Sería con la que se había acostado la semana pasada? Parecían muy... íntimos. Wes era solo mi amigo, podía enrollarse con quien quisiera, pero... la verdad es que me había sentido abandonada.

Noté que alguien se sentaba a mi lado. No levanté la vista del suelo, donde veía los pies moverse al ritmo de la música. La persona que se había sentado a mi lado tosió, como preparándose para decir algo, pero antes de que me diera tiempo a ver quién era, una mano tiró de mi brazo hacia arriba. Cole. Le lanzó una mirada fría como el hielo a la persona que había junto a mí.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Y Wes?

—Está con una chica. —No me pasó desapercibida la cara de sorpresa y confusión que puso—. Estábamos rellenando las copas y... a lo mejor es la de la semana pasada. Se han ido afuera.

Me tambaleé un poco, había llegado el punto en el que la estancia se movía y me costaba mantener el equilibrio. Cuando miré mi copa me di cuenta de que me la había bebido casi entera en apenas diez minutos.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

Me reí.

—Pero si tú no bailas.

—Bueno, puedo quedarme quieto mientras tú lo haces. Es mejor eso que quedarte ahí sentada con todos esos tíos mirándote.

Me giré y vi que en el sofá había tres chicos que me estaban repasando de arriba abajo. Tiré del dobladillo de la falda para bajármela un poco.

—Bueno, vale.

Los primeros acordes de *The Time* de Black Eyed Peas comenzaron a sonar y conforme se elevaba el ritmo lo hacía mi pulso. Me encantaba esa canción. La canté mirando a Cole, que parecía divertirse mucho con mi actuación. Me agarró la mano y me hizo girar sobre mí misma. Sentí el corazón latir al ritmo de la música, acelerándose, apretándose en mi pecho.

Los ojos de Cole bajaron de mis ojos a mi boca, la canción se terminó y yo me detuve dando un traspié. Me eché hacia atrás para recuperar el aliento y apartarme el pelo del cuello donde se

me pegaba por el sudor.

«Te lo has imaginado, Noa. Seguro que sí.»

Cole se acercó a mi oído y me dijo:

—¿Ya estás mejor?

—¿Eh? ¿Por qué?

—Parecías muy triste antes..., por Wes.

Lo miré en silencio un momento, pero tenía ganas de contárselo. A lo mejor porque aquellos sentimientos me estaban comiendo a pequeños mordiscos por dentro. A lo mejor porque iba un poco borracha.

—No se lo cuentes a él, por favor. —Cole asintió—. Es que... no quiero que Wes sienta que lo acaparo. Cuando se ha ido ni me ha mirado, y —me mordí el labio tratando de decidir si seguir o no— me ha molestado. A veces tengo miedo de perderlo.

Durante toda la primaria había perdido a muchas amigas. Al principio me pasaba las tardes llorando en mi habitación. Inocente de mí. Me sentía fatal cuando no me invitaban a sus cumpleaños o me excluían de sus planes. Todos los años al cambiar de clase pasaba lo mismo. Gente nueva, amigas nuevas. Y cada vez que yo me sentía rechazada, cada vez que intentaba conservarlas y fallaba, mi madre venía y me consolaba.

—No pasa nada, Noa. La gente viene y va. Tienes que aprender a dejar espacio para que vengan otros. Ya verás, antes de que te des cuenta tendrás otras amigas. No merece la pena ponerse tan triste.

Era un milagro que Emma y Zoe siguiesen en mi vida. Con ellas había sido distinto, no las había perseguido nunca. Las cosas simplemente habían funcionado. Aunque estaba segura de que ir a la universidad nos separaría, era inevitable, incluso si conseguíamos ir juntas a Riverford.

Pero Wes era diferente, la idea de no tenerlo en mi vida me aterraba. Era a la única persona a la que no sería capaz de dejar ir. A él y a mi madre. Los encerraría a ambos en dos cúpulas de cristal para que no les pasase nada, para que estuvieran siempre a mi lado. Quizá el motivo por el que me aferraba con tanta fuerza a ellos fuese haber perdido a mi padre a los cinco años.

—Sé que algún día nuestra relación no será tan cercana como ahora, pero me asusta que se aleje de mí. —Me tembló la voz.

—¿Lo has hablado con él?

—No. —Cole fue a decir algo, pero lo corté—: Ni lo voy a hacer. No quiero que deje de hacer nada por mi culpa. No debería sentirme así. Creo que estoy tan acostumbrada a tenerlo para mí que me cuesta compartirlo.

Estaba siendo patética. No entiendo por qué decidí contarle eso a Cole. Ya estaba pensando en lo mucho que me arrepentiría al día siguiente de mi ataque de sinceridad cuando en los ojos de Cole brilló algo que no supe interpretar. Una chispa de una emoción que acalló mi inseguridad. Porque no me estaba juzgando, ni me estaba mirando como si estuviese diciendo tonterías.

Había algo dulce en él. Y seguro.

WES

A los diez minutos de haber dejado a Noa ya me arrepentía de lo que había hecho. Rebeca quería enrollarse conmigo otra vez, pero yo no pensaba repetir, por muy jodido que estuviese. Era una razón de mierda para estar con una persona, y, además, al final solo conseguía pensar más en Noa. Así que le dije que tenía que volver con mis amigos.

Justo antes de entrar, Zoe me interceptó.

—¿Has visto a Cole? Ha ido al baño, pero como tardaba mucho he ido a buscarlo y no estaba allí. He pensado que a lo mejor estaba con vosotros. Pero, chico, no lo encuentro por ninguna parte.

—No. No lo he visto.

¿Por qué le costaba tanto pillar que no le interesaba?

—Oye, Wes, ¿tú crees que tengo alguna oportunidad? Podrías halagarme un poco delante de él, ¿sabes?

—Mira, Zoe, eso es entre tú y Cole. Pregúntale a él directamente. —Sonó más brusco de lo que pretendía.

Pareció un poco triste durante un momento, pero al segundo siguiente me dedicó una sonrisa de suficiencia, giró sobre sus tacones y se fue en otra dirección con paso decidido. No era de las que se venían abajo con facilidad.

El sofá estaba ocupado por otro grupo de personas. Algunas me saludaron. Miré alrededor, me acerqué a la pista improvisada y la vi bailando con Cole.

La canción que estaba sonando le encantaba.

Me quedé parado a cierta distancia, observándolos. Congelado por la imagen brillante de Noa feliz y la sonrisa de mi amigo mirándola. Conocía ese tipo de expresión, una que jamás le había visto usar. Eso fue lo que hizo que no me pudiese mover. Una sensación de pánico me recorrió la columna. Anheló, deseo; amor, incluso.

Noa no se dio cuenta porque estaba girando sobre sí misma. Cole se inclinó levemente hacia ella al final de la canción. Noa dio un paso hacia atrás tambaleándose. No supe cómo sentirme. Había estado a punto de besarla; si la canción no hubiese terminado, si Noa no se hubiese apartado levemente...

Alguien me pasó el brazo por encima de los hombros y me agarró el cuello. Era Nate, que iba como una cuba. Se había desabotonado la camisa casi por completo. Tenía el pelo húmedo y me sonreía con los ojos desencajados. Menuda resaca le esperaba. Me estaba gritando algo, pero no

lo entendí. Me tendió su botella de vodka casi vacía. La cogí y le di un trago largo. El ardor que me bajó por la garganta me sentó bien, así que decidí terminarme lo que quedaba. Noa y Cole parecían muy entretenidos, y los celos me clavaban sus dientes envenenados en el pecho.

Media hora más tarde estaba dando buena cuenta de una botella de whisky. Me acerqué a Noa y le pasé el brazo por los hombros. Le dediqué una mirada a Cole, que puso su cara más inocente. Ella levantó el rostro hacia mí. Su boca estaba tan cerca que solo tendría que haberme inclinado levemente. Pero por muchas ganas que tuviera de hacerlo, todavía seguía lo suficientemente sobrio como para pensar antes de actuar.

—Os lo estáis pasando muy bien, por lo que veo —arrastré las palabras de un modo que sabía que ella odiaba.

—Estás muy borracho —me dijo desembarazándose de mí.

—Solo constato un hecho —contesté trabándome con mi propia lengua—. De pronto os lleváis muy bien.

—Eres gilipollas —me espetó.

Pasó de largo esquivando a la gente que bailaba. En lugar de seguirla, yo me acerqué a Cole y lo agarré de la camisa.

—Ten cuidado.

Lo solté y, entonces sí, fui detrás de Noa, que iba hacia la puerta. La agarré del brazo. Ella se giró para encararme y yo me tambaleé. ¿Por qué era tan guapa? Solo quería pasarle las manos por las mejillas, deslizarlas hasta su nuca y...

—Si te pasa algo conmigo dímelo —me espetó.

—¿Qué? —pregunté confuso, volviendo del mundo de mis fantasías.

—No me contaste que te habías acostado con una chica, me has estado ignorando desde que he vuelto, hace un rato me has dejado tirada porque sí y ahora vienes y te pones en plan imbécil, como si yo te hubiese hecho algo a ti. No entiendo nada.

Me miró con tristeza. «Sí que soy imbécil y patético.»

—Perdón. Perdóname. Sé que he estado raro, pero de verdad que no me pasa nada contigo. Es que me has dicho hace un rato que Cole te pone, y os he visto y... he pensado que vosotros, que...

—No fui capaz de decirlo.

—Bueno, y si me gustase Cole ¿qué?

Di un paso hacia atrás. Sentí un puñetazo en el estómago y noté cómo se me revolvía todo.

—¿Te... gusta Cole? —Se me rompió la voz. Me dolía respirar.

—No, solo estábamos bailando porque yo estaba sola y un poco triste. Pero lo que quiero decir es que si así fuera, no tendrías que comportarte de ese modo. Yo no me mosqueo con las chicas con las que te enrollas, y no todas me caen bien...

La abracé. Sentí la necesidad de tenerla cerca, como si fuese a desaparecer de mi lado de un momento a otro. No quería ni imaginarme que se enamoraba de otro; el mero hecho de pensarlo me hacía sentir una angustia abrasadora.

Al día siguiente, cuando estuviese sobrio, pensaría cómo manejar esa situación. Mientras tanto, Noa me devolvió el abrazo. Noté el roce de su nariz en la piel de mi cuello y sentí un escalofrío. Necesitaba buscar una solución. Porque me moría por besarla.

NOA

Todavía seguía pensando en la extraña discusión de ayer con Wes. Estaba muy raro, y yo no entendía qué le pasaba. De verdad que estaba cabreada con él... hasta que me abrazó. Fue como un bálsamo: cálido y confortable, y me hizo sentir en paz. Su olor me era tan familiar que podía reconocerlo por encima de cualquier otro.

Emma me había escrito para decirme que había conocido a una chica fantástica y que iba a quedar hoy con ella. Zoe, por el contrario, no había dado señales de vida. Wes me contó que la había visto buscando a Cole por la fiesta un poco desesperada. Me sentí mal por haber pasado tanto tiempo con él. El final de la noche lo tenía un poco borroso, pero creía que Cole había intentado besarme. Esperaba que no pensase que podíamos ser amigos con derechos, porque eso no me iba para nada. Era muy atractivo y tenía un punto misterioso muy interesante, pero sería superraro tener algo con él. Además, no quería hacerle eso a Wes. A mí tampoco me gustaría que él se liase con mis amigas.

Pasé los días siguientes viendo series con Wes, en la piscina desmontable de su patio trasero y jugando a videojuegos. El sábado por la tarde fuimos a la tienda de cómics para participar en nuestra partida de rol mensual. Nadie conocía su existencia, era nuestra afición secreta. Me gustaba tener algo que fuese solo de los dos, lo hacía más emocionante. Y jugar me daba un subidón de adrenalina; me encantaba sentirme otra persona durante una noche, poder comportarme de otro modo. Habitar la piel de otra, pensar como otra, tener la valentía de otra, me hacía sentir libre.

—Tienes que tomar una decisión —estaba diciendo nuestro narrador—: o salvas a tu compañero o sigues adelante con la misión. La Araña está a punto de escaparse.

Parpadeé. Éramos cuatro: Wes, Marc, Darío y yo. Ellos dos estaban en otra parte de la enorme mazmorra. No llegarían a tiempo para salvar a Wes. Me mordí la uña del pulgar. ¿Qué haría Gwin? Iría a por La Araña, sin duda, pero si abandonaba a Wes, su personaje moriría y perdería todo lo que había conseguido con él...

Wes vio que dudaba. No quería fastidiar la misión. Tomar decisiones se me daba muy mal. Eligiera lo que eligiese, siempre habría alguien que no estaría feliz. Volví a mirar el tablero. Odiaba equivocarme.

«Piensa, Noa, piensa...»

Se me ocurrió una idea. Era arriesgada. Demasiado. Tendría que hacer una tirada casi perfecta para que funcionase.

Wes tiró de mi mano para acercarme a él a través de la mesa. La sonrisa ladeada que me dedicó hizo que se me entrecortase la respiración.

Bum. Bum. Bum.

Podía oír los latidos de mi corazón desbocado. Me quedé confundida un segundo. ¿Qué había sido eso? Me eché hacia atrás y pude sentir cada centímetro de distancia entre nosotros.

«Concéntrate.»

—Uso mi última poción de curación en Flynn —dije, refiriéndome al personaje de Wes—. Saco mi granada de la correa del pecho, le quito el seguro y la lanzo —continué.

—Tira —me indicó el narrador.

Cogí el dado de veinte y lo apreté entre mis dedos. Necesitaba como mínimo un diecinueve para que funcionase.

Marc y Darío contuvieron el aliento. Tenía la palma sudorosa. Agité el dado y lo dejé caer sobre la mesa. Tres sillas se arrastraron hacia atrás al mismo tiempo.

—No me jodas.

—La hostia.

—Eres increíble. —El orgullo traspasó las palabras de Wes.

Abrí los ojos y lo vi. Un veinte. Crítico. Una tirada perfecta.

Sentí los ojos de Wes sobre mí. El peso de su mirada me hizo sentir eufórica. Bum. Bum. Bum. La adrenalina me quemaba las venas.

—La granada vuela en una parábola perfecta sobre la cabeza de La Araña... —siguió nuestro narrador, y me di cuenta de que en algún momento había dejado de prestarle atención—. La mazmorra se sacude. Una lluvia de piedras cae sobre los restos quemados de La Araña. Gwin cae al suelo por la onda expansiva. Se terminó. Habéis acabado con ella.

Marc y Darío saltaron y chocaron las manos. Wes vino hacia mí y me rodeó con los brazos, levantándose del suelo. Una risa nerviosa se escapó de mi pecho. Me sentí temblorosa y débil. Feliz y emocionada. Me sentí la reina del puto mundo, aunque fuese de uno ficticio. Apoyé la cabeza en el hueco del cuello de Wes. Puede que hundiese mi nariz un poco en su piel y aspirase su aroma.

—Eres la asesina más sexi que existe —murmuró bajito, con voz grave.

Y yo me tragué un nudo de emociones mientras oía a Darío y Marc despedirse hasta la partida de octubre.

Volvimos caminando a casa. A esas horas, la calle era toda para nosotros. Wes y yo íbamos hablando de tonterías en susurros para no despertar a los vecinos.

—¿Tienes ganas de empezar el último año de instituto? —me preguntó.

—Sí. No es algo que se pueda retrasar, así que prefiero empezar ya, aunque sé que va a ser una tortura...

—¿Quieres que termine?

—¿El instituto?

—Sí.

Me lo pensé. Estábamos caminando por la carretera con la seguridad que te da un barrio residencial a la una de la mañana. Giré sobre mí misma y lo miré mientras continuaba andando de espaldas.

—Si me lo preguntas ahora, sí. Si me lo vuelves a preguntar en junio, supongo que no tanto. Sé que no lo voy a echar de menos, no soy como esas personas que piensan que esta ha sido la mejor época de su vida. Pero seguro que me pongo un poco nostálgica, ya sabes que soy una sentimental.

—¿Quién, tú? —preguntó—. ¿La que llora siempre, aunque ya haya visto la película diez veces y se sepa de memoria lo que va a pasar?

—Eso no quiere decir que deje de ser emotivo —dije mordaz.

—Venga ya, algún día tendrás que dejar de berrear cuando muere Dumbledore.

Lo apunté con el dedo y le eché una mirada intimidante.

—Nunca, jamás dejaré de llorar cuando muere Dumbledore. Si no lo haces, es que no tienes corazón.

—Entonces no tengo corazón.

Me acerqué y lo miré enarcando las cejas.

—Se te saltan las lágrimas cuando muere Dobby.

—No tienes pruebas —me susurró con su nariz pegada a la mía.

Me pasó la mano por encima de los hombros. Seguimos discutiendo sobre cosas sin sentido, pero ninguno de los dos parecía tener ganas de volver a casa todavía. Sentíamos la emoción de la victoria, nos sentíamos invencibles. Y yo solo quería seguir así para siempre. Wes y yo, y el mundo para nosotros.

No había sido del todo sincera. Sí que me daba miedo terminar el instituto, por la posibilidad de que nos distanciásemos, de que las cosas cambiaran entre nosotros. Me aferré a aquel momento, a la sensación de eternidad que flotaba aquella noche en el ambiente mientras caminábamos solo con las estrellas de testigo.

Después de lo sucedido en la fiesta del Embarcadero, Wes y yo volvíamos a estar bien, pero noté que evitaba quedar con sus amigos. Me dio todo tipo de excusas, como que Nate necesitaba tiempo para plantearse qué hacer con Maze y pasar la resaca tan descomunal del miércoles, pero no me dejó claro qué pasaba con Cole. No quise insistir. Si le apetecía contármelo, ya lo haría.

WES

Me pasé los siguientes días tratando de dar con una forma de hacer que Noa me viera como algo más que un amigo, pero no era fácil. Tenía que encontrar la manera de que se librara de las ideas que ya tenía de mí en su cabeza. Normalmente le habría contado mi plan a Cole para que me echase una mano, pero no estábamos en muy buenos términos. Me había escrito un mensaje el jueves para decirme que quería hablar conmigo. Lo ignoré.

Pero en cuanto puse un pie en el aparcamiento del instituto me encontré con el ceño fruncido de mi mejor amigo.

Era una conversación que había querido evitar, me iba a joder demasiado. Nos conocíamos desde los diez años. Fue el primer amigo al que invité a dormir en mi casa, la primera persona después de Noa a la que le hablé de la relación con mis padres. El único que me vio llorar a los trece años, cuando Noa tuvo el accidente de coche y acabó en el hospital.

Cole había estado ahí siempre que lo había necesitado.

—¿Vas a dejar de evitarme? —preguntó Cole.

—¿Tengo otra opción?

—¿Qué cojones te pasa?

—¿A mí? —le espeté—. ¿Qué cojones te pasa a ti? ¿Qué tienes con Noa?

Cole cogió aire y se mantuvo en silencio. Su cuerpo estaba tan tenso como una tabla.

—Tío..., no fue nada, ¿vale? Fue cosa del momento, te juro que lo hice sin querer —dijo de forma evasiva.

—Esta mañana el cartero se ha tropezado y le ha tirado un paquete a la cara a mi vecino. Eso es hacer algo sin querer. Tú... Vi cómo la miraste.

—Estaba confuso. Zoe agota a cualquiera, y me había bebido casi una botella de whisky. Solo saqué a bailar a Noa porque parecía triste. —Se me revolvió el estómago—. Estaba cansado y frustrado, y... Noa es guapa y me cae bien. —Cogí aire—. Supongo que si hubiese sido cualquier otra tía...

Me estaba dando excusas y no supe si estaba tratando de convencerme a mí o a sí mismo, porque estaba claro que ninguno de los dos se tragaba lo que decía.

—No es cualquier otra tía.

—Ya lo sé. La cagué. Pero ella se apartó —murmuró.

—Si no lo hubiera hecho, ¿te habrías enrollado con ella?

Cole no me miró. Estaba apretando la mandíbula como si aquello le doliese. La campana iba a

sonar de un minuto a otro y no habíamos arreglado una mierda. Me sentía peor que antes de hablar con él.

—Probablemente sí —admitió.

Me separé de la pared contra la que habíamos estado apoyados, pero Cole se apresuró a añadir:

—No es más que atracción —dijo desviando la mirada.

—Ah, bueno, eso me hace sentir mucho mejor. Ahora podemos ir a proponerle hacer un trío o algo, ¿no? O podemos retarnos a un duelo por su amor, ¿qué te parece? El problema lo tendrá el pobre Nate, que no sabrá por cuál de los dos decantarse. Pero si mueres tú, prometo llevarte flores todos los domingos —dije con tono mordaz.

—Que te den. No te soporto cuando te pones así.

—Vaya, qué lástima. Yo que lo estaba pasando de maravilla con esta situación... ¿Cómo te gustaría que reaccionara? Dime.

Cole le dio un golpe a la pared y yo me reí.

—Fantástico —dije mientras me iba.

NOA

Voy a plantearte unas preguntas; mientras piensas las respuestas, puedes intentar averiguar quién soy. Al final, tú me darás tus respuestas y yo te revelaré mi identidad. ¿Hay trato?

Esa fue la nota que encontré dentro de mi taquilla el lunes. La leí por lo menos cinco veces para hacerme a la idea de qué era aquello. Lo primero que pensé es que se trataba de una broma, y me puse a mirar el pasillo para ver si había alguien riéndose de mi reacción. Luego me di cuenta de que parecía demasiado elaborada. Estaba impresa en un papel grueso para que no se doblase con facilidad y no estaba escrita a mano para que no pudiese reconocer la letra. «Muy listo, o lista.»

De pronto me encontré buscando en mi mente quién había estado comportándose de forma sospechosa. Demasiados candidatos. El primer día de curso es un poco dramático: reencuentros, nuevas caras, clases distintas, profesores diferentes, historias de verano que contar, cotilleos que vuelan por todas partes, parejas que han roto, otras que han empezado. Pero ese lunes superó mis expectativas.

Zoe había llegado a clase sin maquillaje y con la cara pálida. No desprendía esa luz que normalmente la acompañaba. Además, siempre se esforzaba mucho el primer día por ponerse guapa, porque de esa primera impresión dependía cómo te iban a catalogar para el resto del año, cómo te iban a recordar, o al menos eso decía ella.

Emma había estado en una nube con la chica a la que había conocido. Se llamaba Sam, estaba afiliada a Greenpeace y se había pasado el verano de voluntaria en África con su hermana mayor. No iba a nuestro instituto, así que fue una suerte que coincidieran en la fiesta.

Yo había estado tan absorta en recuperar la normalidad con Wes que no había prestado mucha atención a Zoe, así que ninguna de las dos sabíamos qué era lo que le podía haber pasado. La arrastramos al baño para preguntarle, sin duda tenía que ser algo grave. El misterio de la nota podría esperar.

—Mis padres se van a divorciar —dijo con la voz entrecortada.

Zoe adoraba a su padre, la mimaba mucho y era muy cariñoso con ella. Por el contrario, su madre era un poco fría. Sabíamos que sufría depresión. Zoe nunca hablaba de ello. Quería mucho a su madre, pero a veces le costaba conectar con ella, así que se apoyaba más en su padre.

—Mi padre se va a ir de casa. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Mi madre tuvo que tomarse un montón de calmantes porque le dio un ataque de ansiedad. Mi padre vino a mi cuarto y se puso a llo-llorar —hipó—. Nunca... en mi... vida —cogió aire— lo había visto llorar.

Emma la abrazó y le acarició el pelo. Yo me enjuagué las lágrimas. Siempre había estado un

poco celosa de la relación que tenía Zoe con su padre, y verla sufrir de aquel modo me rompió el corazón.

—Me ha dicho que quiere mucho a mi madre, pero que su relación ya no da para más. Que necesita un poco de tranquilidad, estar solo. Pero me ha dicho que no se va a ir lejos, que no nos va a dejar porque..., bueno, mi madre es un poco inestable. Me ha dicho que lo sentía mucho. Que lo lamentaba de verdad.

Aquella charla nos dejó a las tres serias y tristes.

A la hora del descanso todo el mundo miraba sus móviles como sabuesos hambrientos. La cuenta de cotilleos del instituto volvía a estar activa, así que la gente estaba ansiosa por recibir nuevas actualizaciones. Yo no la seguía porque me parecía rastro, aunque en ocasiones... puede que la curiosidad me picase y le echase un ojo. Cada cierto tiempo alguien la denunciaba y la cerraban, pero siempre volvía a aparecer a los pocos días. La gente la odiaba y la amaba a partes iguales.

Estábamos en el patio trasero. Miré la mesa de Nate, Wes y Cole. Los dos últimos estaban sentados a poca distancia, sin mirarse, ignorándose mientras hablaban con otras personas.

Se me escapó un suspiro mientras me preguntaba qué les pasaría.

Pero lo peor fue el espectáculo que montó Maze en mitad de la cafetería gritándole al pobre Nate. Se ve que este había decidido dejarla y ella no se lo había tomado muy bien. Le gritó toda clase de insultos y cuando él le pidió que lo dejara en paz, ella le tiró su refresco a la cara. Fue bastante desagradable. Por supuesto, el momento quedó inmortalizado por miles de cámaras y terminó en la cuenta de cotilleos.

La verdad es que nunca me había parado a pensar en cómo se sentiría Maze con respecto a Nate, porque solo había conocido su relación a través de lo que me contaban él o Wes. Sin embargo, al verla llorando delante de todos, temblando de rabia, parecía muy vulnerable y dolida. Quizá sí que lo quería de verdad, tal vez el consejo que le había dado a Nate no había sido el correcto.

Volví a centrarme en la nota. Decía que conocía al autor, pero no si éramos amigos. La intriga me estaba matando. Un escalofrío me recorrió la espalda. Decidí no contárselo a nadie por el momento, quería disfrutarlo. Me hacía sentir especial.

Tendría que ponerme a investigar.

—¿Me vas a contar qué os pasa a ti y a Cole? —le pregunté a Wes.

Estábamos en su cuarto. Había decidido ir a verlo porque sus mensajes habían consistido únicamente en monosílabos y me preocupaba que hubiese ocurrido algo grave entre ellos. Me había abierto la puerta con el pelo despeinado y los ojos legañosos. El asunto tenía que ser peor de lo que yo imaginaba; Wes era muy inquieto y solo se metía en la cama durante el día cuando estaba muy enfermo o disgustado. Era el único adolescente que conocía al que le bastaba con

dormir seis o siete horas. Nunca me lo había confirmado, pero pensaba que tenía problemas para conciliar el sueño.

—No es nada importante —me contestó con la voz ronca.

Estaba sentada en su cama de mantas revueltas mientras que él permanecía apoyado en su escritorio, a cierta distancia de mí, con las manos metidas en los bolsillos. Hubo algo, una chispa de vulnerabilidad en sus ojos verdes, que me hizo morirme de ganas de acercarme y tocarlo.

Cuando era pequeño siempre llevaba el pelo revuelto como un nido de pájaros. En una ocasión vino mi abuela a visitarnos, y le dije que no podría acompañarnos si no se peinaba, porque ella era muy tradicional y no le habría gustado verlo con ese aspecto desaliñado. Así que se sentó en el césped y le pasé las manos por el pelo. Me sorprendió que fuese tan suave, con lo enmarañado que lo llevaba. Desde ese día, Wes me pedía constantemente que lo peinara; decía que yo lo hacía mucho mejor que él. En ese momento sentí la necesidad de volver a hacerlo.

—No lo parece —le dije.

—Las cosas no son siempre lo que parecen.

Ojalá tuviese la habilidad de capturar la expresión de su mirada. Mi profesor de Arte decía que un cuadro era bueno cuando las emociones traspasaban el papel. Y eso era lo más complicado y lo que más me atraía de pintar. Capturar una emoción. Encerrarla para ser capaz de verla una y otra vez.

Tenía cantidad de dibujos de Wes, pero le tenía prohibido mirar mi cuaderno. Era como una ventana a mi alma.

WES

Estaba acostumbrado a estar con ella a solas en su cuarto, pero no en el mío. Durante la adolescencia había evitado deliberadamente que Noa entrase en él porque me hacía sentir violento, en concreto por un desgraciado suceso.

Con catorce años tuve una gripe que me dejó una semana entera sin ir a clase. Jean, la madre de Noa, no le había permitido venir a verme para que no se contagiase, pero el viernes por la tarde, cuando ya no tenía fiebre, decidió presentarse sin avisar para darme una sorpresa. Marta, la mujer que trabajaba en mi casa, la dejó subir a mi cuarto. Yo tenía música puesta y no había escuchado ni el timbre, ni sus pasos en las escaleras, ni siquiera el crujir de la puerta de mi habitación. Doy gracias todos los días por que la pantalla del portátil me tapase. Levanté la mirada cuando la vi entrar; era demasiado tarde. Noa traía un trozo de tarta en las manos y recuerdo cómo cambió su cara de una sonrisa a una expresión confusa y luego a una totalmente horrorizada cuando escuchó los gemidos que salían de mi ordenador. Quiso taparse los oídos tan rápido que se le cayó la tarta al suelo.

—¡WES! —chilló tan fuerte que me dolieron los tímpanos.

Se puso más roja de lo que la había visto en mi vida. Yo me moví a toda velocidad, saqué la mano de donde la tenía y le di la espalda. Luego cerré la pantalla del ordenador de un golpe para callarlo.

—¿No sabes llamar a la puerta?

—¡Qué asco, joder! ¡Qué asco! —Y se fue gritando.

Su reacción, tan melodramática, me hizo gracia, pero convinimos en que no volvería a entrar en mi cuarto sin avisar.

No me senté en la cama con ella para poner cierta distancia entre nosotros, porque, al estar los dos solos, lo que sentía por ella era más intenso, más fuerte, más difícil de controlar. Estaba tumbada sobre el colchón con los brazos estirados, y la camiseta se le había salido de la cinturilla de los vaqueros. Mis ojos no dejaban de desviarse hacia esa zona, y luego hacia su pecho, observando el modo en el que subía y bajaba, que se hacía más evidente en esa posición.

—Voy a por algo de comer —dije dirigiéndome a la puerta.

Necesitaba despejarme.

Cuando volví con un cuenco de palomitas, vi que Noa seguía tirada como si tal cosa.

—No me habías dicho que tu cama era tan cómoda —comentó—. Es mucho mejor que la mía.

Si le gustaba mi cama, por mí perfecto. No me importaba compartirla con ella. Se me ocurrían muchas y variadas formas de darle uso, pero me las guardé para mí.

—Los padres de Zoe se van a divorciar —anunció de pronto. Me tensé—. Nos lo ha contado esta mañana. Estaba supertriste. Ya sabes lo mucho que quiere a su padre.

—¿Se va a ir?

—No. Le ha dicho que se va a quedar en Amber para no dejarlas solas a ella y a su madre.

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía casi seis años y mi madre y yo nos mudamos aquí poco después. Fue el verano en que conocí a Noa. Su padre había muerto en primavera, así que tal vez por eso conectamos tan rápido.

Mi padre no se había ido para siempre y me sentí afortunado porque, aunque estuviera lejos, podía seguir contando con él. Lo veía unas dos veces al año, y me escribía de vez en cuando. Tanto él como mi madre vivían para sus trabajos. Ninguno tenía mucho tiempo para mí o el uno para el otro.

Se habían perdido tantos eventos escolares, cumpleaños y mierdas así que había empezado a dejar de importarme. A veces sentía que me habría dado igual si desapareciesen. Los odié durante mucho tiempo, pero aquello me consumía demasiada energía. Y ellos no la merecían. Así que ahora nos ignorábamos mutuamente.

—A veces trato de imaginarme cómo sería mi relación con mi padre si no estuviese muerto.

Me estremecí un poco. Noa nunca había sido de esas personas a las que no les gustaba hablar de alguien que no está. Y no se enfadaba ni se molestaba porque la gente le preguntase por él. Creo que, de hecho, le gustaba mucho hablar de su padre. Sé que se pasaba horas escuchando las anécdotas que le contaba Jean. Decía que era su modo de conocerlo.

Aun así, me impactaba la facilidad con la que usaba la palabra «muerto». Hacía lo mismo cuando hablaba de su accidente. Aunque no lo recordaba, se había sentado a escuchar con atención el relato de lo que había pasado. Incluso había leído el atestado policial. No la había visto ni pestañear cuando su madre le explicó que había estado a punto de fallecer.

Noa era increíblemente fuerte y valiente para las cosas más trascendentales y, sin embargo, en su día a día era mucho más temerosa. Una vez me había confesado que lo que más le asustaba de la muerte era también lo que más curiosidad le producía: el hecho de dejar de sentir y de existir. Juro que esas palabras me pusieron los pelos de punta.

—Pienso en si tendríamos una relación como la que tiene Zoe con el suyo o si seríamos más distantes. Si se sentiría orgulloso de mí... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y la vi parpadear para evitar que se le derramasen—. Pero no lo sé. Casi no lo recuerdo. Creo que mi vida y la de mi madre habrían sido muy diferentes, creo que yo sería distinta. A veces, cuando viajamos, me imagino que me cruzo a mi padre en un paso de peatones, que lo veo entre la gente, como si no hubiese muerto, sino que estuviese viviendo otra vida. —Frunció el ceño—. Eso es lo que más cuesta aceptar, que haya dejado de existir, que por muchos años que pasen no va a volver. Nunca lo conoceré, no podré hablar con él. No ha estado en mis momentos claves, ni estará. Creo que es

mejor perder a alguien después de mucho tiempo, porque tienes más cosas de esa persona dentro de ti para poder recordarlo. Yo tengo muy pocas.

Noa me miró, me costaba encontrar qué palabras decirle cuando me contaba esas cosas porque, aunque empatizase con ella, yo no había pasado por eso y no sabía cómo se sentía. Mi situación era diferente. Jodida, pero diferente.

Me sonrió con timidez.

—No pretendía que sintieses pena por mí. Es que hoy lo he estado pensando y necesitaba expresarlo en voz alta.

—Te habría querido, Noa, seguro. Pero si tienes alguna duda, pregúntale a tu madre; siempre te ha dicho que te pareces un montón a él.

Esta vez la sonrisa le llegó a los ojos. Estiró la mano y me la pasó por el pelo en algo que fue mitad una caricia mitad una sacudida para despeinarme más. Mi corazón se saltó un latido. Me encantaba que hiciera eso. Una vez, con siete u ocho años, vino su abuela y me peinó para que estuviese presentable. Me gustó tanto la sensación que me inventé que no sabía peinarme para que lo hiciera ella siempre. Al final solo quería me acariciara.

NOA

Miré a mi madre en la cocina. Tenía puesta la radio y estaba tarareando la canción. Siempre se inventaba la letra, jamás la cantaba tal cual era. Se giró hacia mí y me dedicó una especie de danza. Yo había heredado su pésimo sentido del ritmo.

Me hizo reír. Me avergonzaba verla bailar en público, pero en casa me resultaba gracioso.

—Mamá —la llamé—. Los padres de Zoe se van a separar.

Ella bajó la música y se apoyó en la mesa. Hizo una mueca que yo sabía que había heredado de ella. Todo el mundo decía que nos parecíamos muchísimo físicamente.

—¿Cómo está Zoe?

—Mal.

—Se acostumbrará. Ya verás. Al principio será chocante, pero después... El otro día leí que el cerebro solo necesita tres días para coger un hábito. En un parpadeo habrán pasado dos meses y lo habrá aceptado como lo normal.

Mi madre, siempre tan práctica y tan poco sentimental. Se pasaba la vida leyendo artículos online y luego me soltaba la información. Aunque la mitad de las veces yo no me creía una palabra de lo que afirmaba.

—¿Con quién va a vivir?

—Supongo que con los dos. Su padre se muda cerca.

Ella asintió conforme.

—Ya verás. Todo parece mucho más trascendental a tu edad. Luego llegas a la mía y te das cuenta de que esos problemas tan «importantes» eran nimiedades.

—Gracias por los ánimos, mamá. Voy a tirarme por un puente.

Comencé a subir las escaleras hacia mi habitación. Había dejado un dibujo a medias y esta conversación estaba empezando a deprimirme.

—¡Aprovecha y ordena esa pocilga! —me gritó.

Quizá mi madre tuviera razón: el miércoles Zoe parecía estar bastante mejor. Su padre había encontrado un apartamento a veinte minutos de su casa, así que podía ir a verlo cada vez que quisiera, y nos contó que su madre había pedido cita con un psiquiatra para que la ayudara. La Zoe que sonreía, se maquillaba y se arreglaba para venir a clase había vuelto.

Emma, por su parte, estaba demasiado inmersa en su teléfono, supuse que mensajeándose con

Sam.

—Wes, Cole, tú y yo —estaba diciendo Zoe, mientras buscaba a los susodichos con la mirada por el patio de instituto—. ¡Una cita doble! ¿A que es buena idea? Yo creo que es lo mejor para que Cole me conozca mejor.

—¿Una cita doble? Eso sería rarísimo por muchas razones. Además, por si no lo has notado, Cole y Wes están cabreados. No es buena idea.

—¡Qué dices, pues mejor todavía! —Zoe era entusiasta por naturaleza—. Podemos usar la excusa de que queremos que hagan las paces. Es una idea perfecta, chica. —Se giró hacia Emma buscando su apoyo—. ¿Verdad?

Esta, que claramente no había escuchado una palabra de lo que habíamos dicho, levantó la mirada de la pantalla, vio el rostro inquisitivo de Zoe y mi cara de incomodidad y dijo:

—¿Eh? ¿Sí?

Zoe sonrió satisfecha.

—Vale, se lo diré a los dos, pero no te prometo nada —accedí.

—El sábado. ¿Qué prefieres, cine y tomar algo, o bolos? No puedo decidirme...

Lo dijo como dando por hecho que aquello iba a salir adelante, como si no tuviese que darse una rocambolesca alineación de los astros para que tanto Wes como Cole aceptaran la invitación.

—Cine y tomar algo.

Al menos, si la cosa se ponía muy fea, podíamos ver la película en silencio y luego irnos a casa.

Si pudieras hacer cualquier cosa, sin miedo a nada, sin consecuencias, hacer lo que quisieras con total libertad, ¿qué sería? Piénsalo, y piensa también en por qué no lo has hecho. Y no esperes que me ponga sentimental y te diga qué es lo que haría yo, eso lo tienes que averiguar tú solita. No pretenderás que te dé el trabajo hecho.

Me encontré la segunda nota el jueves a primera hora. Me emocioné más que la mañana de Navidad. Se me escapó un pequeño grito de alegría y me pegué la nota al pecho. Luego miré al pasillo intentando ver a alguien sospechoso. Pero no. Nada.

Qué haría si pudiera hacer cualquier cosa... Las primeras respuestas comenzaron a deslizarse por mi mente: viajar por todo el mundo, ir a un desfile de alta costura, ilustrar cómics, conocer a algunos de mis *mangakas* favoritos... Ninguna me parecía lo suficientemente trascendental. Esas eran cosas que planeaba hacer en el futuro o que anhelaba como se desea poder volar. Pero si de verdad pudiese hacer cualquier cosa... Tragué.

Vi a Cole doblar la esquina y corrí hacia él como si pudiese huir de mis pensamientos, de mis deseos ocultos. Todavía no le había propuesto lo de la cita doble, y me pareció una distracción lo suficientemente fuerte como para abandonar el camino que había tomado mi cerebro. Maldita pregunta.

Me acerqué corriendo y secándome el sudor de las manos en la falda. Cole se volvió al escuchar mis pasos y me dedicó una mirada extraña.

—¡Hola! Eh..., ¿puedo pedirte una cosa? —Me mordí la uña del pulgar y moví los pies inquieta. «Qué mal rato.»

—Depende de lo que sea —dijo suspicaz.

—No me odies, pero le conté a Zoe que Wes y tú os habíais peleado y, bueno, nos —dije en tono de pregunta— pareció buena idea salir los cuatro el sábado. Para... limar asperezas —seguí con una sonrisa que fue más una mueca—. Ya sabes.

—Y ¿cuál es el plan?

No negaré que me sorprendió su predisposición.

—Pues en principio cine y tomar algo después.

—Vale, pero nada de comedias románticas.

—Hecho. Gracias.

Cole esbozó una sonrisa a medias.

—Suerte con Wes.

¿Tan evidente era que todavía no se lo había propuesto? Se me ocurrió una idea de última hora.

—Por cierto..., no sabrás de alguna papelería donde vendan papel grueso, ¿verdad? Como el que se usa para las invitaciones.

Cole frunció el ceño y me miró con cierta sospecha en los ojos. A lo mejor solo estaba pensando en lo rara que era... Me tiré del cuello de la camiseta, me sentía arder. Siempre que estaba incómoda mi temperatura corporal aumentaba un par de grados.

—No, la verdad es que nunca he tenido que mandar invitaciones de ningún tipo. Aún soy muy joven.

¿Eso había sido una broma? ¿Ironía? Parpadeé mientras lo miraba marcharse con paso confiado. Refunfuñé frustrada. Era una detective pésima. De todas formas, Cole no abandonaba mi lista de sospechosos.

WES

—Había pensado que podrías ayudarme con Química. Se me da muy mal y... —Eso quizá habría colado si no estuviésemos en la primera semana de curso y todavía no tuviésemos ni deberes. Linda me estaba comiendo la oreja.—. Podríamos quedar este finde. ¿Te parece bien?

Desde que Nate estaba soltero de nuevo y en modo «Quiero salir a tope», nuestra mesa del patio era un ir y venir de chicas. Como Cole y yo seguíamos con nuestra guerra fría, no podía hablar con él para que no me diesen la brasa. Esperaba que a Nate se le pasase esta fase pronto.

Linda seguía tan pegada a mí que me costó ver a Noa escurriéndose entre la gente.

—Hola —dijo Noa jadeando al llegar—. ¿Puedo hablar contigo?

—Claro.

Me despedí de Linda con una palmadita y seguí a Noa. Pocas veces me había alegrado tanto de verla, aunque al momento me di cuenta de que estaba algo tensa y de que parecía cautelosa. Comenzó a morderse la uña del pulgar y a tamborilear los pies en el suelo.

—Tengo que pedirte una cosa, y no te cabrees, porque ya te digo que no ha sido idea mía y ni siquiera estaba muy segura de que fuera apropiado...

—Suéltalo —la apremié.

—Zoe quería tener una «cita doble» —dijo como poniéndole comillas— con nosotros y Cole. Y antes de que digas nada, ya la avisé de que no estabais en vuestro mejor momento, pero insistió mucho. Dice que así podríais reconciliaros. —Quise decir algo, pero me cortó—. Espera antes de decir que no. Le he preguntado a Cole y ha aceptado.

Punto número uno: ¿le había preguntado a él primero?

Y punto número dos: ¿había aceptado Cole una cita con Zoe, con la que obviamente no quería nada?

Ni de coña me apetecía ir, pero, claro, aquello me ponía entre la espada y la pared. Además, para qué vamos a engañarnos, no me iba a quedar en casa mientras salían los tres.

Si Zoe jugaba bien sus cartas, a lo mejor Cole decidía que sí que le interesaba y pasaba de Noa. Puestos a pedir...

—Qué ideas más maravillosas se le ocurren a Zoe... —dije con sarcasmo.

—Está muy triste por lo de sus padres. Le vendrá bien salir.

Noa me miró con ojos suplicantes. Me costaba decirle que no cuando se ponía así.

—¿Cuál es el plan? —Soltó una risita por lo bajo—. ¿Qué?

—Nada. Cine y tomar algo después.

Ahora sonreí yo.

—Estupendo. Mi condición para ir es elegir la película.

—Claro, vale. Mientras que no sea una comedia romántica. Cole dijo que cualquier cosa menos eso.

—Tranquila, no lo será.

Noa y Zoe odiaban las películas de miedo. Ya que Cole y yo íbamos a estar incómodos que te cagas, por lo menos podríamos cobrarnos una pequeña venganza.

NOA

No paraba de darle vueltas a la pregunta que me había planteado la nota, pero algunas de mis respuestas me hacían sentir incómoda. Preferí aparcarla y dedicarme a la segunda parte de la petición: averiguar qué era lo que haría mi mensajero anónimo. Solo había una forma de averiguarlo: preguntarles a mis amigos. Tenía que hacerlo uno a uno porque era una cuestión muy íntima y quería que me contestaran con sinceridad.

Planeaba estudiar sus reacciones y, de hecho, ya había aprovechado para examinar el cuarto de Wes cuando fui a su casa, mientras él iba a por palomitas, y no había encontrado nada. También había rebuscado en las mochilas de Zoe y de Emma, pero tampoco había encontrado ni rastro de otras notas ni de más papel grueso. Aún seguía sospechando de Cole, claro. A Nate lo había descartado: era incapaz de mentir y de prestar atención a detalles como a qué hora pasaba yo por mi taquilla. Tenía la esperanza de que fuese alguien de mi círculo, porque si no, no lo encontraría jamás. Leer la colección de Sherlock Holmes no me había servido para nada.

El viernes fui con Emma a una librería que nos gustaba mucho. Era vieja, estrecha y laberíntica, y parecía construida sin orden ni concierto.

—¿Cómo van las cosas con Sam?

—Es genial. Quiere estudiar Medicina para ir a trabajar a zonas de guerra. Nos pasamos horas hablando por teléfono. Nunca he conocido a nadie que me entienda tanto, es como si se anticipara a mis pensamientos. Y besa muy bien —dijo poniéndose colorada.

—Qué guay encontrar a una persona así.

Emma me miró con el ceño fruncido.

—Tú ya la tienes.

—¿Eh? —pregunté confusa.

—Wes.

—Bueno, sí, pero me refería en plan pareja.

—La única diferencia entre Sam y yo y vosotros es que nosotras nos enrollamos.

Me revolví. ¿Por qué mis amigas insistían tanto con el tema? Cada vez me sentía más confusa. Más me valía cambiar el rumbo de la conversación.

—Emma, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Sí, claro.

—Contéstame con toda la sinceridad que puedas.

Mi amiga se frotó las manos, como preparándose para algo muy complicado.

—Venga, has hecho que me pique la curiosidad.

—Si pudieras hacer cualquier cosa sin tener miedo a las consecuencias, a las reacciones de los demás, sin tener que pensar en nada y con total libertad, ¿qué harías?

Me fijé en su reacción para ver si reconocía la pregunta y se delataba, pero si había sido ella lo ocultó muy bien. Se quedó en silencio sopesando la respuesta.

—Hay dos cosas —empezó con calma—. Me quitaría una espina que tengo desde hace mucho tiempo... —Me miró con ojos suplicantes—. Dime que no se lo vas a decir a nadie.

—Te lo juro, sabes que no sería capaz.

—En realidad, me alegra poder contárselo a alguien después de tanto tiempo. —Hizo una pausa como para coger impulso y luego soltó—: Le diría a Zoe que me enamoré de ella a los doce años. —Se me desencajó la mandíbula—. Fue la primera chica por la que me sentí atraída, y me resultó superconfuso. Primero pensé que solo la quería en plan amigas. Después, me di cuenta de que me dolía mucho verla salir con chicos, que no me alegraba por ella. Deseaba ser esos tíos. Quería besarla, y, claro, eso no es lo que se siente por una amiga. Pero nunca se lo confesé porque sabía que ella no sentiría lo mismo y acabaría fastidiando nuestra amistad.

—¿Todavía...?

—No, no sé en qué momento dejé de verla de ese modo, pero lo tuve claro el verano pasado, cuando besé a una chica por primera vez. De repente volví a verla solo como a una amiga.

—Vaya... Tuviste que pasarlo muy mal. Zoe no es precisamente discreta con sus ligues.

Emma se encogió de hombros con resignación.

—No fue agradable.

—¿Y la segunda cosa?

Se puso colorada y bajó la mirada a sus uñas pintadas de violeta.

—Me acostaría con Sam. Me gusta mucho y me siento lo suficientemente cómoda con ella como para dar el paso, pero me asusta un poco no saber qué hacer o... —Suspiró—. Ella ya lo ha hecho con otras chicas y me preocupa un poco parecer demasiado inexperta.

Lo pensé un momento. Yo ni siquiera podía visualizarme acostándome con un chico. De solo imaginarlo me ponía nerviosísima.

—Si tienes confianza con ella, a lo mejor deberías decírselo, y quizá ella te ¿guíe? —Ahora me puse colorada yo—. Bueno, tampoco es que yo tenga mucha idea de estas cosas. Quizá Zoe pueda aconsejarte mejor... si te sientes cómoda hablando con ella de estos temas.

Emma se rio. Luego se quedó en silencio, pareció que algo le había cruzado la mente.

—¿Tú hablas con Wes de este tipo de temas?

—Bueno, no le pido que me dé detalles, ni los quiero saber —moví las manos negando—, pero sí que me contó que se había acostado con Lana el año pasado.

—¿Le preguntarías a él qué hacer para acostarte con un tío?

Supé exactamente por dónde iba. Mi instinto fue contestar que sí, pero me frené en seco con la palabra en la punta de la lengua. Imaginarme a Wes explicándome qué es lo que les gusta a los chicos en la cama hizo que la sangre se me subiese a la cabeza. Me ardieron las orejas y se me aceleró el corazón. Había cosas que prefería no saber todavía.

WES

Noa iba a venir con Zoe y yo había decidido llegar temprano para comprar las entradas sin que les diera tiempo a oponerse. Tenía claro que Cole llegaría el primero porque a la vida le gusta ponerme en esas situaciones incómodas de narices y porque Noa y Zoe eran unas listillas y se retrasarían aposta. Así que, cómo no, vi llegar a Cole con las manos metidas en los bolsillos y arrastrando sus zapatillas desgastadas. Era su pose de «Soy un tío frío y duro». Vaya mentira. Cole no era frío, solo le gustaba aparentarlo.

—Me sorprendió que aceptases —me saludó.

—Pues a mí no que tú lo hicieses —repliqué mientras me dejaba caer en un banco.

—¿Qué querías que hiciera?

—Creo que los dos lo tenemos bastante claro... —Hice una pausa—. ¿Por qué no me lo contaste?

Para que luego digan que los tíos solo hablamos de chorradas.

Cole se encogió de hombros.

—Ha sido tan obvio toda la vida que estabas colado por ella, que el día que me di cuenta de que me atraía me sentí un traidor y pensé que ya se me pasaría.

—¿Y no se te pasó?

—No.

—No podíamos haber empezado mejor la cita doble. Lo vamos a pasar de maravilla.

—Pídemelo —me suplicó Cole—. Dime que no haga nada, que me olvide de ella. Es lo justo.

—No. Ya sabes que no lo voy a hacer. Aunque a mi parte egoísta de mierda le encantaría, no lo voy a hacer. —Eché la cabeza hacia atrás, la apoyé en la pared y miré el techo—. Eso lo tendrá que decidir ella.

—Esta situación es una mierda, Wes. ¿Vamos a seguir ignorándonos para siempre?

—Bueno, más que ignorarte, me encantaría darte un puñetazo. Pero no nos quedará otra que aprender a convivir con ello.

Cole resopló.

—Odio cuando te pones en plan maduro.

Yo me reí sin ganas. Aunque no lo estaba mirando, supe que él también estaba sonriendo. Valoraba demasiado su amistad para perderla tan fácilmente. Así que me tragué los celos.

En realidad no estaba siendo maduro. Estaba acojonado, pero supongo que se me daba bien fingir lo contrario.

Las chicas llegaron unos minutos después. Zoe sonreía radiante mientras que Noa me miraba con cara de culpabilidad.

Tenía que besarla pronto o me iba a partir por la mitad de lo mucho que me estaba costando contenerme. Mi pecho se ablandó como la mantequilla al mirarla.

—¿Qué película vamos a ver? —preguntó Zoe.

Me giré hacia Cole y le lancé una sonrisa cómplice. Sabía que me había entendido; había echado de menos a mi mejor amigo.

—Esa —dije señalando el cartel.

Zoe se puso roja de aguantarse las ganas de quejarse; yo sabía que no lo haría porque estaba Cole y quería causarle una buena impresión. Noa se puso pálida y al instante me lanzó una mirada asesina. No le hizo gracia. Y a mí esa rabia me encendió.

—¿No me irás a decir que te asustan las pelis de miedo? —se burló Cole.

—Punto número uno: se llaman películas de miedo porque su objetivo es asustarte. Punto número dos: si lo que quieres preguntar es si me gustan, pues no, no me gustan.

Me sorprendió que fuese tan directa con él. Normalmente no se mostraba tan cómoda con Cole. ¿Habría pasado algo entre ellos?

Cole soltó una carcajada bien sonora y se le iluminó la mirada. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que le gustaba?

Para mi suerte, Zoe se mantuvo bien pegada a él, dejando claro que iba a sentarse a su lado. En efecto, una vez en la sala, no paró de enterrar la cabeza en el hombro de Cole, que parecía hartito. Noa apartaba la vista de la pantalla cada vez que preveía que iba a ocurrir algo desagradable.

—¿Quieres salir? —le susurré.

Mi nariz rozó la piel de detrás de su oreja al inclinarme y sentí un cosquilleo por la espalda. Se me cerraron los ojos y aguanté la respiración para controlar mis ganas de probarla.

—Jo, pensaba que no me lo ibas a decir nunca. —Su voz fue una caricia sobre mi mejilla.

Se levantó y salió disculpándose con la gente mientras yo la seguía. Necesitaba aire fresco. Ya.

Con el rabillo del ojo vi a Cole lanzarme una mirada suplicante. «Lo siento, amigo.» Alcancé a Noa en la puerta de salida de la sala. Se desperezó y yo me quedé mirándola. Tragué. Joder.

La vi mover la mano hacia la mía con intención de agarrármela, pero después la bajó rápidamente, como si se lo hubiese pensado mejor. Qué extraño.

—¿Quieres ir al simulador de Mario Kart hasta que salgan? —propuso.

—Me gustará ver cómo intentas ganarme.

Fuimos hacia los recreativos, que estaban al lado del cine. Le mandé un mensaje a Cole para decirle que nos buscaran allí. Noa estaba un poco rara, como distante, pero quizá fuera por la película.

—¿Crees que Zoe tiene posibilidades de que Cole se fije en ella? —me preguntó de pronto.

—La verdad es que lo dudo.

En realidad lo sabía con certeza.

—Me parece que a ella le gusta mucho. Nunca ha insistido tanto con un chico. Tal vez si Cole la conoce mejor cambie de opinión.

—¿Quieres que estén juntos?

—Claro —dijo ella con extrañeza—. ¿Por qué no iba a querer?

NOA

Después de cenar algo en el centro comercial fuimos a un *pub*. Mi madre me mandó un mensaje para interrogarme acerca de con quién estaba y a qué hora pensaba volver. Luego me había obligado a pasarle el teléfono a Wes para oírle prometer que me llevaría a casa.

Íbamos por nuestra segunda copa, cortesía de los carnés falsos de Wes y Cole. Zoe y yo habíamos ido al baño. Se estaba poniendo pintalabios y arreglándose el pelo. Estaba guapísima con su vestido de flores cruzado y unas bailarinas con tacón cuadrado. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que resaltaba el azul de sus ojos.

No entendía cómo Cole no la podía encontrar atractiva. Yo, con mis botas altas de cordones, mi minifalda y mi top, parecía una niña de diez años a su lado.

Zoe me miró y me pasó el pintalabios de color frambuesa.

—Póntelo, te va con lo que llevas. —Hice lo que me decía—. ¿No te parece Cole el chico más guapo del mundo?

—No —contesté de forma automática.

Enarcó una ceja. Qué rabia me daba que pudiese hacer eso y yo no.

—¿A quién conoces que sea más guapo?

—A Wes —respondí totalmente segura.

Me sorprendí de lo claro que lo tenía, pero me di cuenta de que era cierto. Wes era tan guapo que a veces me daba rabia. Era muy atractivo, con su pelo rubio y ondulado cayéndole sobre la frente. Sus ojos no eran bonitos solo por su color, sino también por la intensidad de su mirada. Tenía los rasgos marcados, pero sin llegar a ser duros. En ocasiones podía parecer aniñado, sobre todo cuando se acababa de despertar. La única imperfección que había en su rostro era una pequeña cicatriz que tenía en el mentón, de un corte que se había hecho de pequeño al caerse del monopatín. Pero hasta eso me parecía sexi. Aunque sin duda lo más atractivo de él era su sonrisa, que era de esas que te aceleran el corazón.

Me miré en el espejo. Tenía las mejillas sonrojadas. Era por culpa de Emma y sus insinuaciones. Wes y yo éramos amigos..., solo amigos.

—Es verdad que siempre has preferido a los rubios.

Me recogí el pelo en dos trenzas porque aquel sitio estaba tan lleno que hacía un calor de muerte. Tuvimos que pasar rozándonos con un montón de desconocidos para llegar hasta donde habíamos dejado a los chicos. Estaba muy contenta de que hubiesen arreglado sus diferencias. Sabía lo mucho que Wes valoraba la amistad de Cole.

Cuando llegamos había tres chicas hablando con ellos. Escuché a Zoe escupir una palabrota por lo bajo. Yo me dije que era lo normal: la gente iba ahí a ligar, y Cole y Wes estaban solos. Tampoco es que fuera muy sorprendente. Ni que me molestase...

—Vamos a echarlas.

—No tenemos derecho.

—¿Quién dice que no? Es una cita.

Comenzó a sonar a todo volumen una canción de Rihanna. La gente chilló emocionada. Agarré de la mano a Zoe y tiré de ella hacia la zona de baile.

—Me flipa esta canción —dije dándole un sorbo especialmente largo a mi copa.

Necesitaba espacio.

Zoe miró a los chicos, pero al final desistió y me acompañó. Le gustaba mucho bailar y se le daba muy bien. La multitud saltó emocionada al ritmo de la base electrónica. Las manos volaban hacia arriba mientras todos gritábamos el estribillo a pleno pulmón. Al cabo de un rato, Zoe comenzó a alejarse, y supe que iba a por Cole. Miré a mi alrededor buscando a Wes y lo escuché susurrarme al oído:

—Te queda bien —dijo refiriéndose al pintalabios.

Me estremecí. Un escalofrío me recorrió desde el lugar en el que su aliento me había tocado hasta la punta de los dedos de los pies. Los encogí dentro de las botas.

Me pasó la mano por la cintura y se colocó delante de mí. Paseó su mirada por mi cuerpo lentamente.

Bum. Bum. Bum.

Se acercó a mí hasta pegar su frente con la mía, tuvo que agacharse porque era más alto que yo. Lo vi levantar las manos y me pareció que iba a agarrarme la cara.

«Inspira y expira.»

Sus ojos tenían ese brillo nebuloso típico de la borrachera y no supe qué esperar de él. Yo también sentía el alcohol burbujeándome dentro. Me cogió las trenzas y tiró de los coleteros hasta deshacérmelas. Me pasó una mano por el pelo, y me flipó la sensación.

Bum. Bum. Bum.

Estaba tan cerca que podía sentir su aliento haciéndome cosquillas en la cara y mis ojos se desviaron inconscientemente hacia su boca. Tenía un pequeño lunar justo en el borde de los labios, que eran de un color rosa pálido. Me pregunté cómo sería besarlos. Cómo me sentiría. Más de una vez había escuchado a alguna compañera de clase preguntarse lo mismo.

«Simple curiosidad, nada más.»

—Mejor así —me dijo con la voz ronca, una octava más grave, sin separarse ni un centímetro de mí.

Tenía los ojos nublados, como somnolientos, y las pupilas dilatadas. Estaba increíblemente atractivo.

La tierra no me sostenía. La gravedad había desaparecido a mi alrededor. Mi estómago se

sacudía como si estuviese cayendo por una montaña rusa a toda velocidad.

—¿Vas a bailar conmigo? —le pregunté.

Mi voz me sonó ajena. Extraña. Yo no había pensado en decir eso, mis labios se movieron solos, mi lengua trazó las palabras por su cuenta.

Me puso una mano en la cadera y me dedicó una sonrisa ladeada.

«Joder, esa sonrisa.» Tragué.

—Tengo muchas cualidades, pero no soy buen bailarín.

Le sostuve una mano y me hizo girar sobre mí misma. Me coloqué de espaldas a él y bajé contoneándome sin soltarlo. No me creí que me hubiese atrevido a hacer aquello. «No pienses, Noa, no pienses», me chillaba el alcohol que quemaba mis venas.

La parte lenta de la canción terminó y explotó el estribillo. Los dos empezamos a saltar. Sentí mi corazón flotar de alegría. Como si estuviese fuera de mi cuerpo.

Perdí la cuenta de las canciones que bailamos y del tiempo que pasó. No podía apartar la mirada de los ojos verdes hipnóticos de Wes. Era como si estuviéramos en nuestra propia burbuja, ajenos al resto del mundo.

Cuando me di cuenta, eran las tres de la mañana y no había ni rastro de Cole y Zoe. Saqué el móvil y vi que tenía un mensaje suyo diciéndome que se iba a casa. «Mierda.» Vi que Wes también estaba mirando el suyo. Esperé a que terminase de teclear y le dirigí una mirada inquisitiva.

—Cole se ha ido.

—Zoe también. Pero ¿qué ha pasado?

Nos alejamos de la pista porque la música estaba tan alta que casi no nos escuchábamos.

—Zoe ha intentado liarse con Cole y él le ha dicho que no. Y se ha ido —me explicó Wes.

—Qué mierda. Es muy tarde, espero que haya cogido un taxi.

Miré a qué hora me había escrito: las 2.35. Debería haber llegado ya a su casa. Me dirigí hacia la puerta con Wes detrás de mí. Marqué su contacto y la llamé. Me contestó al segundo tono.

—¿Estás bien? ¿Has llegado a casa?

—Sí. Acabo de entrar. Me pedí un Uber. —Tenía la voz triste.

—¿Por qué no me has dicho que te ibas? Te habría acompañado.

—Da igual. Tú te lo estabas pasando muy bien con Wes —dijo sin tono de reproche—. Hablamos el lunes en clase, ¿vale? Adiós.

—Adiós.

Colgué el teléfono y suspiré. Me sentí culpable. Yo había estado en una nube y me había olvidado por completo el resto del mundo.

Desde que conocía a Zoe había decidido que yo no quería salir con nadie. La había visto sentirse fatal incontables veces cuando el chico que le gustaba no le correspondía. Había visto cómo se esforzaba por cambiar para ellos, cómo se tambaleaba su autoestima. También había

visto cómo llamaba zorras a las chicas que sí se enrollaban con quien querían. Prefería no formar parte de aquello. No quería que me hicieran daño.

Zoe siempre había sido nuestro ejemplo. Un ejemplo de algo que no quería para mí. Siendo invisible no se estaba tan mal.

—¿Todo bien? —me preguntó Wes.

—Sí, supongo... Recuérdame que no me pille nunca por nadie. Tendré una vida larga y feliz conmigo misma.

Mi madre me despertó a la mañana siguiente con la música a toda pastilla mientras movía muebles para limpiar. Era su modo indirecto de indicarme que me levantase de una vez.

La vergüenza de lo que había pasado la noche anterior entre Wes y yo me aplastó. Saqué mi cuaderno de dibujo de debajo de la cama y cogí un lápiz. Siempre me sentía mejor después de pintar.

Podía ver los ojos de Wes. Flashazos de su verde intenso. Sus pestañas oscuras enmarcando su mirada felina. Mi mano se movió por el papel. Esos párpados ligeramente cerrados. El brillo en sus pupilas. Observé el dibujo. Un sentimiento conocido se me anudó en el pecho. El sabor agrio de la angustia me llenó la garganta. «No. No vayas por ahí, Noa.»

Quise arrancar el dibujo, pero no fui capaz.

—¡Ya estoy despierta, mamá! ¡Ya puedes parar con el espectáculo! —grité al salir de mi habitación.

—¿Te he despertado? —me dijo ella haciéndose la inocente.

—Solo te ha faltado ponerte a taladrar alguna pared.

Me cogió de los hombros cuando pasé por su lado y me dio un beso en la sien.

—Qué borde es mi niña... —Conté hasta tres—. Pues yo me he levantado temprano. He leído que las personas que se acuestan pronto y madrugan son mucho más productivas.

Ya estábamos. Otro dato basado en «he leído...». Aun así, me senté y la escuché. La mayoría del tiempo me sacaba de quicio, pero a la vez me gustaba oírla. Aunque no pasábamos mucho tiempo juntas por culpa de su trabajo, nos hacíamos compañía.

Mi madre tenía una empresa de *catering*. Era la mejor cocinera del mundo, rasgo que yo no había heredado de ella.

Yo nunca había sido consciente de las épocas en las que íbamos más escasas de dinero, jamás me había hecho partícipe de los momentos más duros, como cuando tenía que hacer malabarismos para llegar a fin de mes. Eran detalles que me había contado ahora, que era más mayor. Estaba muy orgullosa de ella. A veces pensaba que podría mover montañas si se lo propusiera.

—Mami —la llamé.

—Hmmm —murmuró con un trozo de bollo en la boca.

—¿Vamos mañana a desayunar juntas por ahí? Me apetece tomarme unas tortitas con bacón.
—Te despertaré.

El lunes Zoe y yo tuvimos hora libre de estudio y salimos al patio.

—La cosa estaba yendo bien. Estaba un poco serio, pero, chica, ya sabes que siempre se muestra callado y frío. Luego empeoró cuando empezamos a bailar. Me preguntó que dónde estabas y le dije que seguramente con Wes. Se puso a mirar entre la multitud distraído y cuando os vimos... —Me miró arqueando las cejas—. Por cierto, parecía que os ibais a poner a comeros la boca de un momento a otro.

Resoplé apartando la vista.

—¿Qué dices?

—Venga, chica, que tengo ojos en la cara —dijo sin creermelo—. Es obvio que entre vosotros hay algo.

—Sí, que somos buenos amigos.

—¿En serio te crees eso? Admítelo, te pone, y tú a él. ¿Has visto cómo te mira?

Me puse roja y agarré el borde la mesa con fuerza.

—¡No! Para mí Wes es como mi hermano, y yo para él igual.

—Mira, tú di lo que quieras, pero ya te aseguro yo que para Wes no eres como su hermana. —Pretendí rebatírselo, pero me hizo callar con un gesto—. No hace falta que me convenzas... —Se calló y suspiró—. Bueno, pues eso, que cuando os vimos se puso supertenso —siguió con la historia—. Yo le pedí que bailara conmigo para dejaros a vuestro aire, pero parecía cabreado o algo. Así que, sin más rodeos, se lo dije.

—¿El qué?

—Que me gusta mucho. Y me acerqué para besarle porque, no sé..., me pareció buena idea. Obviamente no lo fue. Si vieras la cobra que me hizo... —Vi dolor brillar en sus ojos—. Me dijo que no sentía lo mismo por mí y que dejase de intentarlo porque no iba a ocurrir. Dijo que yo no era su tipo y que no fuera tan «jodidamente pesada» —Se le entrecortó la voz—. Literal. No quería ser persistente, es que pensaba que si mostraba interés, si llegaba a conocerme mejor...

La rabia hirvió en mi interior.

—Es un gilipollas. No tendría que haberte hablado así.

—Tiene razón, a veces soy muy pesada. No es el primero que me lo dice. Tal vez debería...

—¿Acaso él es perfecto? Pasa de él, Zoe, tú eres como eres y punto. Por lo menos, demuestras tus sentimientos. Si quieres algo, vas a por ello. A Cole parece que todo se la suda. Además, mi madre siempre dice que no hay que cambiar por nadie, que si te quieren, te querrán tal como eres.

En el descanso esperé a Cole al lado de su taquilla.

Tuve que hacer acopio de todo mi valor, pero si no le decía algo me iba a comer la indignación. Siempre me estaba callando las cosas que me molestaban y luego les daba vueltas y vueltas. Planeaba situaciones en las que simulaba que decía lo que pensaba. Confeccionaba respuestas perfectas, pero luego era muy cobarde para hacerlo.

«Hazlo, Noa. Muéstrate más segura.»

El corazón me latió a toda velocidad cuando lo vi aparecer. Me sudaban las palmas de las manos. Notaba un enjambre de abejas en el estómago. Tuve la tentación de irme, pero recordé los ojos tristes de Zoe, cómo sus hombros se habían hundido.

—Has sido muy idiota con Zoe —dije en un tono suave. A pesar de que quería dejarle las cosas claras, no me apetecía montar una escena.

—¿Por qué? ¿Por dejarle claro que no me gusta?

—Por el modo como lo hiciste. Le has hecho daño —le expliqué.

—Bueno, no creo que haya ningún modo de decirle a alguien que no le correspondes sin herir sus sentimientos, pero si tú sabes uno, dímelo.

Me picaron los ojos. Odiaba las confrontaciones.

—No te pongas chulo conmigo, Cole. Podías haberle dicho simplemente que no te gustaba sin necesidad de hablarle mal. Le habría quedado claro igualmente.

—No sé yo. A veces tienes que ser tajante para cortar algo.

—Zoe no es estúpida —dije con los dientes apretados.

—Pues le ha costado pillarlo, porque no le di ninguna señal para que se me tirara encima, y me cansé de tener que aguantarla. He tenido paciencia para ver si se daba cuenta ella sola, pero no.

El enfado bulló dentro de mí. La rabia me cegaba. Había conseguido traspasar la línea y perdí los papeles.

—No sé qué te pasa ni por qué tienes esa actitud de mierda. Pensaba que eras mejor tío, que no te creías por encima de los demás y con derecho a despreciarlos. Ya veo que no —le escupí.

En cuanto terminé de decirlo me arrepentí. No me enfadaba muy a menudo, pero cuando lo hacía nunca pensaba en lo que decía. Las palabras brotaban a borbotones. Sabía que me había pasado porque el dolor y la ira se mezclaron en sus ojos azules. Los músculos de su mandíbula dieron un tirón.

Cole cerró de un portazo la taquilla. Yo di un salto, sorprendida por su arranque de ira. Normalmente era una persona muy controlada.

—¿Vienes a darme consejos? Bueno, pues tú tampoco estuviste muy pendiente de tu amiga que digamos. Quizá estabas demasiado ocupada con Wes. Ah, no, que solo sois amigos. ¿No es eso? Qué hipócrita eres diciéndole a los demás cómo actuar, con esa actitud de «Soy muy sincera y comprensiva». ¡Pues no lo eres! —me gritó.

Sus palabras cayeron como una losa sobre mí. El aire se me atascó en los pulmones y

comencé a sentir la presión de las lágrimas en la garganta.

—¿Qu-qué dices? —balbuceé.

—Lo sabes perfectamente. No quieres compartir a tu Wesley, pero tampoco te atreves a confesar que te gusta porque estás muerta de miedo. Qué casualidad que la única persona con la que te has enrollado sea alguien a quien sabías que no ibas a volver a ver. Yo al menos fui sincero y no jugué con Zoe. Pero tú te engañas a ti misma y tratas de engañar a los demás.

Sus palabras llenas de rabia me dejaron en *shock*. Tenía el rostro encendido. Vi cómo algunas personas que pasaban por el pasillo nos miraban. Me ardieron las orejas. Me dolió lo que me dijo, pero aún más que me hubiese expuesto de esa manera.

El pecho me dolía por el esfuerzo de aguantar las lágrimas. No me gustaba que la gente me viese llorar. La vergüenza que sentí fue convirtiéndose lentamente en odio, un sentimiento que me quemó las venas hasta llegarme a los ojos. Me temblaba el labio inferior. Si hablaba, lloraría.

—Vete a la mierda —le dije.

Me marché mientras la primera lágrima me caía por la mejilla.

Era una blandengue, joder.

Me metí en el baño para lavarme la cara. No quería que mis compañeros de clase me preguntasen qué me había pasado. Odiaba parecer débil, frágil. Mi madre siempre me estaba diciendo que no llorase tanto. Que fuese más dura.

Me sentí terriblemente estúpida. Ojalá fuese más como ella. Ella le habría gritado a Cole, no se habría sentido intimidada. No habría dudado. Y, por supuesto, no habría llorado. Era dura como una roca. En eso no nos parecíamos.

Me froté la cara. Era imposible disimular que había llorado. Tenía los ojos rojos, y la punta de la nariz también. Resoplé para tratar de calmarme. «Respira, Noa.»

Pero el drama no había hecho más que empezar.

A los quince minutos comenzó a vibrarme el móvil en el bolsillo. Emma. Supuse que se estarían preguntando dónde me había metido, pero me pareció extraño que me llamase en vez de mandarme un mensaje.

—¿Dónde estás? —me dijo. Algo en su tono hizo que me alarmase.

—En el baño. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ay, Noa. Tienes que venir fuera.

—¿Qué ha pasado, Emma? Me estás poniendo nerviosa. —Se quedó en silencio. Salí del baño hacia el patio lo más rápido que pude—. ¡Emma!

Escuché la voz de Zoe, que le quitó el teléfono.

—Se han pegado. Cole y Wes.

—¿Qué? —Se me cortó la respiración y frené en seco.

Me temblaron las piernas.

—Por lo visto alguien ha ido contando que Cole te había gritado en el pasillo y que te habías ido llorando. Wes lo ha escuchado y se ha ido directo a por él. Nunca lo había visto tan cabreado,

Noa. Se han puesto a gritarse. —Se quedó callada; noté que había algo que no me quería contar. Volví a andar hacia el patio—. Eh..., bueno, la cosa es que al final se han calentado, Wes le ha dado un puñetazo y Cole se lo ha devuelto. Por suerte, los han separado rápido. Se los han llevado al despacho de la directora.

La cabeza me latía. Deseé cavar un agujero en la tierra y esconderme dentro. Me eché el pelo hacia delante para intentar que me tapase la cara. Apreté el móvil contra el pecho con fuerza. Sentía que salir al patio sería como emerger en el centro de un coliseo con un montón de romanos señalándome.

Nunca me había sentido tan mal en el instituto. Todo el mundo iba a empezar a inventarse rumores. Ya sentía las miradas. Yo que siempre había sido la chica a la que le daba vergüenza cruzar la cafetería sola porque no soportaba que la gente se fijase en ella. Necesitaba ver a Wes cuanto antes. Le mandé un mensaje:

Dime algo en cuanto salgas. Nos vemos después de clase
en el parque de detrás de casa. Si no vienes, me planto ante
tu puerta hasta que me abras.

WES

Estaba esperando a Noa en una zona espesa del parque que daba directamente al lago. Habíamos ido allí tantas veces desde que nos conocíamos que sabíamos exactamente dónde nos veríamos. Era la parte más privada del parque, la que lindaba con el bosque que lo bordeaba. Cuando éramos niños bromeábamos con que aquel era nuestro *Puente hacia Terabithia*. A Noa le encantaba todo lo que tuviese que ver con la fantasía, la magia y todo eso. No podía contar la cantidad de veces que me había hecho ver *Harry Potter*.

Apareció corriendo entre los árboles, jadeando por la carrera.

—Joder, ¿por qué los tíos tenéis que acabar pegándoos siempre? —dijo sentándose a mi lado en una roca. Me cogió la cara y me miró el corte que tenía en la mejilla y en la ceja—. ¿Te duele mucho?

Me encogí de hombros. Sí, me dolía. Pero me jodía más lo que había pasado entre Cole y yo.

—¿Te ha curado alguien?

—Nos hemos desinfectado antes de que nos expulsaran.

Noa abrió mucho los ojos. Creo que aquello la impactó más que mis heridas. Para ella, que consideraba que sacar menos de sobresaliente era un fracaso, una expulsión era lo peor que le podía pasar a alguien. Fue gracioso verla reaccionar así, como si fuera el fin del mundo.

—¿Cuánto tiempo?

—Toda la semana.

—Puf. ¿Qué vas a hacer? Te vas a perder un montón de clases.

—Estoy seguro de que alguien me dejará los apuntes. Ese es el menor de mis problemas.

Noa no pareció estar de acuerdo conmigo. Sus ojos se llenaron de miedo y preocupación. Pude ver la ansiedad en la línea de sus hombros, en la respiración poco profunda, en las arrugas de su frente.

—¿Han llamado a tu madre? —me preguntó con cautela.

—Sí, pero saltó el contestador.

—¿Crees que te castigará?

—Eso implicaría tener que estar pendiente de mí, así que no. Seguramente me echará una mirada de decepción y me soltará alguna frase del tipo: «La verdad, Wesley, esperaba que fueses mejor persona». Y luego suspirará y se largará a su estudio. —Noté la amargura en mi voz.

Los ojos de Noa se suavizaron y me miró con ternura, como si estuviera viendo a mi yo de seis años. Se giró y se puso a buscar algo en su mochila. Sacó un antiséptico, algodón y unos

apósitos para curarme las heridas. Me hizo sonreír y, al estirar la cara, noté una punzada de dolor.

—Eres tonto —susurró ella acercándose un algodón a uno de los cortes.

Estaba tan cerca que podía oler el champú de melocotón que usaba. Le obsesionaba ese olor. En ese momento a mí también. A esa distancia podía contarle las pecas, podía notar cómo contenía el aliento y cómo se mordía el labio, como si estuviese realizando una operación muy complicada. Era un gesto habitual en ella. También podía ver el pulso latiéndole rápido en la garganta, y cómo esta se movía cuando tragaba.

Aquella posición que había adoptado, ligeramente inclinada sobre mí, me daba una perspectiva perfecta de su escote. «Demasiado para mí.» Fijé la mirada en el lago mientras trataba de despejarme. Cuando terminó se echó hacia atrás y contempló su trabajo, satisfecha.

—Dime qué ha pasado.

—Solo fui a que me explicara qué te había hecho. No... —Suspiré—. No tenía intención de pegarle, ¿vale?

—Zoe me contó que él te dijo algo muy fuerte y que le pegaste por eso.

Ese era el tema que no quería tratar.

—¿Qué te dijo, Wes?

—Algo lo suficientemente desagradable como para no querer repetírtelo. Vamos a dejarlo ahí.

Noa se mantuvo en silencio. Si podía evitarlo, no pensaba hablar de ese maldito tema con ella. «¿Sabes cuál es tu problema? Que te jode no poder follártela y te acojona que lo haga yo.» Esas habían sido sus palabras.

—Cuéntame qué pasó entre vosotros —intervine para evitar que siguiese indagando.

—Estaba enfadada por lo que pasó con Zoe. Y quería..., no sé, que me lo explicara o que se disculpara con ella. Al principio estaba normal, bueno, más imbécil que de costumbre, pero calmado, y luego... —Le tembló la voz ligeramente.

El viento le sacudió el pelo que tenía colocado detrás de la oreja y se le enredó con las pestañas. Estiré la mano y se lo aparté con cuidado. Le pasé los dedos por la sien y bajé hasta su oreja para colocárselo. Seguí acariciándole el cuello y luego dejé caer la mano. Juraría que vi cómo se le erizaba el vello. Aunque quizá solo fuese cosa del viento.

—Le dije algo hiriente. No tendría que haberlo hecho, pero me salió. Él perdió el control y se puso a gritarme cosas... desagradables.

—¿Qué cosas?

—Dejémoslo en que tampoco quiero repetirlas —dijo devolviéndome mi frase.

Me preocupaba saber qué podía haber hecho a Noa llorar. Era una persona muy sensible, pero nunca lloraba delante de desconocidos. Ni siquiera de Nate y Cole. Cuando veíamos películas con ellos se esforzaba para que no se le saltasen las lágrimas. Sabía que la hacía sentir muy vulnerable. Debía de haberle tocado una fibra muy importante.

Como había predicho, mi madre se mantuvo distante. Después de verme las heridas tapadas con aquellas tiritas grandes y blancas, arrugó la nariz con desagrado. Me ordenó que cenase en mi cuarto, para no tener que mirarme. Dijo que la avergonzaba.

Lo peor de que me hubiesen expulsado es que ahora tenía un montón de tiempo libre que ocupar. Horas y horas a solas conmigo y mis pensamientos. Y no era lo que más me apetecía hacer, la verdad. Sentía la necesidad de distraerme de todo lo que me rondaba el cerebro.

Le pedí a Nate que me llevase a sus clases de *kick-boxing*. Era un friki del deporte y practicaba muchísimos. Siempre me estaba taladrando con la cantidad de adrenalina que liberaba peleando y lo fundido que lo dejaba, así que me pareció una buena terapia.

Además, Nate no era de los que te presionan para que hables. Y yo no estaba preparado para expresar en voz alta lo jodido que estaba. Lo mal que me sentía conmigo mismo por haberle pegado a mi mejor amigo. El miedo que me daba perderlos a él o a Noa. No tenía huevos de renunciar a ninguno de los dos; quizá eso fuese lo que nos iba a destruir.

NOA

En el instituto, la gente no paraba de mirarme y cuchichear. Circulaban rumores de todo tipo, algunos implicaban un triángulo amoroso entre Wes, Cole y yo.

Esa semana no hubo notas. O bien porque el responsable era Wes o Cole, que no estaban, o porque el anónimo era inteligente y no quería darme pistas. Emma subió en mi lista de candidatos. Ella era muy observadora.

Por otro lado, me preocupaba Zoe. Desde el martes estaba rara. Al principio había pensado que seguía disgustada por el rechazo de Cole, pero el viernes comencé a creer que era por otro motivo. Había intentado hablar con ella, pero había estado muy ocupada socializando con sus otros colegas. Era obvio que nos estaba evitando. O más bien, a mí.

Le pedí ayuda a Emma. Le propusimos comer las tres juntas en una cafetería que nos gustaba mucho. Una vez allí, Sam llamó a Emma para que ella pudiera dejarnos a solas a Zoe y a mí.

Me caía bien Sam.

Estábamos compartiendo un plato de patatas fritas cuando me preguntó:

—¿Alguna vez has pensado en Wes como algo más que un amigo?

En serio, ¿qué le pasaba a la gente últimamente? ¿Por qué todo el mundo me preguntaba lo mismo?

—Bueno..., mentiría si dijera que nunca lo he considerado, pero no ha ido más allá.

Me mordisqueé la uña del pulgar. Al menos había sonado convincente.

—¿No sientes nada por él? —dijo con curiosidad.

—Lo quiero, y probablemente sea la persona a la que más me dolería perder, aparte de mi madre. Si eso no es sentir nada por él...

Intenté que mi voz sonase casual. Neutra. Como si no me hubiese costado decirlo en voz alta.

—Chica, ya sabes lo que quiero decir.

Me revolví en mi asiento con incomodidad.

—No. Wes es mi mejor amigo. Solo eso.

Zoe pareció intranquila al escuchar mi respuesta. Se quedó en silencio mirando su plato como si contuviese la respuesta a sus cavilaciones.

—¿Qué pasa, Zoe?

—Sé sincera, ¿vale? —Me tensé y contuve la respiración mientras esperaba que siguiera con el tema—. ¿Te gusta Cole?

Fue como si me hubiese pinchado con una aguja y me hubiese desinflado como un globo.

Noté la espalda relajarse y el pecho destensarse con un suspiro de alivio. Casi solté una risa.

—No. Mira, si es por los rumores, no les hagas caso; la gente está muy aburrida y necesita inventar tonterías. La pelea no iba de eso. Cuando fui a hablar con Cole fue para reprocharle cómo te había tratado. Supongo que la gente nos vio discutiendo y decidió asumir que era porque había algo entre nosotros, pero no. Y luego todo el tema con Wes solo lo complicó más.

—Solo lo digo porque somos amigas, y si nos gustase la misma persona preferiría que me lo dijeras. No querría que te lo callaras.

—No me gusta. De verdad.

Noté que el ambiente estaba un poco tenso. Seguimos comiendo en silencio sin saber cómo retomar la conversación.

¿En serio ahora también me preguntaban por Cole? Ya puestas, tendría mucho más sentido que sospechasen de que me gustaba Nate. Siempre nos estábamos haciendo bromas y picándonos. Era el único chico, aparte de Wes, con el que tenía la confianza suficiente como para sentirme relajada. Cuando estaba con Cole, a veces me sentía intimidada; no de una forma negativa, pero él... me imponía.

—Si yo te dijera que me gusta Wes, que estoy enamorada y que quiero salir con él, ¿me apoyarías? —me soltó Zoe de pronto.

Por poco no me caigo de la silla.

—¿Estás de coña?

—No, en serio. ¿Me apoyarías?

La pregunta me molestó. Me enfureció que insistiese tanto con el tema. Yo no quería plantearme esas cosas. No estaba... No podía.

—¿Por qué me estás preguntando esto, Zoe? Tú no estás enamorada de Wes.

—No, pero podría estarlo. Tú respóndeme.

—¿Para qué lo quieres saber?

—¿Y tú por qué no quieres responder? Es una pregunta fácil, ¿sí o no?

Empecé a mover el pie debajo de la mesa, haciendo que mi rodilla rebotara con impaciencia. Era una persona tranquila y paciente. Calmada. Era difícil hacerme perder los nervios. Zoe estaba a punto de conseguirlo. Y ya sería la segunda persona esa semana.

—Venga, vamos a dejar esta conversación —le pedí con mi rostro más serio y mi voz más cortante.

No quería más confrontaciones. Ni más peleas. Todo aquello estaba empezando a sobrepasarme. Me sentía agobiada. Ella no pareció pillarlo, porque siguió insistiendo.

—No lo entiendo, Noa. Dices que no te gusta, que solo es tu mejor amigo. ¿Por qué no puedes responder a la pregunta?

—Si algún día se da esa situación, ya la afrontaremos, ¿vale? —dije evasiva.

—Sé que eres dura y que no te dan miedo cosas que a mí me matarían, sé que has pasado por situaciones muy difíciles y que eres superfuerte. No entiendo por qué te asusta tanto darme una

respuesta.

Me picaron las lágrimas en los ojos. No. No era fuerte, ni valiente. Pero en ese caso no me importaba mostrarme como una cobarde. Prefería ser prudente y no perder que valiente y quedarme sin nada.

Entonces un chasquido en mi cabeza me recordó algo y vi la oportunidad para cambiar el foco a ella. Había estado buscando la manera de hacerle aquella pregunta. Apoyé las manos en la mesa y me preparé para estudiar su reacción como si fuese una agente del MI6 en un interrogatorio.

—Vale, si crees que es tan fácil responder con sinceridad, ¿qué te parece si te pregunto yo algo a ti?

La vi dudar, pero era demasiado orgullosa para echarse atrás. Además, sabía que quería darme una lección y colocarse por encima de mí.

—Adelante.

—Si pudieras hacer cualquier cosa. Si no tuvieras miedo y no hubiera consecuencias, ¿qué harías?

Zoe me miró con sus ojos azules, más claros que nunca. Pareció realmente aterrada. Me sentí fatal. A pesar de que había querido vengarme poniéndola en la misma posición que me había puesto ella a mí, no quería hacérselo pasar mal. Intenté decirle que no tenía que contestar si no quería. Por su reacción me había quedado claro que ella no podía ser la autora de la nota.

—No sería yo.

Lo dijo tan rápido que casi no la entendí, como si se le hubiese escapado por accidente.

—¿Qué? —pregunté.

—Que no sería yo —suspiró—. O por lo menos me gustaría dejar de serlo durante un rato.

Se quedó en silencio tanto tiempo que pensé que no iba a seguir hablando, pero no quise decir nada. No me apetecía cortar aquella confesión.

—Mi madre es una persona complicada. Hay que tener mucho cuidado con cómo le hablas, qué tono usas o qué palabras escoges. Me exaspera estar todo el rato alerta en casa. Creo que por eso soy tan... intensa fuera, porque necesito dejar salir... —hizo un gesto con las manos hacia su pecho— todo, supongo.

Me di cuenta de que probablemente esa fuera la primera vez que reconocía aquello, que lo expresaba en voz alta.

—Me gustaría salir de mi piel durante unas horas. Sobre todo, con todo el tema del divorcio. —Se quedó mirando sus uñas pintadas de amarillo pastel—. Todo el mundo me ve como a una persona frívola, como si no me importase nada más que yo misma, como si estuviese por encima de todo. No es así. Es solo que con mi madre no puedo ser insistente, ni decir lo que realmente quiero a veces; así que fuera no me corto. —Soltó una risita—. Aunque eso haga que algunos me encuentren «jodidamente pesada». Superficial.

Conocía a Zoe desde los doce años y jamás me había imaginado que ese fuera el motivo de su

comportamiento. Me sentí una amiga de mierda.

—Quiero a mi madre, pero estaría bien no verla tener un ataque de pánico cada día porque tiene que salir a la calle. O, no sé, quedarse bloqueada frente al espejo mientras se arregla y que al final decida que no viene con mi padre y conmigo a cenar. Desearía no escucharla decirle a mi padre que su vida está vacía. Que nada la hace feliz. No entiendo lo que le pasa, no sé por qué es tan desgraciada. Entiendo que está enferma y todo eso, pero me duele que esté siempre tan... apagada. —Cogió aire mientras retorció una servilleta en sus manos—. A veces es como una cáscara vacía.

Me limpié una lágrima antes de que me la viese. Me dolió el corazón. Nunca me había imaginado que se sentía así.

Mi mayor miedo siempre había sido perder a las personas a las que más quería, sobre todo a mi madre. Como si fuese el hilo que me mantenía unida a una superficie de la que yo estaba colgando y si desaparecía ya no tendría nada que me sostuviese. Sin ella estaría sola. Perdida.

Zoe sí que era fuerte. Sin duda, mucho más que yo. El principal motivo por el que la gente pensaba que yo era valiente era por el modo como me enfrenté al atropello. La verdad, yo no veía qué tenía de admirable. De hecho, había desarrollado un terror insufrible a los coches, había trabajado en ello, pero no había sido capaz de sacarme el carné de conducir. Aun así, desde entonces sentía la presión de demostrar que era valiente, aunque la mayor parte del tiempo estuviera asustada. Sí, la vida me aterraba. Conocer gente nueva, que me hiciesen daño, suspender, no cumplir las expectativas que mi madre tenía conmigo... Me aterraba no ser suficiente.

Wes era la única persona con la que había hablado del tema. Lo recuerdo perfectamente tirado en el césped del parque de detrás de casa. Era una noche de verano y la luna apenas se veía, por lo que las estrellas brillaban con fuerza. Olía a tilo y a hierba húmeda por el rocío de la noche. Había pintado esa imagen en mi cuaderno con la esperanza de poder capturar en ella lo que mis sentidos habían percibido. El cuadro de una noche perfecta.

—Yo creo que no nos vemos a nosotros mismos como somos en realidad. No sé, a veces me da la sensación de que creemos ser como nos perciben los demás. Y terminamos convirtiéndonos en un montón de píxeles difusos.

—Bonita metáfora, chico friki.

—Estoy diciendo tonterías. —Se rio y su risa me resonó dentro.

—Has bebido demasiadas cervezas.

—Puede.

Era curioso porque una vez mi profesor de dibujo nos preguntó si nos considerábamos más racionales o emocionales. Yo respondí, sin dudar, que racional. Él me miró muy sorprendido. Me dijo que no, que yo era una persona totalmente emocional, y mis compañeros estuvieron de acuerdo con él. Fue la primera vez que me di cuenta de que por muy fría y seria que yo

considerase que me proyectaba a los demás, no me percibían así. Y que la mayoría de las veces no era capaz de esconder mis emociones tan bien como yo pensaba. Era demasiado transparente.

WES

El sábado por la noche Nate daba una «pequeña» fiesta en su casa para celebrar su cumpleaños, aprovechando que sus padres se habían marchado de fin de semana. El ambiente no era el más propicio para una celebración, pero aun así se había negado a cancelarla. Estaba muy cabreado con Cole y conmigo y quería que arreglásemos nuestros problemas.

Como si fuera tan fácil.

Además, para empeorar el asunto, había invitado a Noa y a sus amigas, pero Emma había quedado con su novia y Zoe no estaba de humor para ver a Cole. La parte más sádica de mí se preguntó qué ocurriría esa noche.

Cuando llegué, Nate estaba extremadamente animado. Había invitado a sus amigos de ciclismo, a Anil y a Jordan, a los del gimnasio y a unos pocos compañeros de clase. La verdad es que no había muchas chicas, lo que me sorprendió. Vi a algunas de atletismo y a varias compañeras de Química. Entre ellas Linda...

—Quiero pasármelo bien con mis amigos, hoy no me interesa ligar —me dijo Nate cuando le pregunté por la disparidad de invitados.

Noa parecía contenta de que no fuese una macro fiesta. En total seríamos unos treinta. Era un número considerable, pero no abrumador.

Aquel día se había superado. Llevaba una camiseta de manga larga de una tela semitransparente de color blanco que te permitía ver a la perfección su sujetador. Su falda seguía el patrón de unas alas de ángel. Estaba seguro de que la había pintado ella.

A veces no me parecía real. Era como si una fantasía se hubiese materializado delante de mí. ¿Cómo había podido tardar tanto tiempo en darme cuenta de lo que sentía? Cada vez que me miraba a los ojos notaba un tirón de gravedad arrastrándome hacia ella.

Nate inició un juego de Yo nunca en el que solo dijo cosas que sabía que Noa había hecho para que ella tuviese que beber. Al final pidió a todos que bebieran diecisiete sorbos por los años que cumplía. Estaba claro que su propósito era emborracharnos.

Por supuesto, Noa fue la primera en estar KO. Empezó a animarme para que yo también bebiera mientras bailaba con Nate y se reía sin parar.

—Tío, eres la hostia —le dijo Nate mientras saltaban.

Nate llamaba «tío» a todo el mundo. Noa lo jaleó cuando él se desabrochó los primeros botones de la camisa.

—¡Me lo estoy pasando suuuperbién! —me gritó por encima de la música.

—Ya lo veo.

La vi darle otro trago largo a su copa.

—Yo que tú no bebería más si no quieres acabar vomitando.

—Esstoy bien —contestó con una sonrisa aniñada.

—Voy al baño. Espérame aquí, ¿vale?

Noa asintió y la dejé en el salón saltando con Nate. No toleraba bien el alcohol y no le gustaba su sabor, así que me pareció un poco raro que bebiese tanto. Me pregunté si le habría pasado algo con su madre o con sus amigas.

Subí al piso de arriba para evitar tener que esperar una cola enorme. La planta superior estaba silenciosa, por lo que no me costó nada escuchar unos pasos detrás de mí. Era Linda.

—¿Dónde vas tan solo?

—Al baño.

Se apoyó en la pared a mi lado, pasándose la lengua por los labios. Me exasperó.

—¿Quieres algo?

Soltó una risita tonta.

—Ya sabes lo que quiero —dijo intentando sonar sexi, creo.

—Pues no queremos lo mismo, Linda.

Seguí caminando por el pasillo y la dejé allí apoyada con cara de pocos amigos. Yo no le había dado a entender ni una sola vez que quería algo con ella. Se había montado la película sola.

—Es un poco patético ver cómo te arrastras detrás de ella cuando claramente prefiere a tu amigo. Eso debe de joderte mucho.

—¿Qué sabrás tú?

Hizo un mohín con los labios.

—Tengo ojos en la cara. —Esperó unos segundos a que le preguntase, pero como no lo hice, siguió—: Cole y Noa se gustan y tú estás en medio. Entonces... —alargó la palabra de una forma muy irritante— da la sensación de que eres el que estorba, majo.

Vi el destello de maldad en sus ojos. Lo había dicho para intentar hacerme daño porque la había rechazado. Eso sí que me pareció patético. Me eché a reír.

—Que lo pases bien, maja —añadí con énfasis.

Tardé más en volver de lo que había pensado. Entre la interrupción de Linda y saludar a algunos tíos de clase, cuando entré en el salón Noa y Nate ya no estaban allí. No voy a mentir, me sentí inquieto. Noa iba muy borracha. Pasé por la cocina y tampoco los vi.

—¡Eh, Rob! ¿Has visto a Noa?

—Se ha ido con Nate abajo —dijo señalando el sótano.

Bajé las escaleras. *Crazy in love* sonaba a todo volumen en los altavoces del padre de Nate. La sala estaba tenuemente iluminada y no había demasiada gente. Tardé unos segundos en enfocar la vista lo suficiente como para ver a dos personas subidas a la barra de piedra.

Nate y Noa.

Ella estaba meciéndose descalza al ritmo de la música mientras él movía los brazos y la cabeza en lo que supuse que era una imitación de Jay-Z.

Me quedé congelado en el último escalón mirándola. Hipnotizado. La forma en la que bailaba me robó todos los pensamientos racionales.

«Joder, Wes.»

Solté un suspiro sin poder despegar los ojos de su cuerpo. Estaba increíblemente guapa.

Me acerqué al borde de la barra, donde unos cuantos los animaban a que siguieran bailando. Nate estaba encantado de oírlos. No conocía a nadie a quien le gustase tanto bailar. Noa no le prestaba atención a nadie. Parecía a años luz de allí.

—Hola —le dije.

Abrió los ojos y parpadeó. Su boca se curvó en una sonrisa. Fue una flecha directa a mi pecho.

—¡Wes! —me contestó con alegría mientras se agachaba para ponerse a mi altura.

—¿Vienes? —le pregunté, casi una súplica, a centímetros de su cara.

—Bájame —me pidió poniéndome las manos en los hombros.

La agarré de la cintura mientras se dejaba caer hacia mí, aplastando su cuerpo contra el mío.

Y joder. No lo había previsto. No estaba preparado para... Reprimí un gemido de placer al sentirla contra mí.

Envolví mis brazos a su alrededor para sujetarla mejor, aunque era tan ligera como una pluma. Había quedado un poco por encima de mi cabeza y me miró desde arriba con sus ojos nublados. Se apoyó en mis hombros para poder mirarme y me pasó las manos por el pelo. Sentí un escalofrío de placer bajarme por la columna.

«La hostia.»

—Me encanta tu pelo. —Su voz sonó ronca y extremadamente sexi. Hizo un ruidito de placer mientras sumergía sus dedos en mis rizos.

Se me cerraron los ojos y un gruñido casi animal me brotó de la garganta. Deseé que no parase jamás.

La vi sonreír.

—Siempre me apetece hacer esto —susurró.

Me moría por besarla. Si no lo hacía, acabaría explotándome el corazón, la cabeza...

Su boca estaba tan cerca de la mía... La afiancé contra mi cuerpo y se apretó contra mí.

Solo tendría que inclinarme unos centímetros y ya.

—Noa... —dije en tono de súplica.

Si ella no paraba, yo perdería el último ápice de autocontrol que me quedaba y la besaría, y me importaban una mierda las consecuencias. Porque en ese momento solo me importaban su boca y la mía.

—Mmm —contestó ella sin apartarse de mí y mirándome directamente a los ojos.

Se le aceleró la respiración. Lo sentí. Su pecho subía y bajaba pegado al mío. Iba a besarla y

ella sabía que lo iba a hacer y no se apartó, no se movió ni un centímetro... El momento se alargó como si el tiempo se hubiese congelado. Como si se estuviese estirando y estirando, dejándonos saborear cada milésima de segundo de esa anticipación exquisita que me estaba reduciendo a cenizas.

Me acerqué.

Mi nariz rozó levemente la suya y...

—Wes. Acaba de llegar Cole —nos interrumpió Nate poniéndome la mano en el hombro y hablándome con voz cautelosa.

Quise asesinarlo. Desmembrarlo. Enterrarlo vivo. Puto Nate de los cojones.

Fue como si hubiese roto el hechizo. En cuanto Noa lo vio se echó atrás. Aflojé los brazos y la dejé en el suelo. Se apartó de mí como si se quemase. Y yo sentí frío en todas las partes en las que nuestros cuerpos se habían tocado. Se comenzó a calzar las botas con torpeza.

«Mierda.» Cole tenía el don de la oportunidad, porque dudaba que fuese a tener una tan buena como aquella otra vez.

—Joder, Nate. Te podías haber esperado cinco minutos.

—Ni de coña. Está bajando, y lo último que quiero es que os peleéis otra vez.

Busqué con la mirada a Noa, pero evité mis ojos. Hinché el pecho y dejé escapar un suspiro de exasperación. Iba a necesitar meter la cabeza en la cubitera para enfriarme.

Cole apareció por la escalera. Iba vestido todo de negro, con una sudadera con capucha, que se bajó al entrar. Tenía el ojo derecho morado y la mejilla de un feo amarillo. Mis moratones casi habían desaparecido. Sus ojos azules, fríos como el hielo, se pararon primero en Nate y en mí. Luego buscaron por la sala hasta dar con Noa.

Le dirigió una mirada llena de culpabilidad y anhelo. Yo la había visto casi todos los días después de clase, pero él no. La última vez que se habían encontrado la había hecho llorar. Imaginé que no se sentiría muy bien.

Se acercó hacia ella con cautela, como si esperase que fuera a asustarse de él. Noa lo miró primero a él y luego a mí, para ver cómo reaccionábamos. A lo mejor creía que íbamos a darnos de hostias otra vez.

—¿Puedo hablar contigo? —le pidió Cole.

Noa pareció pensárselo. Seguía dolida por lo que había ocurrido, pero también se sentía culpable por lo que le había dicho.

—Vale —respondió al fin.

Le dirigí una mirada de advertencia a Cole mientras se encaminaban hacia las escaleras.

Comencé a abrir y cerrar las manos, nervioso, tratando de calmar la ansiedad que me crecía en el pecho. Las palabras de Linda se me clavaron como dardos en una diana. ¿Les estaba impidiendo tener algo? La idea me robó el aliento. Apreté los dientes y me pasé las manos por el pelo desordenado mientras los veía desaparecer por la puerta.

NOA

Cole se dejó caer en las escaleras del porche de atrás de Nate. Yo me froté los brazos, que llevaba prácticamente desnudos. Podía olerse el otoño flotando en el ambiente y empezaba a hacer frío.

Me senté a su lado, pero a cierta distancia. Estaba decepcionada con él, triste porque poco a poco había comenzado a relajarme más en su presencia, pero se lo había cargado. También me sentía mal porque sabía que me había pasado de la raya.

—Quiero pedirte disculpas. Gritarte delante de todos no estuvo bien. Me he sentido como una mierda por todas las gilipolleces que te dije. También lamento... —hizo una pausa avergonzado — lo que le dije a Wes.

—No sé qué le dijiste. No me lo ha querido contar.

Pareció sorprendido al oírlo. Emma me había dicho que no merecía la pena saberlo, que simplemente había intentado provocar a Wes y que no había sido agradable. Zoe había estado muy ocupada evitándome como para decirme nada. En clase había oído algunos rumores, aunque eran tan exagerados que dudaba que fuesen ciertos. De todas formas, prefería no saberlo.

—Puede que nuestra amistad no esté tan arruinada como pensaba —comentó.

—Sigo sin entender por qué te comportaste así.

Cole suspiró y fijó la vista en el cielo oscuro.

—Estaba molesto, y cuando viniste a decirme lo de Zoe, me jodió. Supongo que conseguiste darme donde más me duele y pensé en aquello de que no hay mejor defensa que un buen ataque. Solo que me salió de pena.

—Sí, la verdad.

—No pienso que seas una hipócrita o una cobarde. Solo quería hacerte daño.

Suspiré apartando la mirada de él y dirigiéndola a las flores del jardín.

—Yo sí que creo que soy una cobarde.

—Aunque lo seas, no tenía derecho a decírtelo. Todos somos cobardes o hipócritas con respecto a algunas cosas.

—¿Tú también? —pregunté sorprendida.

Siempre me había parecido que Cole hacía lo que quería y no le preocupaba demasiado lo que los demás opinasen. Era el que más se movía por impulsos de nuestro grupo, como si nunca tuviese miedo a las consecuencias.

Supe que era el momento perfecto. Era uno de mis sospechosos principales. Me froté las

manos contra la falda para secarme el sudor. Traté de mirarlo a los ojos, pero su azul me devoró de una forma que no pude soportar y acabé mirándole un lunar que tenía en la mejilla.

«Patética.»

—¿Puedo preguntarte algo personal? No tienes que contestarme si no quieres. —La voz me salió en un susurro.

La intensidad de su mirada me robó el aliento. No estábamos demasiado cerca, aun así... su presencia era abrumadora.

—Dime.

«Allá vamos.» Cogí aire y cerré las manos con fuerza para insuflarme valor. Esta vez no podía apartar la mirada, necesitaba estudiar su reacción.

—Si pudieras hacer cualquier cosa sin miedo a las consecuencias, ¿qué harías?

Frunció el ceño e hinchó el pecho. Su mirada se estrechó y vi cómo apretaba la mandíbula. Fue casi como si le hubiese arrojado algo doloroso.

—¿De verdad quieres saberlo? —me preguntó.

No. No estaba segura. El corazón me latía deprisa y me sentí inquieta.

—Sí —dije al fin; ya no podía echarme atrás.

Mentiría si dijese que lo hacía solo por averiguar quién estaba detrás de las notas. También sentía curiosidad por las respuestas de mis amigos. Quizá porque yo todavía no había conseguido responderme a mí misma.

Su voz ronca me raspó la piel cuando se inclinó hacia mí. Me pasó la mano por el mentón hasta agarrarme la nuca y apretó su boca contra la mía. Me besó.

No fue brusco, ni tampoco sutil. Me quedé paralizada al notar el contacto de sus labios con los míos. Cerré los ojos por instinto y abrí la boca con la intención de decir algo o de coger aire o de... No lo sé. Pero no me dio tiempo. Cole acarició mis labios con su lengua, colándola entre ellos. Me apretó con más fuerza contra él y yo me apoyé en su pecho para no perder el equilibrio. Pude sentir el calor a través de su camiseta. Noté el latido agitado de su corazón. Cole bajó las manos hasta mi cintura y yo me estremecí.

Esperé a sentir algo: calor, hormigueo, excitación, atracción... Pero estaba como congelada, incapaz de reaccionar. Sentía tantas cosas a la vez que me bloqueé; no podía procesar lo que estaba sucediendo.

Había tantas cosas en ese beso... El modo como me sostuvo pegada a él, con suavidad, pero con cierta desesperación. Rabia incluso. Había amor y también dolor.

Me eché hacia atrás confusa. Aquellas emociones se me clavaron en el corazón como una aguja llena de veneno. ¿Él sentía todo eso por mí?

Su respiración estaba agitada y sus pupilas dilatadas. Un ligero rubor apareció en sus mejillas. No había esperado que Cole me mirase así. No tenía ni idea de cómo procesar todo aquello.

—Eh...

—Esa es mi respuesta a tu pregunta. Eso es lo que haría.

Me eché un poco hacia atrás y apoyé las manos en el suelo. Me temblaba todo el cuerpo.

—Yo... —Respiré hondo para relajarme.

«¿Qué acaba de pasar?»

—¿Por qué...? Nunca había pensado que tú...

Mi cerebro estaba colapsando.

—Ya. —Sonrió con tristeza—. Es como si fuese invisible para ti, sobre todo si está Wes cerca. —En su voz había cierta amargura.

—¿Qué tiene que ver Wes? —pregunté evasiva.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta a ti ahora?

¿Sería quien se escondía detrás de las notas?

—Sí —contesté poco convencida.

—¿Por qué tratas de ocultar lo que sientes por Wes?

Deseé con todas mis fuerzas que se abriese un agujero y me tragase.

—¿Por qué estás tan seguro de que siento algo por él más allá de nuestra amistad? —le imprimí a mi voz toda la tranquilidad que pude.

«No te delates, Noa.»

—Porque te escuché confesarlo una vez.

Lo contemplé boquiabierto. El corazón se me subió a la garganta. Eso sí que no me lo esperaba. Solo había hablado de ello una vez en mi vida, y con una única persona.

—Fue el verano después de tu accidente. Estabas con Emma en mi salón. Nate, Wes y yo habíamos ido a la tienda a comprar, pero yo volví a por la cartera. Entré por la piscina y os escuché.

Lo miré sin dar crédito. Lo recordaba perfectamente. Tan nítido como si hubiese ocurrido ayer, y no hacía tres años.

NOA

Una semana antes del accidente, Wes y yo discutimos. Fue la primera pelea en serio que tuvimos, y también la última. Había una chica en clase, Sana, que era muy guapa y popular. Ya había pegado el estirón y parecía más una adolescente que una niña como yo. Era mala. Se inventaba rumores y siempre buscaba el punto más débil de la gente para golpear donde dolía.

Wes y ella quedaron para ir al cine juntos. Yo sabía que a él no le gustaba, que quería salir con ella porque era del grupo guay de la clase y a Wes le encantaba sobresalir.

Wes y yo habíamos planeado ir a una convención de cómics juntos unos días después de aquella cita. Lo estuve esperando en casa y, cuando no se presentó, fui a buscarlo.

Marta, la mujer que trabajaba en su casa, me abrió la puerta.

—Ha venido una chica a verlo.

—¿Qué chica?

—Una alta, con el pelo oscuro. —Me indicó con la mano el largo hasta la cintura—. Muy mona.

Sana. Me había dejado plantada. Me dolió tanto que me fui a mi casa, cogí mis cosas y me largué yo sola en el autobús hasta el centro.

Fui todo el camino llorando y sintiéndome patética y estúpida y tonta. Pensando que Wes la prefería a ella y que me había dejado de lado porque ella era más... todo. Me enfadé tanto que bloqueé su contacto.

Cuando volví a casa lo encontré sentado en los escalones de mi entrada mirando el móvil. No soporté verlo allí tan guapo, tan perfecto, tan mío y a la vez tan ajeno.

Al verme se levantó y vino hacia mí, cabreado.

—¿Por qué te has ido sin mí? Y ¿por qué no te llegan mis mensajes? Te he llamado un montón de veces.

—No quiero hablar contigo nunca más —dije evitándolo y dirigiéndome hacia la puerta de entrada.

—¿Qué? ¿Por qué? —Su voz se quebró por la sorpresa.

Me sentí bien al notar que yo también podía hacerle daño a él.

—¡Eres tú el que me ha dejado plantada para estar con la tonta esa! —le grité—. Solo quieres salir con ella para ser popular. Eres patético. Esa chica es cruel y mala. No sé ni siquiera cómo puedes soportar estar a su lado. Me das vergüenza ajena.

Ya sé que me pasé, que hice una montaña de un grano de arena y que me puse muy

melodramática. Mi madre se encargó de decírmelo cuando se lo conté. Pero ¡tenía trece años!

Wes rápidamente pasó del asombro y la tristeza a la agresividad.

—Solo te cae mal porque en clase de Educación Física te dijo que no necesitabas sujetador porque estabas plana como una tabla de planchar. Y te molestó porque es verdad —recalcó—. No sé por qué te crees mejor que Sana cuando tú no paras de decir cosas malas de ella. Solo estás celosa porque tiene más amigas que tú y porque no es invisible.

Sentí algo romperse dentro de mí. Me fui hacia él llena de rabia y de ganas de venganza y le siseé con todo el odio que tenía dentro:

—Te odio. Te odio, Wesley; no eres más que un niño patético que quiere llamar la atención porque a tus padres no les importas una mierda. No quiero ser amiga tuya.

Mi madre tardó una hora en calmarme. Tardé dos días en contarle lo que le había dicho a Wes porque me sentía demasiado avergonzada.

Wes y yo estuvimos toda la semana sin hablar, evitándonos. Sabía que tenía que ser yo la que se disculpase. Mi madre me había dicho que el orgullo solo me alejaría más de él. El lunes siguiente, mientras iba hacia clase, estaba decidida a hablar con él. Había practicado con Emma la disculpa y todo. Pero no tuve la oportunidad. A lo mejor era un castigo por haber esperado demasiado.

Al cruzar la calle, un coche me atropelló.

Me desperté en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Los huesos rotos, las magulladuras... Suerte que era invierno e iba bien cubierta, o el asfalto se me habría pegado a la piel. Suerte que el coche me golpeó y no me pasó por encima, o no estaría hoy aquí. Suerte que la mochila había amortiguado el golpe. Suerte que no me había golpeado la cabeza con la acera. Suerte.

Todas esas cosas las supe más tarde. Esa noche, al despertar, sentí una pequeña oleada de pánico al verme así. Los destellos fugaces del golpe. El miedo a la posibilidad de no haber vuelto a abrir los ojos.

Recordé que me había despedido de mi madre esa mañana con un beso. Era una buena despedida definitiva. Y luego me vino él a la cabeza. Si hubiese sido el final, lo último que le había dicho...

Me hice una promesa: no volvería a enfadarme así con Wes y haría todo lo posible por no perderlo jamás.

La psicóloga a la que empecé a acudir tras el accidente me dijo que exteriorizar mis sentimientos me ayudaría a sobrellevarlos mejor. Y elegí a Emma porque sabía que ella no me juzgaría.

—Hay una cosa, algo que... El otro día lo estaba hablando con la psicóloga y nunca se lo he dicho a nadie.

—No me lo tienes que contar si no quieres —me dijo Emma con amabilidad.

—No, si me apetece. —Me preparé porque me daba un poco de vergüenza decirlo en voz alta

—. Creo que me gusta Wes. Y por eso discutimos, en realidad, por celos, por miedo a que él no se sintiese así por mí. Casi me cargo nuestra amistad, casi me muero y lo último que le había dicho era que lo odiaba.

Lo confesé con la mirada fija en mis manos y poniéndome roja como un tomate. Era la primera vez que verbalizaba todo aquello fuera de la consulta.

Emma pareció dudar, pero al final dijo:

—Es un poco evidente que te gusta. Siempre comparas a todos los chicos con él. ¿Se lo vas a decir?

—No, nunca —contesté tajante.

—¿Por qué? —me preguntó sorprendida.

—Porque casi me cargo nuestra amistad y me prometí no perderlo jamás.

—Noa...

—Prefiero tener a Wes toda la vida como amigo a arriesgarme a que desaparezca de mi lado. Además, no me va a gustar para siempre, con el tiempo se me pasará.

—¿Y si empieza a salir con una chica?

—Pues me aguantaré. El tiempo lo cura todo, Emma. Créeme, lo sé.

—Espero que tengas razón —susurró con la voz llena de ternura.

Y fue verdad, lo olvidé. Es cierto que a veces me resultó difícil, como cuando empezó a salir con Lana. Pero enterré mis sentimientos y mis inseguridades y me esforcé por ser la mejor amiga perfecta. Lo apoyé, lo incentivé a pasar más tiempo con Lana. Me alegré de que les fuera bien. Poco a poco fui dejando de mirar a Wes y comencé a fijarme en otros chicos. Y así hasta hoy.

NOA

—¿Por qué no se lo contaste? —le pregunté a Cole.

—Porque me pareció algo muy personal. —Me miró a los ojos—. Y se me quedó grabada aquella frase de que el tiempo todo lo cura. —Desvió la mirada hacia abajo—. Lo dijiste como si supieras de lo que hablabas, y me pareció muy triste.

—En realidad no tengo ni idea. —Pareció sorprendido—. Cuando mi padre murió solo tenía cinco años. No recuerdo la pena, el sentimiento de pérdida ni el duelo. O al menos no con claridad. Lo dije por mi madre, porque lo he visto en ella. Y porque siempre me lo dice.

Cole se quedó en silencio asimilándolo. La cabeza me daba vueltas. Ya no sentía el subidón del alcohol, y empezaba a notar el cuerpo pesado y la cabeza embotada. Se me escapó un bostezo y pensé en mi cama calentita y cómoda.

—Entonces ¿llegaste a olvidarte de él con el tiempo?

—Sí. Si no, no habría podido sobrellevar lo de Lana.

—El sábado pasado no lo trataste como si fuera tu amigo —apuntó, y había un tinte amargo en su voz.

—Ya lo sé. Estaba todo bien, incluso me enrollé con Philipp, y cuando me enteré de que Wes se había acostado con una tía ni siquiera me molestó. Pero entonces... —Me callé de repente.

—Entonces ¿qué? —insistió Cole.

—Entonces alguien me hizo la pregunta que te he hecho yo a ti. Y fue como si todo aquello que había dejado enterrado muy hondo dentro de mí volviera a salir a la superficie.

Cole suspiró resignado y se pasó una mano por su pelo oscuro corto casi rapado. Se echó hacia atrás apoyando los codos en el escalón de arriba y me dijo, mirando hacia el cielo:

—Después de escucharte decir aquello me obsesioné contigo. Parecías tan interesante, tan madura, tan distinta... Era como si hubieses vivido muchas más cosas que nosotros. —Su voz sonó melancólica—. Recuerdo cuando mis padres no estaban y nos quedamos en la piscina y tú te sentabas en las hamacas con un cuaderno y un lápiz a dibujar. Siempre me he preguntado cómo eres capaz de abstraerte tanto... Me parecías de otro mundo. —Sonrió como si estuviera visualizando el momento. Yo también—. Me lo sigues pareciendo.

Sus palabras se quedaron flotando en mi mente.

«Me pareces de otro mundo.»

Mi corazón se saltó un latido.

Bum... Bum.

Era la primera vez que alguien me decía algo así. Y nunca habría creído que sería Cole. Jamás había pensado en él de esa forma. Jo, ¡era Cole! Él era frío y distante. Muy poco accesible. Y verlo así, tan vulnerable; saber que aquellos sentimientos eran para mí... Me sentí mareada.

Una parte de mí deseó corresponderle y decirle que sí, que lo dejaría entrar en mi mundo y ser parte de él. Quiso quererlo. A esa parte le apeteció dejarle que me quisiera, saber qué era lo que se sentía al ser esa persona para alguien. Sería tan fácil dejarse arrastrar por su encanto, tan sencillo..., pero tan injusto.

Además, no podía hacerle eso a Zoe.

—No me mires con esa cara. Tenía que decírtelo para sacarte de mi cabeza.

—No sé qué decirte.

Cole se puso de pie y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

—Dime qué respondiste a la pregunta —me pidió con curiosidad.

—Todavía no lo he hecho.

—¿Tanto te asusta?

Me encogí de hombros. Sí. Me aterraba volver a abrir esa puerta, sentirme de esa forma. Prefería quedarme como estaba a arriesgar demasiado.

—Confío en Wes como mi amigo. Sé que jamás me traicionará, que nunca me dejará tirada, que puedo contar con él. Es la relación más especial y duradera que he tenido, y podría durar para siempre si seguimos así. Pero no tengo esa confianza en Wes como pareja. Los novios se ocultan cosas, se pelean, se traicionan y se separan.

—No todas las relaciones son así.

—Solo las de las películas se libran. En la vida real, cuando pasa el tiempo ya no es como al principio. Alguno de los dos empieza a sentirse atraído por otras personas y el otro se pone celoso y llegan las inseguridades, la desconfianza, las mentiras... No quiero que Wes y yo nos rompamos el corazón. —Me tragué el nudo de emociones que me oprimía la garganta y no me dejaba hablar—. No puedo perderlo, Cole. Sé que me arrepentiría toda la vida —dije con intensidad—. En realidad no sé por qué te estoy contando todo esto —comenté avergonzada.

—Pues yo te lo agradezco. Creo que es la primera conversación íntima que hemos tenido. —Sus ojos estaban tristes a pesar de su tono ligero—. No decidas que algo va a salir mal antes de intentarlo, Noa. A veces merece la pena correr el riesgo.

WES

Aunque habíamos vuelto a clase hacía un par de días, la gente no había dejado de mirarnos a Cole y a mí como si fuésemos a volver a explotar y a darnos de hostias. Pero una cosa buena de las relaciones entre tíos era que el rencor no solía durar demasiado. Nos habíamos desquitado y ahora estábamos en paz, y Noa parecía haberlo perdonado.

Estaba sentada con sus amigas encima de una mesa, a unos metros de nosotros. Emma les estaba contando algo que debía de ser muy gracioso, porque Noa no paraba de reírse mientras Zoe ponía cara de desagrado y se tapaba los oídos. Se me escapó una sonrisa y noté un codazo de Nate.

—Se te cae la baba.

—Vete a la mierda.

—¿Cuándo se lo piensas decir? —me preguntó Cole.

Me pasé una mano por el pelo, despeinándomelo aún más.

—Lleva evitándome desde el sábado.

No me pasó desapercibido el cambio de gesto de Cole, que se puso tenso y apartó la mirada.

—¿Por qué? ¿Porque casi os enrolláis? —preguntó Nate.

—Probablemente. Cada vez que menciono la fiesta cambia de tema.

Miré a Cole, que había dejado de participar en la conversación y estaba mirando hacia otro lado. Su actitud me resultó muy sospechosa.

—Cambiano de tema, dentro de dos fines de semana es el campeonato de *skate*. ¿Os vais a apuntar? —dijo Nate—. ¡He oído que después de los premios hay fiesta!

El jueves teníamos clase de Química y, por supuesto, no me libré de Linda. Se me acercó al sonar la campana y me siguió hasta el edificio principal. No quería ser borde, pero me lo estaba poniendo complicado.

—La fiesta de Nate estuvo genial, ¿verdad?

—Supongo.

—¿No te lo pasaste bien?

—Sí.

—Yo también —añadió sin que le preguntase. Me estaba sacando de quicio—. Aunque los que más se lo gozaron fueron Cole y Noa. —Soltó una risita.

¿Qué coño quería decir con aquello? No soportaba esa manera sibilina de soltar las cosas, como tirando un cebo para ver si picaba.

—Déjate de jueguecitos, Linda. Dime lo que quieras decirme o lárgate.

Se ofendió, pero no me importó. Era ella la que había venido con intención de joderme a mí.

—Pues no sé, pregúntaselo a ella —me contestó con tono venenoso—. Y si no..., bueno, ya sabes que en este instituto los secretos se acaban sabiendo. —Me guiñó un ojo y se fue.

Que Noa me dijese algo iba a ser complicado. Llevaba toda la semana evitándome. Había pensado que era por nuestro casi beso, pero por lo visto había algo más. ¿Qué había pasado entre ella y Cole? Cuando habían vuelto yo ya había bebido demasiado para acordarme. La angustia se me retorció alrededor del pecho.

Estaba dándole vueltas al tema cuando me sonó el móvil. Lo saqué del bolsillo y vi el nombre de mi padre en la pantalla. Sentí un escalofrío bajarme por la espalda.

—Hola, Wesley —dijo alegremente.

«Uf...»

—¿Qué pasa? —pregunté en tono seco.

—Voy mañana a Amber y me quedaré hasta el sábado. ¿Dónde queda tu instituto? Tengo una reunión en el centro y luego puedo llevarte a comer.

«Qué bonito, plan de padre e hijo.» Casi me emocioné.

—Eh..., sí, vale, como quieras.

—Estupendo, estupendo. Mañana te recojo. —Y me colgó.

«Yo estoy bien y todo eso, gracias por preguntar.»

Esa tarde, después de ir a la pista de *skate*, me pasé por casa de Noa. Estaba concentrada dibujando algo en su cuaderno cuando entré en su cuarto. Me asomé por encima de su hombro para ver qué hacía, pero lo cerró a toda prisa y me lanzó una mirada de advertencia

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Bien —dije sonriendo—. Estoy seguro de que voy a quedar por encima de Nate y de Cole. No están muy inspirados.

Me dejé caer en la cama y empecé a jugar con las borlas de uno de sus cojines.

—¿Crees que puedes ganar? —me preguntó sin girarse.

—Tengo posibilidades, sí —contesté encogiéndome de hombros. Se hizo un silencio y al cabo de unos minutos continué—: Me ha llamado mi padre.

—¿Sí?

Como había previsto, Noa se giró hacia mí, sorprendida.

—Viene mañana a una reunión y quiere que nos veamos para comer —comenté con voz monótona. Pero ella sabía traspasar mi fachada.

—¿Qué te preocupa?

—Es raro que se presente de la nada; normalmente avisa primero a mi madre y es ella la que me lo transmite. Y eso de que me invite a comer... Siempre viene a casa, me hace dos o tres preguntas y luego se dedica a hablar con mi madre sobre trabajo.

Noa puso cara de concentración mientras lo pensaba. No los soportaba, en especial a él. En una ocasión me dijo que al menos mi madre se ocupaba de mí a su modo, pero que él le parecía un caradura que se desentendía de todo.

—Sí que es un poco raro... —dijo con timidez—. Pero puedes darle una oportunidad.

Suspiré. Lo que me fastidiaba era que ya me había hecho ilusiones en el pasado. Como una vez, a los nueve años, cuando me dijo que me iba a llevar al parque de atracciones. Lo hizo. Nos llevó a Noa y a mí, pagó las entradas y nos dejó allí con su ayudante, un becario veinteañero que estuvo todo el día acompañándonos mientras él asistía a una conferencia.

Prefería cuando se mostraba distante. Al menos ya sabía a qué atenerme y no me confundía.

Noa se dejó a caer a mi lado y me dio con su hombro diminuto en el brazo. Apenas me movió, pero me hizo sonreír y me sacó de mis feos recuerdos.

—Por favor, no te conviertas en un adolescente atormentado.

—¿No lo soy ya? Yo que subo todas las noches a mi tejado a suspirar mientras miro la luna, que escribo poemas desgarradores y que me aprendo citas de Shakespeare de memoria para soltárselas a las chicas y que vean lo misterioso y torturado que soy...

Noa soltó una carcajada. Me encantaba hacerla reír. Me la contagió.

—Dios, es que imagínatelo. Es tan cliché... El chico guapo y rebelde que en el fondo es un intelectual y que es malo porque ha sufrido mucho. Pero entonces conoce a la chica y ella lo cambia.

—Eso te convierte en la chica buena e inocente a la que nadie ve, pero que en el fondo es preciosa.

—Y él quiere estar con ella, pero no puede porque piensa que ella se merece a alguien mejor —añadió Noa con voz dramática.

—Pero no puede resistirse...

Noa se rio tanto que tuvo que quedarse un rato sin hablar mientras recuperaba el aliento.

—En realidad me encanta leer esas historias —confesó ella en voz baja.

—No estoy torturado, tranquila.

—Ni yo soy tan inocente...

Arqué las cejas mirándola sorprendido. Ella pareció pensarlo un segundo y cuando comprendió cómo había sonado se puso rojísima.

—No me refería a...

—¿Así que no eres tan inocente? —la pinché.

—Quiero decir que... —Estaba superavergonzada. Desvió la mirada como si quisiese evitar ese tema—. Uf, mejor lo dejamos. No quiero hablar de esto contigo.

—Vaya, vaya, con la pequeña Noa.

Se puso tan nerviosa que se levantó de la cama. Me dio la risa.

—Eres idiota, en serio —dijo muy digna—. No me refería a eso y lo sabes. Pero, para tu información —las mejillas le ardían y habló muy despacio—, a las chicas también nos interesa ese tema.

—Quién lo diría —contesté en tono irónico.

—Bueno, por lo menos no es lo único que tenemos en la cabeza...

Le eché una mirada a sus vaqueros ajustados, que le hacían un culo increíble y una cintura diminuta. Hinché el pecho y solté el aire de golpe. No iba negar que ocupase gran parte de mis pensamientos, pero no se lo dije porque ya parecía bastante incómoda después de lo del sábado.

Ella notó mi mirada. Vi cómo se tensaba. Y juraría que su respiración se volvió un poquito más irregular.

Tragué con fuerza. Estábamos los dos en su cama, tan cerca... No había conseguido sacarme de la cabeza la sensación de su cuerpo contra el mío. Ese casi beso me torturaba por las noches.

—Noa... —comencé a decir.

Me incliné un par de centímetros.

La voz me salió grave, ronca, rasgada de deseo. El pecho de ella se elevó. La punta de su lengua recorrió levemente sus labios. No sabría decir si aquello era el paraíso o el infierno.

Me acerqué un poco más.

Los ojos avellana de Noa se oscurecieron y yo contuve un gruñido desesperado. Todo mi cuerpo me suplicaba que acabase con esa distancia que había entre nosotros y que la besara de una puta vez.

Dos centímetros más.

Me volvía loco. Quería ver su ropa tirada en el suelo y la mía acompañándola. La quería a ella. Al completo. Sin barreras. Y cada segundo que no la tenía me estaba consumiendo.

Un centímetro.

Podía sentir su aliento en mi piel.

—¡Noa, la cena! ¡Dile a Wes que puede quedarse si quiere!

Ella saltó de la cama a toda prisa. Casi huyó hacia la puerta. Y yo me desplomé en el colchón con un quejido.

NOA

¿Has sido capaz de responder la pregunta que te hice? Lo curioso es que en realidad todos sabemos la respuesta, pero no queremos confesárnosla y tratamos de buscar otra que nos haga sentir más cómodos. ¿Has podido averiguar la mía? La verdad nos hará libres, decía alguien.

Me encontré la nota el viernes a segunda hora en mi taquilla. Ya tenía tres. Todavía no había interrogado ni a Nate ni a Wes. Había tenido un montón de oportunidades de preguntarle a Wes, pero su respuesta me asustaba. ¿Y si me daba la que yo deseaba oír? ¿Y si no lo hacía? Las dos opciones me causaban decepción y excitación a la vez.

Me apoyé en la taquilla y abrí la agenda. Miré la lista de sospechosos. De momento había descartado a Zoe. Emma me hacía dudar, y Cole... estaba muy arriba. Subrayé su nombre.

Decidí que Nate sería el siguiente. Era un objetivo fácil y además prácticamente lo había descartado. Lo abordé ese mismo día en clase de Filosofía. Me acerqué a él y le dije:

—¿Puedo sentarme contigo? Quiero preguntarte una cosa.

Él me dedicó su habitual sonrisa, que le ocupaba toda la cara, y me hizo un gesto afirmativo. Otra persona se habría extrañado, pero él simplemente pareció igual de feliz que siempre. Si no lo conocías, Nate podía dar la impresión de ser un poco idiota. El típico deportista chulito. Sin embargo, era una de esas personas fáciles de tratar, que te abren las puertas y te hacen sentir cómodo a su alrededor.

La profesora nos planteó el tema de esa semana y nos dijo que trabajásemos en silencio. Al momento, la clase comenzó a llenarse de pequeños murmullos.

—Puede que te resulte un poco raro que te pregunte esto. Quiero que seas sincero, pero si no te apetece, no me contestes —susurré.

—Vale.

—Imagina que no hubiera consecuencias, que pudieses hacer cualquier cosa que quisieras. ¿Qué harías?

Nate frunció el ceño. Comenzó a golpear la mesa con el bolígrafo que tenía en la mano. Jamás se estaba completamente quieto.

—Uf, eh... Déjame pensar.

Se echó hacia atrás en la silla despegando las patas delanteras y puso los brazos detrás de la cabeza.

—Pues... no lo sé. Si me lo hubieras preguntado hace tres semanas te habría dicho que dejar a Maze, porque me daba miedo. Y hace un año tuve una discusión con mis padres sobre estudiar

Educación Física, ellos querían que hiciera Derecho... —Se rio—. Imagínate. Pero me he esforzado mucho para demostrarles que es lo que me gusta y lo han aceptado. —Su sonrisa vaciló ligeramente—. Más o menos. Van a ir a verme al campeonato de *skate*. —Se quedó callado un segundo—. Joder, pues mi vida ahora mismo está muy bien. No lo había pensado hasta ahora. —Se encogió de hombros—. A ver, hay cosas que cambiaría de mí y eso, no creo que sea perfecto, pero no hay nada que me apetezca hacer y no me atreva. —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Soy muy aburrido?

Me reí. Que reacción más típica de Nate.

—No todo el mundo tiene que tener cosas escondidas. Y me parece muy valiente que te enfrentes a lo que te da miedo.

Nate sonrió y se le iluminó la cara de felicidad.

—Pero, bueno, mañana puede que me pase algo y mi respuesta cambie —añadió.

—Supongo que todos vamos a ir teniendo diferentes respuestas a lo largo de la vida.

¿Seríamos capaces de llevarlas a cabo?

A la salida me encontré con Wes en las taquillas. Llevaba una camisa de color azul oscuro debajo de una sudadera gris, tratando de disimular que se había arreglado para la comida con su padre. Había procurado verlo lo mínimo posible desde la fiesta de Nate. Cada vez que pensaba en contarle que Cole me había besado... No, no podía. Se me formaba un nudo en el estómago y las palabras se quedaban atascadas en mi garganta, incapaces de salir. Y todo se había complicado aún más porque no era capaz de sacarme de la cabeza ese momento que habíamos compartido en mi habitación. Si mi madre no me hubiese llamado para cenar...

Joder, la estaba liando muchísimo. La situación se me estaba yendo de las manos. Sería mejor que no volviéramos a quedarnos a solas por el momento.

Aun así, no pude evitar acercarme a su taquilla. Era demasiado verlo ahí, esforzándose por impresionar a su padre. Lo miré de arriba abajo sonriendo y le hice un gesto con las cejas para dejarle claro que había notado que se había arreglado.

—Eres un incordio.

—Como tu mejor amiga, tengo derecho a fastidiarte siempre que quiera. —Estiré una mano hacia su pelo alborotado y se lo peiné hacia un lado como un niño bueno—. Así combina con tu *look* pijo de hoy.

Wes me agarró la mano y me la apartó de su pelo. Tardó más de lo necesario en soltarme, como si sus dedos no quisiesen dejar de tocar los míos. Movié la cabeza como si fuese un perro mojado sacudiéndose y volvió a tener su aspecto habitual. A veces se me olvidaba lo increíblemente guapo que era, pero entonces hacía cosas como esa y se me paraba el corazón.

—Como tu mejor amigo, tengo que serte sincero y decirte que no eres nada graciosa.

—Entonces yo te diré que no te preocupes, que estás muy guapo. Pareces limpio y todo eso.

Wes puso los ojos en blanco.

—Gracias por haberlo notado. Uno hace el esfuerzo de vez en cuando y espera que los demás lo reconozcan, ¿sabes? Esta mañana me han aplaudido y todo. La gente me colocaba una alfombra por donde caminaba y las mujeres se desmayaban a mi paso. Lo mínimo que se puede esperar.

Solté una carcajada. Wes tenía la habilidad de decir tonterías con voz muy seria, y siempre me hacía reír. Los ojos le brillaron de alegría y se acercó un poco más, apoyando una mano en la taquilla a la altura de mi cara. Su expresión se llenó de intensidad y me dijo en voz baja:

—Estás muy guapa cuando te ríes.

Me quedé mirándolo boquiabierto sin saber qué responder.

«¡No me puedo creer que haya dicho eso!», gritó todo mi ser mientras se derretía en un charquito.

Se me disparó el pulso y me cabree con mi cuerpo por traicionarme. Estaba tan cerca, y su presencia me envolvía de tal forma, que me costaba respirar. Vi su nuez subir y bajar mientras tragaba.

«Uf... No, Noa. Tienes que parar esto.»

No me moví ni un centímetro. Estaba atrapada. El verde de sus ojos me estaba devorando y yo no era capaz de hacer nada para evitarlo. Miento. No quería hacer nada para evitarlo. Y juro que vi cómo su comisura izquierda se curvaba ligeramente hacia arriba. Esa boca arrogante...

Al final se echó hacia atrás y recuperé el aliento.

—Por cierto —me dijo, cortando el hilo de mis pensamientos—, luego me pasaré por tu casa; todavía no me has contado qué pasó con Cole el sábado.

Me había cazado. El muy...

—¿Eh?... Ah, bueno, nada... No es que...

—Déjalo —me cortó mirando el reloj—, me tengo que ir. Luego me lo dices.

Se giró y me quedé mirando cómo se alejaba por el pasillo. Mis ojos se detuvieron más de la cuenta en sus vaqueros azul oscuro y en lo bien que le sentaban.

«Tienes que calmarte Noa.»

WES

Mi padre me echó una mirada cuando me subí a su Aston Martin. Iba vestido con traje y corbata y pareció valorar mi vestimenta. Me tendió la mano como si fuese uno de sus socios y me quedó mirándola como si estuviese envenenada.

¿De qué cojones iba?

Finalmente la apartó y arrancó el coche. Tensé los músculos para evitar revolverme incómodo. Mi padre era un hombre alto y corpulento con el pelo gris y los ojos oscuros. Tenía la mandíbula marcada y la nariz aguileña, lo que le daba un aspecto serio, casi amedrentador. Sin embargo, siempre que estaba conmigo sonreía de forma exagerada, y eso le daba un aspecto ridículo. Había sacado de él el pelo rubio y rizado y la estatura, pero me parecía mucho más a mi madre.

—Te veo bien —comentó.

—Gracias —dije secamente.

Se formó un silencio extraño. Yo miraba por la ventana tratando de ignorarlo. Notaba que él quería iniciar una conversación, aunque no parecía saber cómo. Desde luego, no iba a poner de mi parte para hacerle la situación más agradable.

—¿Qué rama habías escogido? —preguntó al cabo de un rato.

—Ciencias, tecnología sobre todo...

Asintió como dando su aprobación. Aquello cada vez me resultaba más extraño.

—Es el futuro, Wesley. Bien hecho.

—Ya... No has escuchado la opinión de mamá.

—Margot siempre es demasiado tradicional y no le gusta asumir riesgos. Hay que apostar por lo nuevo y no estancarse —comentó como si estuviésemos hablando de una inversión de negocios—. Y ¿qué tal las notas?

Puede que fuese la primera vez en mi vida que me había hecho esa pregunta.

—De puta madre —le dije.

—Esa lengua —contestó descontento—. ¿Has pensado qué quieres estudiar?

—Robótica.

No pude evitar sonreír un poco ante la conexión entre mi carrera y la actitud de mis padres. Él, por supuesto, no entendió el chiste.

Entramos en el parking de uno de los hoteles más caros del centro. Antes de bajarse me volvió a echar una mirada y me dijo:

—Quítate la sudadera. Este sitio tiene etiqueta.

Sentí una gran tentación de no hacerlo, pero al final lo hice. Eso sí, como me pidiese que me peinase con la raya al lado, ya se podía quedar con las ganas. Estiré la camisa y me la dejé por fuera. Él me miró frunciendo los labios, pero se mantuvo en silencio.

—Vamos a comer con George, un colega, y sus hijos. Se llaman Brandon y Siena. El chico tiene tu edad, y ella es unos años más joven. Pórtate bien con ellos, ¿vale? George y yo tenemos que discutir unos asuntos.

Así que era eso. Solo me necesitaba para quedar bien delante de ese tipo, para que sus hijos estuvieran entretenidos.

—¿Por eso me has invitado a comer?

—Bueno, los dos pensamos que era buena idea que confraternizaseis.

—Da gracias a que me has traído tú, porque si hubiese venido en mi coche me estaría largando ahora mismo. Me importan una mierda tu reunión, tu colega y sus hijos.

—Solo tienes que sentarte, comer y mantener una conversación distendida. No es pedir demasiado. Margot y yo te damos las mejores comodidades. Ni siquiera te exigimos mucho. Tampoco te ponemos demasiados límites. Por una vez que hagas algo por tu padre no pasa nada.

Las manos me temblaron de rabia mientras apretaba los puños. Sentí ganas de pegarle un puñetazo a la pared estucada de aquel hotel de mierda. ¿Que me daban de todo? ¿Qué quería decir eso, que tapaban sus carencias como padres hundiéndome en dinero, que pagaban a otras personas para que se encargasen de mí? Si eso era ocuparse de un hijo...

Solté una risa incrédula. Lo mejor había sido lo de que no me exigían nada y no me limitaban. Por supuesto que no, para eso tendrían que prestarme la atención suficiente como para enterarse de algo. O para que les interesase. «Claro que sí, papá. Finjamos que nos importamos. A ver qué tal te sale, porque no sabes mucho de mí, ¿verdad?»

Nos sentaron a una mesa alargada en un salón muy elegante lleno de gente trajeada. El tal George, un hombre bajito y rechoncho con un bigote enorme, nos dio la mano con efusividad. Se giró y me presentó a sus hijos.

Siena era una chica de unos quince años que parecía asiática. Tenía el pelo largo de color negro y los ojos oscuros. Era mona. Tenía cuerpo de modelo, muy alta y delgada. Su hermano era más bajo que yo y más corpulento. Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás, bien engominado, y una sonrisa petulante.

La comida fue una tortura. Mi padre y el tal George no pararon de hablar de inversiones mientras nosotros comíamos en silencio. La chica estuvo todo el tiempo mirando el móvil mientras su hermano engullía en plan robótico.

—¿Tienes Instagram? —me preguntó ella.

—No —mentí.

—¿En serio? ¿Qué dices? Pero si todo el mundo tiene. Qué fuerte...

—Claro que tiene, pero no quiere dártelo —comentó su hermano.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque eres una cría pesada —le dijo él.

—Y tú un friki que cuenta las veces que mastica antes de tragar.

Se me escapó una pequeña carcajada y Brandon me echó una mirada asesina.

—Se llama Wesley Robert, búscalo —dijo en plan vengativo.

«Mira que son raros.»

Ella se puso a teclear en su teléfono mientras él seguía comiendo de forma mecánica. Ese tío era espeluznante. Al final, la chica hizo un ruidito. La vi deslizar el dedo por la pantalla mientras miraba mis fotos.

—Vaya... eres *skater*... ¿Y esta quién es? ¿Tu novia? —preguntó mostrando una foto donde salíamos Noa y yo.

Era de principios de verano, nos la había hecho Nate en el jardín de Cole. Yo tenía la barbilla apoyada en su cabeza. Le estaba diciendo que era demasiado pequeña y ella estaba haciendo una mueca tratando de imitarme. Luego los dos nos habíamos echado a reír y así nos había capturado Nate. Algo cálido se deslizó por mi pecho al mirar la foto.

Su hermano cogió el móvil y le echó una ojeada. Me miró y me dijo con una sonrisa como de serpiente:

—Es muy guapa.

—Se lo haré saber —contesté sin inmutarme.

«Gilipollas.»

—¿Vas a participar en el campeonato de *skate*?! —gritó la chica.

Seguramente había mirado los comentarios de mi última foto, donde lo hablaba con otros colegas de la pista.

—Sí —dije en tono aburrido.

Miré alrededor para ver si el camarero traía ya el postre y podía largarme de una vez. Llevábamos allí sentados casi una hora y había cumplido más que de sobra con mi querido padre.

—Qué guay. Un chico de mi clase quería participar, pero no ha pasado el previo. Nos han dicho que después va a pinchar un DJ y todo. Mis amigas y yo queremos ir.

Por fin el camarero dejó los platos con helado y una especie de bizcocho delante de nosotros. Menos mal, ya estaba empezando a cansarme. Noa me mandó un mensaje:

¿Qué tal la comida, niño pijo?

Me reí mientras le contestaba:

Un infierno. En una hora me paso por tu casa.

No hubo respuesta. Estaba impaciente por saber qué había pasado entre ella y Cole. Cada vez que lo pensaba, una extraña sensación me punzaba el corazón. Se estaba esforzando demasiado

por evitar el tema y eso solo aumentaba mi sospecha. Comenzaba a preocuparme de verdad.

—No sé para qué queréis ir. Allí solo van drogadictos y tirados —le estaba explicando el idiota a su hermana.

—¿Qué dices? ¿En qué siglo vives? La mitad de nuestro instituto va a las pistas.

—¿Quién dice que la mitad de nuestro instituto no sean unos drogatas de mierda?

Ese tío era imbécil.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije con mi tono más profesional.

Él se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Me incliné sobre la mesa apoyando los codos para acercarme a él. Lo miré fijamente a los ojos y noté que se tensaba. Ya no parecía tan pretencioso. Su hermana nos miró en silencio, muy atenta. De forma ceremoniosa y haciéndome de rogar comencé:

—¿Cuentan los esteroides como una droga?

Se quedaron un momento en silencio los dos. Procesándolo. Después, la chica comenzó a reírse. El idiota se puso colorado y apretó la mandíbula, cabreado. Le había costado pillarlo. Me quedé esperando a que me contestara mientras me miraba con odio. Su hermana lloraba de la risa.

—¿Y bien? —dije en tono inocente.

—Si estás insinuando... —Noté que le temblaba el labio de arriba de lo cabreado que estaba y traté de aguantarme la risa.

—Solo lo pregunto porque parece saber mucho del tema. —Su hermana soltó otra carcajada y él enrojeció aún más—. Sabes dónde van los drogatas. ¿No estabas hablando de eso? —continué con mi tono más encantador.

Brandon se puso rojo. Me recordó al muñeco de la película sobre las emociones. Me eché hacia atrás y me levanté.

—Me tengo que marchar ya. Una pena, estaba siendo una comida estupenda. Querido padre, deja mi sudadera en casa después, si no te importa —comenté para toda la mesa.

Me daba igual coger el bus. No pensaba seguir con ese paripé ni un segundo más.

Mi padre me lanzó una mirada fría, pero me dedicó una de sus sonrisas falsas. El tal George pareció muy complacido con mis modales. No percibió mi tono irónico. Brandon seguía mirando el helado con tanta rabia que conseguiría derretirlo, y Siena me dedicó una sonrisa mientras me largaba.

NOA

Estaba dando vueltas por mi habitación, nerviosa. Les había escrito a mis amigas para quedar, pero Zoe estaba con su padre, y Emma en una reunión de la asociación LGTBI. Necesitaba algo que me librara de hablar con Wes. Se me daba fatal mentir.

¿Cómo le decía que Cole me había besado? ¿Que su mejor amigo me había dicho que sentía algo por mí? Dios, no podía tener esa conversación.

Ni siquiera era buena idea que Wes y yo estuviésemos a solas. Había una tensión entre nosotros que me dejaba sin aliento. Todavía me temblaba ligeramente el cuerpo cuando pensaba en lo que me había dicho en el pasillo. Necesitaba espacio. Mucho espacio. Últimamente cuando estábamos cerca no podía pensar con claridad.

Me dejé caer sobre la cama, frustrada. No quería dejarme llevar por un impulso tonto. Esa clase de errores eran los que estropeaban las relaciones.

Giré la cabeza y vi las notas apiladas sobre las páginas abiertas de mi agenda. Ellas tenían la culpa. Esas estúpidas preguntas eran las que me habían confundido.

Wes saltó por la ventana; me dio un susto de muerte. Traía la camisa remangada y ligeramente arrugada. El pelo despeinado le caía por la frente, enmarcándole los ojos. Estaba especialmente guapo.

Di un respingo y me levanté de la cama a toda prisa. Cerré la agenda y la metí en la mochila, donde no pudiera ver las notas.

—¿Qué haces aquí? —Me miró con expresión de «¿No es obvio?»—. Quiero decir... ¿Qué ha pasado con tu padre? Cuéntame.

—Era una comida con un socio de trabajo y sus hijos. Por eso me ha llevado.

—¿En serio? —Negué con la cabeza, cómo odiaba a ese hombre.

—Eran dos niños pijos rarísimos —bostezó—. Pero al final me he divertido más de lo que esperaba.

Lo dijo en tono misterioso, dibujando una sonrisa de medio lado, y supe que había hecho algo.

—Pues la verdad es que he quedado con Zoe para ir al centro comercial. Así que no puedo... Bueno, que tengo planes.

Wes me miró y enarcó una ceja. Sabía que le estaba dando largas para evitar el tema.

—Me voy a duchar —le dije entrando en el cuarto de baño a toda prisa, huyendo como un cobarde—. ¡Ya hablamos mañana! —le grité a través de la puerta.

—¡No, espera!

Encendí el agua de la ducha para que pillase que no era buen momento y escuché a ver si se iba. Oí unos pasos acercándose.

—Deja de evitarme.

—¡No te oigo, estoy en la ducha! —grité.

—Vale, estupendo, pues hablaremos mientras te duchas —dijo.

El tirador de la puerta empezó a girar. Me lancé lo más rápido que pude dentro de la bañera, con ropa incluida. El agua fría me salpicó la cara y contuve la respiración mientras abría la caliente. Hice maniobras para no caerme, porque me había metido con calcetines y no paraba de resbalarme.

«Qué patética eres Noa.»

—¿Me vas a decir de una vez por qué estás evitando este tema? —Su voz sonó a un metro de mí y me pegué a la pared.

—¿Yo? No lo estoy evitando, no sé qué quieres decir.

—Vale, genial. Entonces cuéntame de una vez qué pasó con Cole en la fiesta de Nate.

—Eh..., mmm..., verás, me resulta un poco incómodo hablar contigo mientras me ducho, ¿sabes?

Me quité el pesado y empapado jersey y cayó con un chof en la bañera. Los vaqueros y la camiseta se me pegaban al cuerpo como una segunda piel y me picaban.

—Recuerdo que hace unas semanas alguien se enfadó porque yo le oculté algo. ¿No eras tú, Noa?

—Ya, pero ahora estoy desnuda. No es el mejor momento.

Wes hizo una pausa y vi cómo se alejaba de la cortina.

—Te estás escondiendo de mí. Llevas toda la semana haciéndolo.

Me agaché para quitarme los calcetines porque no conseguía mantener el equilibrio.

—No es eso.

Me resbalé al quitarme el segundo calcetín. Me sujeté a la cortina con un tirón tan fuerte que se desgarró de las anillas y cayó hacia abajo, dejándome al descubierto. Me quedé como si me acabaran de pillar robando y me hubiesen apuntado con una linterna a la cara. Wes flipó. Luego, su expresión se volvió fría, y apretó la mandíbula. Estaba furioso. «Mierda.»

—Conque no me estabas evitando...

—Es que...

—¿Qué ha podido pasar para que no me lo quieras contar, Noa? —dijo con tono dolido.

Me mordí el labio nerviosa.

«Tienes que decírselo.»

—Cole me pidió disculpas y estuvimos charlando un rato...

Wes se mantuvo en silencio esperando a que continuara.

—Y luego... yo le hice una pregunta, y él... —Tragué.

No podía. Era incapaz de hacerlo. Wes me estaba mirando. Sus ojos verdes ardían. Todos los

músculos de su cuerpo estaban tensos. Podía sentir la ansiedad brotando de su pecho. No quería que me mirase decepcionado o dolido.

—Él me dijo que yo... —Cogí aire—. Me dijo que siente algo por mí. Y yo no me lo esperaba. Nunca había imaginado que él... Ni siquiera me acuerdo bien de lo que le dije ni de qué pasó después. Yo no siento lo mismo por él —aclaré—, pero había bebido y todo fue muy confuso. — Las palabras salían de mi boca a toda prisa, entrecortadas, torpes—. No quería que las cosas se pusieran raras entre vosotros, sobre todo después de la pelea.

Levanté la mirada y no supe descifrar la expresión de sus ojos. Cruzó la distancia que lo separaba de la bañera y pasó por encima del borde para meterse bajo el chorro de agua. Me agarró la cara con ambas manos. Un jadeo me robó el aire de los pulmones cuando mis hombros chocaron con la pared de baldosas. Su cuerpo se pegó al mío. Firme. El agua le mojó el pelo. Le cayó por el rostro hasta empaparle la camisa, que se pegó a su pecho. Y sus ojos... La pupila había devorado el verde de sus iris, que explotaron de deseo, de anhelo, de desesperación cuando se posaron en mi boca.

Y me besó.

Wes me besó.

Y fue mil veces mejor de lo que me había imaginado.

Cerré los ojos dejándome arrastrar por la caricia de sus labios contra los míos. Me agarré a sus hombros buscando un punto de apoyo y deslicé la mano derecha hacia arriba hasta enredar los dedos en su pelo. La garganta de Wes vibró con un gruñido bajo. Profundo.

Me besó con calma al principio, acariciándome la boca con suavidad. Me mordió el labio inferior y yo gemí arqueándome contra él. Me cogió las manos para apartarlas de su pelo y me las sujetó por encima de la cabeza, entrelazando sus dedos con los míos. Su lengua se coló entre mis labios y lo saboreé. Y ya no hubo calma de ningún tipo.

Sabía a chicle de menta. Y a algo dulce. Y a él. A algo que era únicamente Wes.

Un millón de mariposas. No. Un enjambre de abejas. No. Un puto tornado se instaló en mi estómago y bajó y bajó.

Y ya podrían haber estallado el Sol y la Tierra, ya se nos podría estar cayendo el cielo encima, que nada habría importado. Porque Wes me estaba besando.

Me agarró la cintura con una mano y me levantó ligeramente la camiseta. Sus dedos me hicieron cosquillas en la piel, erizándome el vello. Los dedos de los pies se me enroscaron.

En mi vida había sentido nada parecido. Mi piel y la de Wes eran la combinación más perfecta del mundo.

Deseé que aquel momento durase para siempre. Sabía tan bien... Le mordí el labio inferior. Un gemido ronco salió de su garganta mientras se apretaba más contra mí. Robándome el aliento y la capacidad de conectar un pensamiento con otro.

Le pasé las manos por la camisa empapada y me peleé con los botones. Las manos de Wes se unieron a las mías y me ayudó mientras seguía besándome. Le acaricié la piel mojada. Los

huecos de su cadera. Los abdominales. El vientre. El pecho. Sus músculos se tensaban con mis caricias.

—Joder, Noa —gimió. La voz entrecortada, rasgada de deseo.

Le bajé la camisa por los hombros y él terminó de quitársela. Metió su mano debajo de mi camiseta y subió por mi espalda...

La mente se me quedó en blanco. Todos mis sentidos estaban colapsados. Los dedos de Wes me acariciaron los costados, la columna, los omóplatos, las costillas... Me tensé. No llevaba sujetador.

—Quizá deberíamos salir de la ducha —me dijo con la voz ronca y grave y la respiración agitada.

Lo miré. El agua oscurecía su pelo, y sus ojos verdes parecían mucho más claros. Tenía las mejillas encendidas y jadeaba. Me recreé en su cuerpo semidesnudo. En la piel todavía bronceada y mojada. En las curvas de sus músculos, que se le marcaban suavemente trazando un mapa que me moría por seguir.

Nunca me había parecido más atractivo. Jamás había deseado tanto a nadie. Aparté la mirada de él porque sentía que el pulso de mi corazón me quemaba.

Wes me ayudó a salir de la bañera. Me recorrió con la mirada un segundo y luego la apartó. Los músculos de su garganta se movieron con pesadez cuando tragó. Me giré hacia el espejo y vi que mi camiseta se marcaba demasiado en algunos lugares de mi anatomía. Crucé los brazos sintiendo que me ardían las mejillas.

—Eh... —carraspeó—. Te espero fuera.

Me quité la ropa mojada con torpeza y la coloqué en el calentador de toallas. Me envolví en un albornoz. Me senté en el borde de la bañera porque me temblaban las piernas y traté de procesar lo que acaba de pasar. Una parte de mí estaba tan feliz que solo quería salir y seguir con lo que estábamos haciendo. La otra me gritaba «¡¿Qué has hecho?!».

No había vuelta atrás. Lo sabía. Ni siquiera sabía cómo salir y enfrentarme a él. No sabía qué decirle.

Me incorporé. Me faltaba el aire.

Wes dio unos golpecitos en la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí.

Me levanté y me obligué a salir del baño.

Wes había sacado una camiseta y un pantalón de deporte de los que usaba cuando se quedaba a dormir. El corazón me dio un brinco al verlo. Sentí cómo mi pecho se derretía con la mirada vulnerable de sus ojos.

—No te agobies, ¿vale? —me dijo manteniendo la distancia, como si yo fuese un animal asustado. Lo agradecí—. ¿Quieres que hablemos de lo que acaba de pasar?

Caminé hacia él. Quise abrazarlo, que desapareciese esa chispa de duda de sus ojos. Pero mi

cuerpo no se movió. No fui capaz de levantar los brazos. Era como si las extremidades me pesasen toneladas.

—No es que no me haya gustado —empecé—. Porque te juro que me ha encantado.

Wes soltó una risita.

—Puedes seguir diciendo lo mucho que te ha gustado, no me importa.

La sombra de una sonrisa apareció en mi boca. Dios, lo quería muchísimo. Lo quería tanto que... La ansiedad se me enredó en el pecho como una serpiente que me asfixiaba lentamente. Me daba demasiado miedo perderlo. Me acojonaba que saliese mal.

—Creo que... necesito procesarlo. A solas.

Lo oí suspirar. Me odié por hacerle daño y por apartarlo de mí. Detesté esa sensación de pánico que me oprimía la garganta y que me robaba el aire.

—Vale, pero no le des demasiadas vueltas.

Se inclinó y apoyó su frente en la mía. Mis ojos se cerraron en un parpadeo involuntario pensando que iba a besarme.

—Si te beso ahora no me iré —me explicó. Un susurro sobre mi piel.

Me puso las manos en los hombros y me echó hacia atrás para separarme de él.

—Me voy a mi casa a darme una ducha fría, pero una de verdad, sin ropa de por medio. Porque eso es lo que hace la gente normal, ya sabes...

Me tranquilizó que usase su tono sarcástico de siempre. Salió por el enrejado de mi ventana, igual que había entrado, y me quedé sola. Mi habitación me pareció diminuta y opresiva.

Me senté en la cama. Silencio. Oí las gotas de agua cayendo desde las puntas de mi pelo al suelo. Clac. Clac. Clac.

Miré mi habitación sin verla. El vacío enorme que había dejado Wes. Físico. Emocional. Clac. Clac. Clac.

Las preguntas que daban vueltas en mi cuerpo chocando, rebotando dentro de mí. Inmóvil. El miedo capturándome. La certeza de que no habría vuelta atrás. El pánico de no haberle contado la verdad sobre Cole. Clac. Clac. Clac. CLAC.

El sonido se aceleró y llenó mis oídos. «La has cagado Noa. La has cagado.» Había hecho justo lo que me había prometido no hacer. Estaba poniendo en peligro lo que teníamos. Todo por lo que me había esforzado. Yo solo quería...

Joder, no tenía ni idea de lo que quería.

Saqué el móvil. Y tecleé con dedos temblorosos.

Necesito hablar contigo.

NOA

Cole vivía a unas cuantas calles de distancia. Me sabía el camino de memoria porque Wes y yo nos pasábamos las vacaciones en su patio trasero: los padres de Cole habían creado el jardín más precioso y perfecto del mundo.

El recuerdo me dejó un sabor amargo. Los días que se fueron y que nunca volverían. Últimamente era como si todo se nos estuviese escapando de las manos.

Cole estaba sentado en las escaleras de su entrada y me hizo un gesto con la cabeza para que me sentara a su lado. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey holgado del mismo color. Bajo la luz de la entrada parecía pálido y cansado, pero su rostro pareció iluminarse cuando me vio. Desvié la mirada hacia las ventanas y vi sombras dentro.

—¿Están tus padres? —le pregunté.

—Sí, llegaron ayer. Me han traído boinas de todos los colores y un montón de queso —suspiró con cariño.

Los padres de Cole viajaban mucho porque eran directores de compra de un portal de moda. Eran un poco extravagantes y muy divertidos. Adoptaron a Cole cuando tenía menos de un año. Yo no sabía mucho del tema. Era muy personal y nunca lo habíamos hablado, pero Wes me había mencionado que de momento no estaba interesado en saber quiénes eran sus padres biológicos.

Me senté manteniendo cierta distancia y me abracé las rodillas. Ahora que estaba allí no sabía ni qué decirle.

—Estoy... No sé cómo manejar esto —reconocí.

Cole me dedicó una media sonrisa.

—¿Qué esté enamorado de ti? —me preguntó directo.

Yo me encogí un poco. Joder. Nunca estaba preparada para lo sincero que era.

Negué con la cabeza.

—Ha venido Wes a mi casa. Quería saber qué pasó entre tú y yo en la fiesta de Nate.

Suspiré. Me froté las manos en la tela de mis *leggings* negros tratando de alejar la incomodidad. A veces quería decir algo pero las palabras se negaban a salir.

—Y yo me he acojonado. Con todo lo que ha pasado entre vosotros y... No estaba preparada para contárselo. Y luego...

—Y luego ¿qué?

Resoplé. El corazón me palpitaba en los oídos. Fuerte.

—He intentado evitarlo y no ha salido bien. Te vas a reír.

Cole me echó una mirada de reojo y dibujó un amago de sonrisa en la boca.

—Soy patética.

—Qué va.

Dispuesta a demostrarle que se equivocaba, empecé a contárselo todo: las preguntas de Wes, mi ridícula ducha falsa, los calcetines.

—Y entonces me agarré a la cortina, que por cierto, se rompió —a ver qué le decía a mi madre— y me vio allí dentro, completamente vestida y debajo del agua...

Cole estaba mirando hacia la calle. La línea de su mandíbula estaba tensa. Su nuez se movió cuando tragó. Aparté lo ojos de él.

—Wes me miró... —Sentí una punzada de dolor al recordar cómo la angustia había explotado en sus ojos—. Y no me quedó más remedio que contarle lo que pasó.

—¿Qué, en concreto?

—Que me dijiste que sientes... —«Ah, mierda»— algo por mí —murmuré.

—¿Nada más?

—No. No pude decirle que tú..., que me... Ya sabes.

Cole frunció el ceño confundido.

—¿Que yo qué?

—Que me besaste —aclaré poniéndome roja.

Sus pupilas se clavaron en mi boca. La sombra del recuerdo de sus labios me recorrió como una pluma.

—Le expliqué que yo no... —No podía decirlo. Era demasiado cruel—. Ya sabes.

Cole asintió sin decir nada.

—¿Por qué no le has dicho lo del beso?

—Quería hacerlo. Sabía que tenía que contárselo todo, pero no pude. Me asusté. Me estaba mirando y sus ojos... No quería hacerle daño. A mí me habría matado que él y Emma o Zoe... Me daba pánico que se diera la vuelta y se fuera o que las cosas entre él y yo se pusieran raras. O entre vosotros. Sé lo importante que sois Nate y tú para él. Simplemente no fui capaz.

Esa vez fui yo la que fijé la mirada al frente. Vi pasar un coche solitario que aminoró la velocidad al enfilarse la calle. No quería herir a Cole, pero sabía que lo que iba a decirle lo destrozaría. ¿En qué momento se habían complicado las cosas de esa forma?

El coche paró unas casas más adelante y yo fijé la vista en mis zapatillas.

—Me besó —contesté con un hilo de voz—. Wes.

Silencio. Pude escuchar pasos en la distancia, los murmullos de los televisores encendidos y a los vecinos que estaban en la terraza unas casas más adelante.

—Nos hemos besado —puntalicé—. Ha sido... —Me interrumpí porque no creí que fuese apropiado dar detalles—. Lo quiero. Estoy enamorada de él. Lo sé. Pero también sé que... tengo

miedo. Y luego me he dado cuenta de que le he ocultado lo que pasó entre tú y yo y... No sé qué hacer. Y necesitaba hablarlo contigo.

Hice una pausa para tomar aire; noté los ojos de Cole fijos en mí y supe que tenía su total atención.

—¿Quieres que hablemos sobre si deberíamos decirle que te besé?

Asentí. Patética. Era patética.

—¿Qué quieres hacer tú, Noa?

Me encogí de hombros.

—Por un lado pienso que si no se lo decimos, la situación podría mejorar, que podría irnos bien evitar añadir más tensión entre nosotros. Al menos mientras me aclaro sobre lo que siento. Pero, por otro, mentirle a Wes...

Solté una carcajada amarga.

—Esto es precisamente por lo que no quiero salir con él. ¿Siempre será así? ¿Nos ocultaremos cosas? ¿Cambiará el modo como nos tratamos? Wes y yo tenemos la confianza suficiente para decirnos lo malo y lo bueno. Para contarnos cosas incómodas y dolorosas, para dejar que el otro vea nuestras partes... feas y vulnerables. Yo valoro eso. Valoro nuestra honestidad. Y no quiero perderla.

¿Y si el amor no era suficiente? ¿Cuántas veces me había dicho mi madre que a veces solo con eso no basta? Tal vez sí para la amistad, pero quizás no para una relación. Las lágrimas me picaron en los ojos. No lo soportaría. No podría ver cómo lo que teníamos se destruía, cómo nos hacíamos daño. Cómo nos separábamos. La imagen de Wes se fue agrietando poco a poco.

—Si lo que quieres es ser solo su amiga, sabes que en algún momento saldrás con alguien, ¿verdad? Tendrás que contarle que te has enamorado. Y si él está enamorado de ti..., le harás daño.

Cerré los ojos. No quería ni pensarlo.

—Quizás él no esté enamorado de mí. A lo mejor esto ha sido solo..., no sé, a veces es fácil confundir lo que sentimos, ¿verdad?

Cole arqueó las cejas con incredulidad.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad. Lo que estás haciendo es tratar de evitar tomar una decisión.

—Por favor, no me vayas a soltar el discurso de que salga de mi zona de confort.

Él soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Mi madre siempre me está diciendo lo mismo, y lo odio. ¿No detestas esos rollos? Las tacitas de mierda y los azucarillos impresos con frases cursis. ¿Qué pasará cuando salgas de tu zona de confort y te la pegues?

Cole se echó a reír por mi desvarío.

—Es por estas cosas por las que me gustas tanto.

Noté mis mejillas arder y me moví con incomodidad sin saber qué decirle. No era que no le creyese, sino que me seguía sorprendiendo que aquello fuese verdad. Cole estaba enamorado de mí. Era una locura.

—Lo siento —susurré.

—No lo sientas. Prefiero que te aclares. Considéralo así: o seguís siendo amigos y aceptáis que vais a salir con otras personas, o dais el siguiente paso. Quedaros en terreno intermedio os va a matar.

Se puso de pie y bajó la escalera hasta el césped. Se agachó y cogió una piedrecita blanca del suelo.

—Vamos a zanjar el asunto de una vez por todas —dijo, mostrándomela y después poniendo ambas manos a su espalda—. Si sacas la piedra, te tocará saltar al vacío; es decir, contarle a Wes lo que sientes por él. Si no, te quedas en tu zona segura, sigues adelante con tu vida, y Wes y tú sois solo amigos. Te aseguro que antes de que abra la mano tendrás claro qué es lo que quieres de verdad.

El mundo giró a mi alrededor. Rápido. Veloz. Una espiral. Un tornado. Llevandoselo todo. Trayéndolo todo.

Lo que temes.

Lo que no quieres.

Lo que te asusta desear.

Lo que te niegas a anhelar.

La verdad. La única verdad. La que se esconde detrás de todo eso.

Cole se puso las manos a la espalda y luego las sacó con los puños cerrados.

«¿Qué es lo que quieres que salga, Noa? ¿Quieres encontrar la piedra o no?»

Cole me clavó sus ojos increíblemente azules como si quisiera ver mi interior. Yo bajé la mirada a sus manos. Cerré los ojos y señalé. Izquierda.

La abrió. Y justo un segundo antes de ver lo que escondía lo supe. Supe qué haría si pudiera hacer cualquier cosa.

WES

No había pegado ojo en toda la noche. En mi cuerpo todavía vibraba el beso.

Noa debajo del agua. La camiseta pegada al cuerpo. El pelo mojado enmarcándole el rostro. Sus ojos brillando, increíblemente bonitos. Sus palabras apenas resonándome en los oídos... Y el impulso de besarla que había contenido tantas veces desbocándose. Tomando el control de mi cuerpo. Lo que pasó después estaba mezclado con una sensación de deseo tan intensa que se emborronaba en mi mente.

El miedo inicial a que me rechazase y la euforia de que me devolviese el beso. Su sabor estallando en mi boca. El sonido de su gemido reverberándose en el cuerpo. Su piel ardiendo bajo mis dedos. Fui al baño y abrí el agua fría. Reprimí un gemido cuando entró en contacto con mi piel ardiente. Hice varias respiraciones profundas y apoyé la frente en las baldosas. Cada cinco minutos tenía que dominar las ganas de ir corriendo a verla.

Salí de la ducha. Me puse ropa de deporte y cogí mis zapatillas. Bajé la escalera y oí a mi madre tecleando en su despacho. Sábado. 9 de la mañana. ¿Quién cojones trabajaba a estas horas?

—Wesley —me saludó oyendo mis pasos.

—Voy a correr.

—Bien —la oí decir, y volvió a lo suyo.

No había prácticamente nadie por la calle. A lo lejos vi la casa de Noa. Eché a correr en dirección contraria.

De pequeño me había sentido muy confuso con respecto a nuestra relación. La gente no entendía que tuviésemos una amistad tan estrecha y eso me hacía pensar que había algo extraño en ello. Lo único que sabía era que quería que ella me quisiese. Cuando la tenía a mi lado era feliz. Me sentía invencible.

El verano que Cole se mudó a nuestro barrio estuve muy contento de por fin tener un amigo chico, porque era lo «normal». Traté de separarlos todo lo posible. Me daba miedo que me dejasen de lado, que yo fuese el tercer miembro del grupo.

Al final acabaron coincidiendo. Cole y yo estábamos aprendiendo a montar en monopatín. Los dos creíamos por aquel entonces que éramos una especie de niños malos, a lo Bart Simpson. Nunca patinábamos por mi calle, pero un día, pese a mis esfuerzos, nos cruzamos con Noa por el barrio. Ella, con sus patines y su gorra rosa desteñida por el sol, vino corriendo a saludarme.

—¿Quién es? —me susurró Cole con desconfianza.

No me quedó más remedio que hacer las presentaciones.

—Hola... —murmuró ella nerviosa. Sus ojos se abrieron complacidos y exclamó—: ¡Esas zapatillas son una pasada!

A Noa le interesaba la moda. Siempre le cogía las revistas a su madre y recortaba los vestidos que más le gustaban para pegarlos en su cuaderno. Creo que a Cole le sorprendió que alguien notase que sus zapatillas eran especiales y se puso un poco colorado. El orgullo se adivinó en la posición de sus hombros.

—Me las han comprado mis padres en Londres. Trabajan para una empresa de ropa y siempre me regalan cosas chulas —murmuró feliz.

—Qué suerte tienes. Tus padres deben de ser superguáis.

Se mostró fascinada por todo lo que Cole le contaba. Él era nuevo y misterioso, supongo. De mí ya lo sabía todo. Estuve enfurruñado todo el camino a su casa, porque sí, nos invitó a la piscina y Noa accedió, aunque solo después de que yo lo hiciera. Estar con desconocidos la ponía nerviosa, incluso si le caían bien.

Cuando entramos, Cole nos presentó a sus padres. Si Noa se sorprendió por que fueran dos hombres, desde luego no lo demostró. Solo sonrió y comenzó a preguntarles por su trabajo. Noté cómo Cole se relajaba al ver que ella no hacía ningún comentario ni ponía cara rara. Por desgracia, estaba más acostumbrado a eso que a la naturalidad de Noa.

Desde aquel día empezamos a quedar los tres, pero Noa siguió contándome sus secretos solo a mí, y yo a ella. Siguió eligiéndome primero para cualquier equipo y como pareja. Ella siempre me dio un trato especial y yo seguí sintiéndome increíblemente vulnerable cuando estaba presente. Era la única persona que me hacía sentir así.

Una notificación de Instagram me sacó del baúl de los recuerdos. Un mensaje directo de Linda.

«Qué pereza.» ¿Esa chica no se cansaba nunca?

Adjuntaba una publicación de la cuenta de cotilleos de nuestro instituto. Ya la habrían vuelto a activar...

«Entonces... tenía yo razón», decía.

Pinché en la publicación. El pie de foto rezaba: «Hemos estado una semana desaparecidos, pero volvemos con fuerza. ¿Tenemos nueva pareja en el insti», seguido de un montón de emoticonos de fuego y corazones.

Había varias fotos. Tardé unos segundos en reconocerlos porque no se les veía la cara y estaba oscuro. Hasta que reconocí la casa de Nate. Hasta que vi la ropa. Deslicé a la siguiente foto. Apreté el móvil con tanta fuerza que fue un milagro que la pantalla no se rajase.

Como mi corazón en ese momento. Muerto. Roto.

NOA

Mi madre trabajaba, así que ese día no hubo música ni ruido de muebles. Silencio. Solamente silencio. Me sentí un poquito sola. Cogí el móvil de la mesilla y le quité el modo noche. La pantalla comenzó a iluminarse. Llamadas de Emma. Mensajes. Notificaciones de Instagram. Una mención. Comentarios.

El corazón se me aceleró. Lo supe al instante. Había pasado algo malo.

Desbloquéé el móvil y entré en Instagram. Me habían etiquetado en una foto de la cuenta de cotilleos del instituto.

Cole y yo besándonos en las escaleras del patio trasero de Nate. Moví el dedo. La siguiente era de ayer. De los dos hablando en su puerta. Volví a la primera. No se nos veían las caras, pero nos habían etiquetado para que no hubiera confusión. Y quien nos conociese sabría que éramos nosotros.

El móvil vibró en mi mano y descolgué.

—¿Lo has visto? —me preguntó la voz dulce de Emma.

Mi respiración entrecortada por un sollozo fue la única respuesta que pude dar.

—Ya los he denunciado. Y Sam también. Y mis amigos de la organización. No durará mucho. No te preocupes.

—No se lo había dicho a Wes —lloré. La amargura se comía mi voz.

Era peor: le había mentido. Anoche se lo había ocultado deliberadamente.

—Y Zoe...

—Hablaré con ella. No te preocupes. Odio esa cuenta. La detesto. No tienen derecho a hacer eso.

—No estamos juntos. Esa noche Cole me besó, pero yo lo rechacé, y ayer solo fui a hablar con él para aclarar las cosas.

Wes me iba a odiar.

—La he cagado, Emma. Muchísimo.

—Voy a tu casa.

—Tengo que hablar con Wes primero.

—Llámame, ¿vale?

Hice un sonido de asentimiento y colgué. Salí de la cama y bajé las escaleras corriendo. Ni siquiera me quité el pijama. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. Me palpitaba la cabeza. Me puse las Vans sin molestarme en atarlas y salí a la calle.

Wes estaba viniendo hacia mí. Con el móvil en la mano.

«Mierda.»

Llegó a mi altura y me echó una mirada dolida. En sus ojos brillaba la rabia, la traición.

—Dime que no es verdad —me pidió.

Su expresión me dejó muda y se me atascó la voz en la garganta.

—Dime que es mentira —repitió.

La expresión torturada de sus ojos se me clavó en el corazón.

—Por favor.

Desearía no haber llorado. Quizá eso lo habría hecho más fácil, pero las lágrimas brotaron de mis ojos y la respiración se me entrecortó en sollozos. No hacía falta más confirmación.

Él apartó la mirada de mí. Disgustado.

—¿Os besasteis? —Se le rompió la voz.

—No... Bueno, él me besó a mí...

—En la fiesta de Nate. Hace una puta semana.

—Sí.

—Y ayer te pregunté y no me lo dijiste. Me lo ocultaste.

Le temblaban los brazos de lo fuerte que apretaba los puños. Su voz sonaba fría. Dura. Y en sus ojos brillaban unas lágrimas que se negaba a derramar.

—No sabía... —Cogí aire tratando de calmarme—. No sabía cómo contártelo.

—Y una mierda, Noa. Joder. Me mentiste.

—Lo siento. De verdad, iba a decírtelo hoy.

—Ya, claro. ¿Ibas a decirme también que fuiste a verlo ayer después de que nos enrollásemos?

—Solo quería hablar...

—Besaste a mi mejor amigo hace una semana. Me mentiste. Me besaste. Luego me pediste tiempo para pensar y te fuiste con él.

—No es lo que parece, en serio —solté yo. «Vaya cliché»—. Lo siento. Sé que la he cagado.

—No. No sigas.

—Por favor, Wes. —Me tembló la voz.

—¿Qué? ¿Qué vas a decirme? ¿Eh?

Me miró con los ojos llenos de dolor y pena. Nunca me había mirado así. Se me cortó la respiración. La presión en mi pecho era insoportable.

—¿Qué pasa, que no sabes a quién elegir? ¿Quieres que juguemos los tres juntos a las casitas? Nos compartimos. Un ratito con Cole y otro conmigo. ¿Eso te facilitaría más las cosas?

—No. Para. No hagas eso. No actúes así.

—¿Qué pasa? ¿Te jode que sea un capullo contigo? Porque a mí me ha parecido genial haber visto esas fotos. No me ha jodido nada ver que mi mejor amiga me ocultó algo tan importante. Me ha sentado de puta maravilla. No me ha destrozado lo más mínimo.

El amago de una lágrima se asomó al borde de sus preciosos ojos verdes y él se apresuró a limpiársela. ¿Cómo le había hecho tanto daño? ¿Cómo había podido poner en peligro nuestra relación cuando me había jurado no volver a hacerlo jamás?

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor y vaciló un segundo. Apartó la mirada y apretó los dientes con fuerza.

—No puedo.

Se dio la vuelta y se alejó.

—¡No! Por favor, Wes, escúchame —supliqué

Di un paso hacia él y lo agarré del brazo. Se soltó de un tirón sin mirarme. Me quedé en mitad de la calle, viéndolo alejarse de mí.

Aquello que tanto temía se había cumplido y ni siquiera había hecho falta que empezásemos a salir. Solo un beso me había costado aquello.

Di gracias de que mi madre estuviese trabajando. Entré en casa, cerré la puerta y me dejé caer contra ella. No podía parar de ver sus ojos llenos de dolor. Esa lágrima que se había limpiado con rabia.

Emma me llamó, pero yo no fui capaz de descolgar. Le escribí para decirle que necesitaba estar sola. Ella me mandó un montón de mensajes para asegurarme que se arreglaría, que Wes me escucharía, que me perdonaría porque me quería. Y aquello solo me hizo llorar más.

—A veces el amor no es suficiente —solía decir mi madre—. A veces las circunstancias no son las adecuadas o simplemente alguno de los dos no está preparado. Y no es culpa de nadie. En la vida hay cosas que simplemente no pueden ser.

Yo siempre sentía que hablaba de mi padre cuando me lo explicaba. Nunca le había preguntado. No estaba preparada para descubrirlo.

Saqué el teléfono y tecleé un mensaje rápido. El llanto se había transformado en hipidos descontrolados.

Zoe, lo siento. No estoy saliendo con Cole, de verdad. Me
besó en la fiesta de Nate, pero yo lo rechacé. Perdón por no
habértelo dicho.

Cole me llamó un montón de veces y yo ignoré sus llamadas porque no tenía fuerzas para hablar con él. Me mandó un mensaje para decirme que había amenazado con denunciar la cuenta de cotilleos a la policía por subir la foto sin nuestro consentimiento. El perfil se desactivó, llevándose las fotos consigo, pero el daño ya estaba hecho.

NOA

El lunes llegué temprano al instituto y estuve esperando en el pasillo de las taquillas a Wes, pero no apareció. La primera hora la compartía con Zoe, que no había respondido a mi mensaje en todo el fin de semana. Estaba con su teléfono y no me miró cuando me coloqué a su lado.

—Hola —le dije.

Hizo un movimiento con la cabeza sin decirme nada.

—Oye, de verdad que lo siento. Sé que debería haberte contado lo de Cole, pero no quería hacerte daño. —Me aclaré la garganta—. Me confesó que sentía algo por mí. Y yo lo rechacé.

—Pero os visteis después —me soltó con tono resentido.

—Quería aclarar las cosas con él.

Ella no dijo nada. Simplemente siguió mirando su teléfono con los labios apretados.

—Zoe, por favor. Lo siento. Te juro que no hay nada entre nosotros.

Dejó el móvil sobre la mesa y me miró.

—Te pedí que me dijeras si sentías algo por él y me mentiste.

—Te dije la verdad, igual que ahora. Sé que te tendría que haber contado lo del beso y la confesión, pero... Lo siento. Lo siento.

—Si lo rechazaste, no entiendo por qué fuiste a hablar con él.

Me mordí el labio inferior con fuerza, frustrada. Era mi amiga, ¿por qué no podía confiar en mí? Sabía que tendría que habérselo contado, pero, joder, era difícil.

—Porque... —Cogí aire para tratar de sofocar el dolor en mi pecho—. Wes y yo nos besamos, y necesitaba hablar con Cole sobre lo que había pasado entre nosotros porque no se lo había contado a Wes.

Zoe abrió mucho la boca.

—Chica... ¿En serio me estás diciendo que Wes y tú por fin os habéis enrollado?

La ilusión de su mirada me quemó.

—Sí, y por eso te digo que no siento nada por Cole.

—¿Cómo fue? ¿Qué pasó? ¿Por qué no nos escribiste enseguida para contárnoslo?

—Porque me dio un ataque de pánico y..., bueno, prefería contároslo en persona porque es una historia un poco larga.

Se quedó en silencio unos segundos como sopesándolo. Después asintió para sí misma. Sus hombros se hundieron levemente.

—Wes debe de estar enfadado.

—Pues sí.

—¿Se lo has explicado?

—Lo intenté, pero no... —Se me rompió la voz.

La profesora entró y la clase se quedó en silencio. Abrí mi cuaderno mientras dejaba escapar un suspiro.

Me encontré con Wes en el pasillo a la hora del recreo. Tenía unas ojeras enormes que hacían juego con las mías, y el verde de sus ojos se veía apagado, triste. Me dolió el corazón. El alma. El cuerpo.

Me acerqué con timidez por detrás esperando que no saliera huyendo de mí.

—Hola —susurré con un hilo de voz—. ¿Podemos hablar?

Wes se tensó al oír mi voz. No se giró, tampoco me miró. Siguió metiendo los libros en su taquilla, ignorándome por completo.

—Por favor, Wes, déjame explicártelo. —Se quedó en silencio. Tragué para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. Siento lo que hice. Lamento no habértelo dicho. Fui una cobarde, lo sé, pero te juro que no pretendía ocultártelo para siempre. —Siguió sin girarse. Entrelacé las manos, nerviosa—. Tenía miedo de que las cosas se pusieran raras entre nosotros. Tenía miedo de... no sé. No quería complicar más vuestra relación. —Cogí aire y lo solté para intentar calmarme—. Fui a hablar con él sobre eso. Quería aclarar el tema. Es que... Wes, tú eres mi mejor amigo...

Él cerró los ojos un momento. El dolor estalló en su rostro. Su garganta se movió tensa, como si se estuviese tragando la amargura.

—Tenía miedo de que eso nos separase.

Sentí lágrimas formándose en mis ojos y apreté la mandíbula. Wes se giró de perfil hacia mí y clavó la vista en las taquillas de enfrente.

—¿Tenías miedo de que haber besado a Cole cambiase las cosas entre nosotros? ¿Por qué? Si no sientes nada por él, no debería importar.

Por fin me dirigió una mirada, aunque tan carente de emoción que me heló la sangre. Hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero que pareció más bien un gesto de desagrado.

—Eres una cobarde, Noa. —Me estremecí—. Te asusta enfadar a la gente. Tú siempre eres la buena. ¿Pues sabes qué? Tú también la cagas. Tú también jodes a los demás. —Hizo una pausa para coger aire—. ¿Sabes lo que creo? Que eres tan egoísta que te da todo igual. Has jodido a Cole, a Zoe, a mí, pero no te ha importado una mierda. Y ahora solo intentas que pensemos que tus intenciones no fueron malas, que lo hiciste por nosotros, para no hacernos daño. Pero lo hiciste por ti, porque no te atrevías a decir la verdad.

Me temblaron los labios. El pecho me ardía de dolor y las lágrimas caían silenciosas por mi cara. Wes apretó la mandíbula.

—No te va a funcionar.

—Sé que he sido una cobarde, pero... —Lloré—. Por favor, por favor, perdóname. Te juro que no quería hacerte daño.

—No... No puedo —susurró con un hilo de voz.

Se alejó de mí a toda prisa por el pasillo. Me apoyé en las taquillas mientras lloraba sin control. Alguien me agarró de los hombros y me abrazó. Emma.

—Vamos.

Me guio hasta el cuarto de baño de chicas y me ayudó a tranquilizarme. Me sostuvo la mano mientras me decía que todo se arreglaría. Mi cuerpo todavía hipaba de forma incontrolada, sin resuello.

—Se le pasará, ya lo verás. Ahora está muy enfadado, pero cuando pasen unos días se calmará.

—Me... ha mirado con... tanta frialdad...; como si no le importase.

Emma me abrazó con todas sus fuerzas. Me reconfortó que se quedase a mi lado cuando me sentía tan sola, que no me hiciese preguntas, ni me diese discursos alentadores. Que simplemente estuviera ahí.

WES

Salí a zancadas del instituto y crucé el patio hacia el gimnasio. Escuché a Nate llamarme y continué sin hacerle caso. Necesitaba golpear algo. Sentía el cuerpo entumecido y temblaba de rabia.

—Tío, ¿qué ha pasado?

No le contesté. Tenía la mandíbula tan apretada que me dolía.

—¿Qué haces?

Abrí las puertas del gimnasio y crucé la pista hasta la sala de entrenamiento. Tiré la mochila al suelo, me quité la sudadera y le lancé un puñetazo a una de las colchonetas apiladas. Después otro. Y otro. Y otro. Hasta que el sudor me cayó por la frente y se mezcló con mis lágrimas y la mano me dolió tanto como el pecho. Hasta que me sentí tan hecho polvo por fuera como por dentro.

Pateé las colchonetas con un grito de rabia. No dejaba de ver los ojos de Noa, el dolor en su mirada. Su voz suplicante. Pero, joder, tampoco dejaba de ver a Cole besándola. Cuando me sentía así de mal solo deseaba hacer sentir a los demás igual que yo. Y sí, el sufrimiento de Noa me torturaba, pero de alguna forma también me aliviaba.

Al final paré porque necesitaba recuperar el aliento. Me limpié la cara con las manos y me dejé caer en el suelo al lado de Nate.

—¿Qué ha pasado? —me volvió a preguntar.

—¿Tú qué crees?

—¿Es por la foto de Noa y Cole? Seguro que no es para tanto, quizá fuese cosa del alcohol.

Me reí de forma mezquina y Nate se calló.

—Tío, tú nunca te enteras de nada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Alguna vez miras más allá de tus narices? —bufé con tono sarcástico—. Supongo que no, porque entonces te habrías dado cuenta de que Maze va por ahí como una zombi. Y cada vez que se cruza contigo tiembla como un flan y te mira como si fuese a echarse a llorar a tus pies. Todos nos hemos dado cuenta de que está muy jodida. Menos tú.

Nate fue dejando de sonreír conforme me escuchaba. Era difícil molestarlo, pero yo sabía cómo ser hiriente y desviar la atención de mis problemas hacia los de los demás.

—Odio cuando te pones en este plan. La has cagado y ahora quieres que me cabree contigo porque te das mucho asco. Siempre haces lo mismo. Si pretendes que te pegue una paliza, no lo

vas a conseguir.

Me jodió que me conociese tan bien. Aunque una pequeña parte de mí, la que no estaba jodida hasta la médula, se alegró de que Nate fuese mi amigo.

—Cole está enamorado de Noa. Por eso nos peleamos.

Nate parpadeó y abrió la boca. Parecía un pez fuera del agua.

—La hostia... Joder, tío. Sí que estáis jodidos.

—Bien expresado...

Me pasé las manos por el pelo y enterré la cara entre las manos.

—¿Hay algo entre ellos? —preguntó Nate con cautela.

—No. No lo sé. Noa dice que no. No he hablado con Cole. —Suspiré—. No puedo ni mirarlo.

—Sé que es una mierda, pero si a él de verdad le gusta, y entre Noa y tú no hay nada... —Se encogió de hombros—. Bueno, en realidad no han hecho nada malo.

—Le pregunté a Noa qué había pasado entre ellos y no me lo contó, y luego nos enrollamos.

Nate abrió los ojos como platos e inclinó la cabeza hacia un lado. Su expresión sorprendida se fue transformando en disgusto.

—¿Por qué?! —exclamó melodramático—. ¿Por qué mis dos mejores amigos se han tenido que pillar por otra amiga mía? No quiero detalles. Ninguno.

—No te los iba a dar.

—Que sepáis que soy Suiza en esto. No pienso escoger bando. Os quiero a todos por igual. Soy como una pizza, todos tenéis la misma porción de mi amor.

—A veces no entiendo qué hay en tu cabeza.

—Mi cabeza es la hostia, como yo. Que te quede claro que si esto sale mal, no voy a dejar de hablar con Noa. Primero: tengo demasiados chistes que hacerle sobre su altura. Segundo: este año vamos por encima de su equipo en la liga y eso me da para horas de diversión. Y tercero: me cae bien, es mi amiga. Punto y final.

A Noa le habría gustado que le contase esto. Se habría puesto a pensar posibles respuestas hirientes a sus bromas sobre fútbol y su altura. Dios, me sentí en la mierda. La echaba de menos.

—Nos hemos encontrado en el pasillo —solté al fin. Me quedé mirando la pared de ladrillos de delante, hundido—. Me ha pedido perdón y yo... me he comportado como un capullo. Me ha destrozado que me mintiera. Por mucho que ella lo niegue, no dejo de pensar que me lo ocultó porque en realidad siente algo por Cole...

Me dejé caer hacia atrás sobre las colchonetas y me tapé la cara con el brazo derecho.

—La he odiado —reconocí— por hacerme sentir tan vulnerable.

—Eso solo te pasa porque la quieres.

—Desearía no hacerlo. Si solo la viese como a una amiga, todo sería más fácil.

Si no estuviese enamorado de ella, no habría ocurrido todo eso. Cole y yo no estaríamos peleados. Noa y yo estaríamos bien. Todo sería como antes.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

NOA

Wes y yo no volvimos a hablar en toda la semana. No me miró ni una sola vez en los pasillos. No me escribió, ni vino a mi casa. Intenté ser paciente, como me había aconsejado Emma, pero cada día que pasaba me sentía peor y más desesperada. El campeonato de *skate* era al día siguiente y me apetecía ir, pero no sabía si sería buena idea.

Por otro lado, había tratado de hablar con Cole lo menos posible por el bien de todos. Los rumores habían corrido como la pólvora por el instituto y no dejarnos ver juntos era lo único que podía acallarlos.

Pero a él no parecían importarle demasiado. A la hora de la salida, mientras me dirigía hacia el bus, se me acercó. Me agarró del hombro. Tenía una expresión seria en el rostro.

—¿Vamos a hablar algún día de lo que ha pasado? Porque no creo que te haya hecho nada para que me evites así.

Dudé un segundo, mientras miraba a las personas que nos rodeaban. Se lo debía, él había sido un buen amigo y yo no podía comportarme como una cobarde y una cabrona para siempre. Así que asentí y lo seguí hasta su coche. Me senté dentro sin saber muy bien por dónde empezar.

—Lo siento.

—¿Por qué exactamente?

—Por evitarte y no tener en cuenta tus sentimientos. No quería hacerle daño a nadie y he terminado haciéndoselo a todo el mundo.

Cole soltó un suspiro y se rio negando con la cabeza.

—¿No crees que estás exagerando? No le debías una explicación a nadie. Fui yo el que te besó. Y eso debería haber quedado entre tú y yo.

—No debería habérselo ocultado a Zoe ni a Wes.

—Seguro que te has disculpado.

—Sí.

—Wes te perdonará, Noa. Está jodido, pero dale tiempo.

—¿Habéis hablado? —le pregunté.

Me recosté en el asiento. Miré por la ventana. Se acercaban unas preciosas y enormes nubes de tormenta.

—Todavía no. Ya sabes cómo se pone cuando se cabrea. Pero esta tarde en las pistas Nate me va a ayudar a que me escuche. Se lo explicaré, ¿vale? Aunque tengamos que atarlo para que me haga caso.

Cole se pasó una mano por su cortísimo pelo mientras me miraba con sus ojos increíblemente azules. Era evidente por qué le gustaba tanto a Zoe. Cole parecía ser capaz de quemarte con la mirada. Debería llevar un cartel de peligro en la espalda.

Me recosté de lado en el asiento haciéndome una bola. Un mechón me cayó hacia delante, tapándome el ojo, y soplé para apartármelo. La expresión de Cole se tornó dulce. Me pasó la mano por el pelo para retirármelo de la cara con un gesto cariñoso.

Cerré los ojos. Me había odiado tanto a mí misma esa semana que su ternura me conmovió.

—¿Puedo confesarte algo muy egoísta por lo que probablemente me odies? —le dije en voz baja.

Abrí los ojos y vi los suyos a pocos centímetros de los míos. Dejó caer la mano de mi pelo y soltó una risita.

—Adelante, aunque dudo que pueda odiarte.

Mi corazón se saltó un latido.

—Si existe una realidad alternativa en la que no estoy enamorada de Wes, no me cabe duda de que estamos juntos.

Su nuez se movió arriba y abajo mientras tragaba. Me pareció profundamente triste y frágil.

—Más que egoísta, me parece injusto.

—Lo sé... —Suspiré arrepentida—. Puedes odiarme.

—Ahora deberías dejarme a mí hacer algo egoísta —su voz se volvió densa—, y los dos sabemos que solo hay una cosa que me apetezca hacer. —Se acercó a mí un poco más—. Dime, cuando Wes y tú lo arregléis..., ¿qué camino has decidido tomar?

Giré la cabeza y clavé los ojos en el cielo, que poco a poco iba oscureciéndose.

—Esto me ha demostrado que a veces con desear algo no basta. Hemos puesto en peligro lo que tenemos por arriesgarnos. Así que —guardé silencio un momento— seremos solo amigos.

Cole me miró sorprendido.

—¿Vas a renunciar a lo que sientes por él?

—Sí —afirmé con seguridad

Se giró para mirar al frente y cerró los ojos con fuerza. Estuvimos unos minutos en silencio, afrontando el peso de nuestras palabras y de nuestras decisiones.

—Entonces eso que me has dicho puede ocurrir. Podrías quererme, podrías hacerlo realidad.

Querer a Cole sería fácil. Tranquilo. Seguro. Solo tendría que dejarme llevar por la mirada salvaje de sus ojos. Por su voz profunda. Por sus palabras. Por esa forma suya de arrasarlo con la gente. El chico misterioso. El chico duro, directo, callado.

Me gustaba cómo me hacía sentir, cómo me miraba, pero ¿podría eso llegar a ser amor? ¿O lo que sentía era simplemente el placer de saberme deseada?

Aquel sentimiento no se parecía en nada a la adrenalina que me recorría cuando estaba con Wes, al anhelo que me provocaba mirarlo, a la presión en el pecho, a la respiración agitada, a la

excitación... La felicidad mezclada con el miedo. Enamorarse no era fácil, seguro ni tranquilo. Era dejarse caer por una montaña rusa y perder el control.

—No sería justo para ti. Que no quiera cambiar mi relación con Wes no implica que deje de estar enamorada de él. Ojalá pudiéramos elegir de quién nos enamoramos y cuándo dejamos de estarlo.

—Solo yo decido lo que es justo para mí, Noa.

—No puedo... No estoy preparada.

—¿Desearías no haberte enamorado de él? —me preguntó—. Si tuvieras ese poder ¿borrarías lo que sientes?

Lo miré. El tono de la pregunta me recordó a las notas. Él me miró, esperando mi respuesta. Sin vacilar.

Y sí, para aquella pregunta sí que tenía respuesta.

WES

La pista estaba prácticamente cerrada porque estaban instalando las gradas, el escenario y un medio tubo gigante. Aun así, habían dejado una parte libre para practicar.

Habían venido un montón de chavales de los pueblos vecinos para participar. El ganador se llevaba mil pavos, y eso es lo que lo hacía más atractivo.

Nate estaba charlando con Anil y Jordan, y agradecí que me dejaran solo, porque no estaba de humor.

Con el rabillo del ojo vi llegar a Cole. Parecía un poco hecho mierda. «Bienvenido al club.» Lo echaba de menos. Estaba siendo un capullo cabezota, pero... joder, todavía me dolía. Más que el beso en sí me jodía que me hubiese mentido. Y también estaba celoso, esa era la puñetera verdad.

—¡Eh, tú, imbécil! —dijo lanzándose por el cráter hasta donde estábamos Nate y yo—. Hoy vas a escucharme de una puta vez.

Puse los ojos en blanco y fui a seguir mi camino cuando noté que Nate me hacía una llave para inmovilizarme.

—¡¿Qué cojones haces?!

—No te vas a escapar. —Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja el muy cabrón.

—Serás traidor...

Nate tiró de mí y yo decidí colaborar y caminar. De todas formas, aquello tenía que pasar tarde o temprano, y yo no era tan capullo como me esforzaba en demostrar.

Nos sentamos cerca del borde de la pista. Nate estaba a mi lado, custodiándome como si fuese un preso peligroso en riesgo de fuga. Cole me miraba ceñudo en su papel de fiscal del Estado o algo así. En otro momento me habría reído de lo absurdo de la situación.

—En primer lugar, eres gilipollas —me dijo Cole.

—Hay quien opina que soy encantador. —Me encogí de hombros—. ¿Puedo yo decirle a la gente qué pensar?

¿Qué había dicho de no ser tan capullo? Cole negó con la cabeza, exasperado.

—Cállate, anda.

Yo sonreí. Sabía perfectamente cómo ponerme difícil.

—Aprende a lidiar con tus problemas de una vez, Wes —me espetó Cole con su voz profunda de tipo duro—. Sí, la besé. Tú también, y no me verás comportarme como un niño llorón. ¿Qué te pensabas, que iba a ser un camino de rosas? ¿Que porque es tu amiga ya lo tenías todo hecho?

¿Has pensado alguna vez lo que me jode a mí veros juntos? Porque me jode. Y mucho. Y no me queda más remedio que apretar los dientes y aguantarme.

Cogí aire y cerré los puños. Tenía razón.

—Vale. Te mintió. Ya te ha pedido perdón. No sé qué más quieres.

Apreté la mandíbula, incapaz de contestar.

—La besé yo, y ella me rechazó. ¿Estás contento?

Cole trató de que su voz sonase tranquila, pero yo lo oí. El dolor, la tristeza.

—¿No has pensado que el hecho de que no te lo contara significa que ha dejado de verte como solo a un amigo? —comentó Nate de pronto—. A lo mejor es algo positivo...

Tanto Cole como yo lo miramos, sorprendidos por su intervención. Una pequeña parte de mí había deseado que ella dijera que ese era el motivo, pero no había sido capaz. No obstante, que no lo hubiese reconocido no quería decir que no fuese ese el motivo. Cole decía que lo había rechazado...

Me puse en pie de un salto.

—Tiene sentido —admití—. Puede que sea algo positivo.

—Claro que lo tiene. —Nate se cuadró y nos dedicó una sonrisa brillante, como si estuviese posando para un anuncio de pasta de dientes—. Un placer compartir mi increíble sabiduría contigo. Me debes una cerveza.

—Si yo contara la de cervezas que me debes tú a mí... En fin, me voy. —Dudé un momento, pero me volví hacia ellos—. Gracias, tíos.

Cole me echó una mirada muy extraña, como con cierta lástima. Me di la vuelta y me largué antes de ponerme a analizarla.

Le había mandado un mensaje a Noa para que nos viéramos en el parque de detrás de casa. El sol casi se estaba poniendo cuando llegué. Los días cada vez eran más cortos y empezaba a levantarse una brisa fría en aquella zona del río. Además, unas enormes nubes de tormenta estaban cubriendo el cielo.

Estaba sentada con las piernas abrazadas y la capucha de la sudadera subida, así que no pude verle la cara.

Me dejé caer a su lado y se sobresaltó. Tenía los auriculares puestos y no me había oído llegar. El corazón me dio un brinco cuando me miró. Crucé los brazos para evitar abrazarla. No llevaba nada de maquillaje y sus pecas destacaban más en su pequeño rostro de ojos enormes. Estaba preciosa y el recuerdo de nuestro beso me recorrió como un rayo.

—Hola —me saludó quitándose los auriculares.

—Ey.

Nos quedamos un rato en silencio sin saber cómo empezar. Era raro haber estado tanto tiempo sin hablar, y esa incomodidad no era típica entre nosotros.

—No quiero que me odies —murmuró.

—Es justo lo contrario de lo que siento por ti —dije acercándome más a ella.

—Entonces ¿ya no estás enfadado? Porque lamento haberte mentado. Lo siento muchísimo.

—Lo sé. Y soy consciente de que me comporté como un capullo el lunes.

—Siento haberte hecho daño, Wes —dijo en voz baja.

—Y yo.

Noa me sonrió y me relajé. Apoyó la cabeza en mi hombro y nos quedamos en silencio, mirando el río, que se iba sumiendo poco a poco en la oscuridad conforme el sol caía.

—Te he echado de menos. —Su voz acarició las palabras con suma delicadeza.

—Y yo a ti.

Y aquellas palabras no podían siquiera abarcar cuánto ni de qué forma.

—Me alegro de que volvamos a ser amigos —susurró.

Me puse tenso. Ella levantó la cabeza al notarlo y se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—¿Amigos?

«¿Cómo que amigos?»

—Es lo que somos, ¿no? —dijo confusa.

—¿Lo único? Porque yo creo que no.

—Wes..., lo del viernes pasado fue algo puntual. Es normal confundir sentimientos, y puede que lo que ha pasado con Cole haya hecho que... Bueno, ya sabes. Pero somos amigos.

Me reí, pero sonó demasiado amargo.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No —aseguró ella—. Eres mi amigo y yo la tuya. Esa es la verdad. Tú y yo vamos a ser siempre amigos.

Se levantó y se cruzó de brazos. Reconocí esa expresión de terquedad. Se había cerrado en banda y no la iba a hacer cambiar de opinión.

—Joder, Noa... ¿Estás tratando de castigarme?

—No, claro que no —dijo sorprendida.

—Sé que he sido un capullo, pero estaba jodido, ¿vale? Necesitaba tiempo.

Me acerqué a ella y le sostuve el rostro para que me mirase. Me acojoné. Me daba miedo perderla. Que todo lo que habíamos avanzado se desvaneciese.

—Wes, no te estoy castigando. Tú y yo siempre hemos estado juntos... como amigos —dijo muy despacio, como si yo fuese idiota—. Esta semana me he dado cuenta de que... —Negó—. No ha cambiado nada. Podemos pasar de lo del viernes y seguir como hasta ahora.

Me eché hacia atrás frustrado. Qué cabezota era, joder.

—¡Venga ya, Noa! Sabes que eso no es cierto. Tú y yo no somos solo amigos.

Ella apartó la mirada y apretó los dientes, cabreada.

—Wes, esto es solo un capricho. —Se mordió el labio, nerviosa—. A lo mejor que tu amigo

sienta algo por mí te ha hecho pensar que nuestra relación podía cambiar. Y sí, tal vez yo a veces lo haya pensado también. —Le tembló la voz ligeramente—. Pero es hora de asumir que llegará un momento en el que conoceremos a alguien de quien nos enamoraremos y quizá ya no nos veamos tanto como ahora, pero jamás vamos a separarnos. Nunca voy a dejarte, ¿vale?

Si me hubiese clavado un cuchillo en el pecho y lo hubiera retorcido, me habría dolido menos. Imaginarme ese futuro me destrozó. No podría soportar ver cómo se enamoraba de otra persona. Imposible. Me daba igual si eso me convertía en un puto egoísta. No estaba preparado.

—Noa... —Suspiré—. ¿Sabes qué? Me da igual. No puedo vivir sin ti. Y tampoco quiero. —Di un paso hacia ella y la miré.

Sus ojos avellana se abrieron sorprendidos. Me perdía en ella. En la calidez de su mirada, en la ternura de su expresión. En la suavidad de su rostro, en su delicadeza. Nadie conseguía capturarne como ella. Nadie me entraba directamente al corazón. Podría cogerlo y arrancármelo si quería, y yo le habría dejado hacerlo sin resistirme. No tenía puertas para Noa. Ella era la dueña de todo mi interior.

El sonido de un trueno rompió la calma del bosque. El silencio de Noa me dejó expuesto. Vulnerable.

—Dime que tú tampoco puedes vivir sin mí, porque si no yo... —Me vaciló la voz.

Ella cerró los ojos y vi cómo le temblaba el labio. La luz de un rayo la iluminó. Sentí la tentación de besarla. De envolverla entre mis brazos.

—No de esa forma —contestó, y noté cómo se le cortaba la voz—. Te darás cuenta de que es así como tiene que ser —insistió como si tratase de convencerme. No sé si a mí o a ella.

Unas gotas finas cayeron sobre su rostro, como pequeñas lágrimas, y levantó la vista hacia el cielo. Ya había llegado la tormenta.

—Podría creerlo si al menos fuese verdad. Pero ¿sabes qué? Que no me lo trago, y tú tampoco.

—¿Qué dices? —bufó indignada. Era una cabezota—. Claro que creo en lo que digo.

—Vale, está bien. Entonces volveremos a ser los mejores amigos que éramos antes. ¿Es eso lo que quieres?

Noa frunció el ceño, no del todo segura de querer responder. Pero como le gustaba ganar las discusiones, al final dijo:

—Sí, exacto.

La lluvia nos envolvió, implacable. Empapándonos la ropa, el pelo, corriendo como pequeños ríos sobre nuestra piel. Vi cómo sus pupilas se dilataban mientras el recuerdo de mi boca en la suya nos golpeaba con la fuerza del aguacero. Le dediqué mi sonrisa más angelical y ella dejó de sonreír.

«Ya te tengo.»

NOA

Wes estaba tramando algo. Lo había visto en sus ojos.

Sentí un escalofrío y me envolví en mi albornoz. Justo allí es donde nos habíamos besado hacía una semana. Había vuelto a casa calada hasta los huesos. Se me erizó el vello... Al menos tendría ese único beso para recordarlo el resto de mi vida.

Al final iba a tener que darles la razón a él y a Cole: era todo cuestión de química. Y Wes y yo teníamos como para provocar una explosión.

El sonido de una canción vibró en mi cuarto. Entré y me lo encontré tirado en la cama, descalzo y mirando uno de los mangas que tenía en la mesilla.

Lo iba a matar.

Él me dedicó una sonrisa triunfal. Arrogante. Capullo.

—Pero ¡qué...! —grité—. Wes, ¿cuándo has entrado?

Levantó la mirada y me recorrió de arriba a abajo lentamente. Me estremecí.

—¿Se puede saber qué haces?

—Escucho música.

Cogí su móvil y paré la canción.

—¿Cuándo has...?

Se había cambiado, llevaba ropa seca.

—Hace como unos... diez minutos. Oye, este me gusta. —Levantó el manga.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cruzándome de brazos.

—¿Lo de siempre? —contestó extrañado.

Me mordí la lengua porque sabía que estaba intentando provocarme, pero no le iba a dar el gusto.

—Tengo que vestirme.

—¿Desde cuándo te importa que esté aquí mientras te cambias, Noa? —sonrió.

Su actitud risueña me estaba cabreando. También me molestaba que estuviese allí tumbado y no me quitase los ojos de encima, y que eso me hiciese sentir un cosquilleo en el estómago.

—Desde que no tengo ropa interior puesta. Así que lárgate.

Sus ojos se abrieron sorprendidos. Sus pupilas se dilataron mientras su mirada me escaneaba con intensidad.

Me puse rojísima. «Mierda, Noa.»

—Bueno, yo, como tu mejor amigo, puedo prometerte que no voy a mirar. —Se le dibujó una

sonrisa ladeada en la cara.

Se me aceleró el corazón. Joder, me gustaba mucho.

—Pero si no fuera solo tu mejor amigo, entonces ya sería otra historia.

—¿Me estás diciendo, de verdad, que vas a mirar a escondidas mientras me cambio? —
Enarqué las cejas.

—Solo digo que no podría prometerte no hacerlo. La sinceridad es importante. —Puso cara de niño inocente.

Le habría pegado si eso no lo hubiese puesto más feliz de lo que ya estaba.

—¿Sabes qué? —dije abriendo mi mesilla y sacando las primeras bragas que había pillado y cogiendo mi camiseta gigante de pijama—. Que me voy a vestir al baño.

Sus ojos se detuvieron en mi ropa interior y se le encendieron las mejillas. A este juego podíamos jugar los dos, y yo no era tan inocente como la gente se empeñaba en creer. Que no me gustase hablar de ciertas cosas no quería decir que no pensase en ellas.

WES

Noa salió con el pelo húmedo y una camiseta grande de mangas largas que le llegaba un poco por encima de las rodillas. El problema era que ahora no paraba de pensar en lo que llevaba debajo y en las ganas que tenía de deslizar mis manos por sus muslos hasta encontrarme con aquel trozo diminuto de tela.

No podía apartar los ojos de sus piernas. ¿Cuándo se había vuelto tan increíblemente atractiva?

—¿Y tu madre? —pregunté para distraerme.

—Trabajando. Hoy tenía evento en una empresa del centro —dijo ella sentándose en la cama. Genial. Estábamos solos.

—¿Estás nervioso por lo de mañana?

—No demasiado.

Se me escapó un bostezo. A ella se le contagió.

—No te mereces que te lo diga porque estás siendo un incordio, pero seguro que lo vas a hacer bien. Eres bueno.

—¿Eso ha sido un cumplido? Debes de estar enferma —bromeé.

Noa se rio con suavidad. Alargué el brazo y tiré de ella hacia mí hasta que se quedó tumbada a mi lado. Estiró la mano y me apartó unos rizos de la frente, y yo sentí que todo mi cuerpo se relajaba. Noté cómo se me cerraban los ojos.

—Wes —susurró Noa—. Te estás quedando dormido. Vete a casa.

—Estoy bien aquí, gracias.

Me sacudió el hombro.

—En serio, no puedes dormir aquí.

—¿Por qué no? Siempre lo hago.

Me incorporé y me quité la camiseta. Me arrastré hasta la cómoda y saqué un pantalón corto de deporte.

—¿Qué haces? —preguntó Noa cuando empecé a desabrocharme los vaqueros.

—¿Cambiar-me?

Ni siquiera estaba mirándome. Tenía los ojos clavados en el suelo y estaba sonrojada. «Conque solo amigos, ¿eh?»

—Wes, vete a casa —insistió.

Yo me dejé caer otra vez en la cama. Ni de broma me iba a ir. Primero, porque la había

echado mucho de menos. Segundo, porque tenía un plan y estaba saliéndome de maravilla. Y tercero, porque Noa seguía siendo mi mejor amiga y me gustaba estar con ella, y punto. Además, esa noche estaba preciosa.

—Quiero quedarme aquí. Tú lo has dicho: somos amigos, estamos igual que siempre. Nunca ha habido ningún problema por que me quedase a dormir aquí, así que, ¿por qué me iba a marchar? De todas formas, para cuando tú te despiertes ya me habré ido a las pistas.

Noa suspiró e imaginé la batalla que se estaba librando en su cerebro entre ceder o admitir que no tenía razón. Por supuesto, hizo lo primero.

—Vaaale. Quédate, pero no ronques.

—Yo no ronco —me quejé.

Apagó la luz y ambos nos quedamos mirándonos en la oscuridad. La claridad que se colaba por la ventana me dejaba entrever la forma de su cara y le pasé la mano por la mejilla. Ella cerró los ojos y contuvo la respiración.

—Buenas noches, Noa —susurré con un nudo en la garganta.

—Buenas noches, Wes.

NOA

Emma me esperaba en la cola para entrar al recinto de las pistas de *skate*. Estaba con Sam, la había traído para que pudiéramos conocernos al fin.

Era más alta que Emma y estaba más rellenita. Tenía el pelo rizado y teñido con mechas anaranjadas. Sus ojos de color verde resaltaban en contraste con el tono oscuro de su piel. Parecía salida de una película de los años cincuenta: llevaba un vestido estilo *vintage* cerrado al cuello que le llegaba por debajo de las rodillas, unos mocasines preciosos y unas gafas de montura de carey. Me cayó bien al instante.

Una gótica y una retro. Qué combinación tan curiosa.

—Hola —las saludé.

—¡Hola! —dijo ella, y me dedicó una sonrisa que le abarcó todo el rostro.

Tenía el mismo aspecto de buena persona que irradiaba Emma y entendí al instante porqué habían congeniado.

—¿A que lo adivino? Zoe llega tarde —me dijo Emma.

—Mil puntos para ti. Me ha dicho que vayamos cogiendo sitio y que ya llegará.

Sam resultó más habladora de lo que esperaba. Me contó que trataba de comprar siempre ropa de segunda mano para no generar residuos, que en su casa los plásticos estaban casi prohibidos a no ser que no hubiese otra alternativa y que el siguiente objetivo familiar era cambiar su coche híbrido por uno eléctrico. Emma parecía muy orgullosa de todo lo que Sam decía.

Mi madre y yo reciclábamos, y hacía unos meses Emma la había convencido de que cambiase todos los recipientes del catering por materiales biodegradables. Aun así, estábamos lejos del nivel de compromiso de la familia de Sam.

Zoe llegó media hora tarde, cuando los primeros participantes ya habían salido. Parecía una actriz de Hollywood de incógnito con sus gafas de sol gigantes y una gorra de béisbol.

—¿De quién te ocultas?

—De nadie —dijo quitándose la gorra y peinándose con los dedos—. Mi madre ha tenido una crisis esta mañana. A lo mejor la ingresan en una clínica. No me ha dado tiempo de arreglarme.

Emma y yo nos lanzamos una mirada y Sam se quedó en silencio. No sabía si Emma le había contado algo de los problemas familiares de Zoe.

—¿Estás bien? —le preguntó Emma.

—Sí..., bueno, me he asustado un poco, pero llamé a mi padre y vino muy rápido. Ha sido él quien ha llamado a los médicos y se ha encargado de todo. En el caso de que ingresen a mi

madre, me quedaré con él —suspiró—. Sé que debería estar muy triste, pero me siento... aliviada —dijo con culpabilidad—. Es un sitio muy bueno, no en plan manicomio. Es como irse a un retiro, ¿entendéis? —trató de justificarse—. Quiero a mi madre, mucho, pero me hace falta un descanso, y ella necesita que la ayuden. —Levantó la mirada hacia nosotras y nos dijo con preocupación—: ¿Creéis que soy muy mala persona?

—No, claro que no. Tu madre no se va a ir para siempre. Y es lo mejor para ella.

—La gente tiene muchos prejuicios respecto a las enfermedades mentales como la depresión, y lo reducen a que están locos. Mi madre no está loca, su cerebro simplemente no funciona como el de los demás. Es lo que me dijeron los médicos. Solo tiene que tratarse. Puede que nunca esté bien del todo, pero mejorará.

Desvió la mirada hacia la pista, zanjando la conversación.

—¿En qué puesto quedaron vuestros amigos el año pasado? —preguntó Sam, probablemente para ayudarla a cambiar de tema.

—Wes, tercero, y Cole y Nate, a mitad de tabla. No recuerdo el número exacto.

—Claro, ella solo recuerda la posición de Wes —dijo Zoe dándome un codazo.

Me puse colorada.

—Lo recuerdo porque es mi mejor amigo y porque le he oído hablar de eso mil veces.

—¿Cuándo le toca? —me preguntó Emma.

—Creo que va de los últimos, con Cole.

Fueron pasando participantes mientras nosotras nos dedicábamos a conocer más a Sam y a contarle historias vergonzosas de Emma. A mediodía hubo un descanso y fuimos a pillar algo de comer. Dejé a las chicas haciendo cola y me acerqué a la carpa donde estaban los competidores. Estaba llena de padres y madres abrazando a los que ya habían salido y otros dando ánimos a los que aún no lo habían hecho. Vi a los de Cole por allí, impecablemente vestidos, y al hermano pequeño de Nate con su madre.

—Bu —me susurró alguien al oído, y di un salto del susto.

—Eres idiota.

Wes me dedicó una de sus sonrisas torcidas. Esa que decía: «Sé que estoy bueno». No sé si había sido siempre tan guapo o qué, pero últimamente se me aceleraba el corazón cuando lo tenía cerca.

—Más te vale ganar —le dije dándole con el dedo en el pecho—, porque ha venido la novia de Emma y quiero presumir de amigo.

—Bueno, si me lo pides así, sin nada de presión... —dijo con voz burlona—. Seguro que puedo machacarlos a todos.

Los padres de Cole lo estaban abrazando y resultaba muy gracioso porque él era más alto que ellos. Wes los miró y sonrió. Me pregunté si estaría triste porque su madre no hubiese venido.

—¿Dónde están mis ánimos? —preguntó.

—¿Ánimos?

Wes me dedicó su sonrisa más angelical y me estremecí. Dio un paso hacia mí y me abrazó. Yo comencé a protestar, pero no me soltó.

—¿No es a eso a lo que has venido? Es lo que hacen los amigos de verdad, ¿no?

«Qué capullo...»

Le devolví el abrazo. Era confortable y cálido, y tenía ese olor que me traía buenos recuerdos. Me hacía sentir como en casa.

—Lo de que tienes que ganar es broma. Voy a presumir de ti igual —le susurré contra la piel de su cuello.

Wes se separó unos centímetros y me pasó una mano por la mejilla, sosteniéndome el rostro.

—Noa, eres... —se interrumpió de golpe—, eres la mejor.

Se echó hacia atrás y los dos nos quedamos mirándonos en silencio. Hay cosas que no hace falta decir en voz alta. Palabras que flotan en el aire, que abarcan emociones imposibles verbalizar. Lo mucho que nos queríamos, lo importantes que éramos el uno para el otro, lo orgullosa que estaba de él... No necesitaba verbalizar que yo siempre estaría ahí para él, ni a él le hacía falta decirme lo mucho que me valoraba. Lo veía en sus ojos, lo sentía. Y sabía que Wes podía verlo en mí.

Su mirada me acarició el rostro. Suave, delicada, íntima. Y ambos nos gritamos en silencio lo que no nos atrevíamos a decir en voz alta: «Me muero por estar a solas contigo».

Wes se apartó y me sonrió con malicia.

—Nos vemos en la fiesta de después —susurró, y sé metió en la carpa.

«El muy hijo de p...»

Sabía lo que me estaba haciendo. Me dejó allí plantada, confundida y sin aliento. No estaba acostumbrada al Wes que ligaba conmigo de forma directa y no sabía cómo manejarlo. Sobre todo porque había una parte de mí que se moría por dejarse llevar por ese juego.

Wes lo hizo mejor de lo que esperaba. Había aprendido un montón de trucos nuevos que no le había visto nunca. El público le dedicó muchos aplausos acompañados de silbidos al ejecutar algunos de los más espectaculares.

Le dije a Emma que lo grabara porque mi madre me había pedido que le mandase un vídeo y yo no quería perderme ni un movimiento.

—Tenías razón, Wes es muy bueno —comentó Sam.

—¿A que sí? Este año lo ha hecho mejor que el pasado. Se esfuerza mucho. Se ha roto un brazo, hecho un esguince en la muñeca, dislocado el hombro y ni sé la de veces que se ha raspado en caídas. —La cara se me partió en una sonrisa enorme. El corazón me latía con orgullo —. Le dedica mucho tiempo.

—Ten cuidado —me dijo Zoe. La miré sin entender—. Se te han caído las bragas.

Las chicas se rieron, menos Sam, que estaba tratando de ser cortés.

—Sois tontas, en serio.

—Sí, sí; tú niégalo.

WES

Llevaba las copas por encima de mi cabeza mientras esquivaba a gente bailando. Divisé la cabeza rapada de Cole y la de Nate sobresaliendo por encima de las demás. A su lado, Noa, con un vestido diminuto tipo kimono y mi cazadora vaquera, que le quedaba enorme, se reía junto con Emma de Zoe. La última trataba de seguir los pasos de Sam. Por lo visto, llevaba toda la vida recibiendo clases de baile y la tía se movía como una profesional.

Pasé un brazo por los hombros de Noa y le di la copa al mismo tiempo que la apretaba contra mí. Ella levantó la cabeza para mirarme de forma acusadora, reprendiéndome porque sabía lo que estaba haciendo. No me importó, y ella tampoco se apartó.

—¡Ese campeón que va a invitarnos a copas toda la noche! Ahora estás forradísimo, ¿eh? —me gritó Nate chocándome los cinco.

—¿Sabe que las consumiciones para los participantes son gratis? —me preguntó Noa al oído.

Me encogí de hombros y la hice girar sobre sí misma para que bailase conmigo. Ella se rio mientras le daba un sorbo a su copa. Se acercaron unos colegas para felicitarme. Acabamos comentando el campeonato y, aunque a mí en realidad solo me apetecía celebrarlo con Noa, no fui capaz de escaparme de la conversación antes de que ella decidiera volver un rato con sus amigas. No le quitaba ojo. Esperaba que no se me notase demasiado.

—No sabía que fueses tan bueno —dijo una voz chillona detrás de mí.

Me giré y me encontré con una chica alta de pelo oscuro y ojos rasgados. Tenía el móvil en la mano y me sonreía. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era la hija del colega de mi padre.

—Mis amigas están flipando con que te conozca. Soy la envidia de todas. —Se rio—. Enhorabuena, por cierto.

—Gracias.

Vi a un grupo de unas cuatro chavalas a unos metros que estaban mirándonos fijamente y cuchicheando.

—Mi hermano estuvo supercabreado contigo todo el día. Te puso verde. —Volvió a reírse—. Creo que fue el mejor día de mi vida.

—Eh..., pues me alegro.

—¿Podemos hacernos una foto para mi Instagram?

«Lo que me faltaba.»

Me encogí de hombros, pensé que cuanto antes accediera, antes se iría. No se me había

olvidado lo persistente que era.

—Ey, ¿no nos vas a presentar?

Sus amigas se habían acercado.

—Este es Wesley Robert —dijo la niña dándose importancia.

—Hola, yo soy Andrea —se presentó una de ellas.

—Hola.

Miré a ambos lados en busca de alguien que me sacara de allí. Mis amigos estaban a unos metros dando saltos y bebiendo como salvajes.

—¿Puedo seguirte en Instagram? —me preguntó la tal Andrea.

—Tú misma.

—Qué pesadas, mira que os he dicho que os esperaseis —comentó la hermana del idiota.

—Ay, me encanta lo que has hecho. ¿Llevas mucho tiempo practicando? —dijo una rubita.

—Sí.

—Yo también quiero una foto, Siena —dijo otra.

«¡Es verdad, se llamaba Siena!»

—¿Y a mí qué me cuentas? Pídesela a él.

—¿A qué curso vas? —insistió la primera.

—¿Te ha dado miedo en algún momento? —siguió la rubia.

—Es que me da vergüenza.

—¿Te has roto algo alguna vez?

—¡Os queréis callar! —les dijo Siena.

La que se había presentado como Andrea me miró mordiéndose el labio y se acercó más a mí. Me puso una mano en el pecho, se inclinó hacia mi oído y me dijo:

—¿Me das tu número de teléfono?

Escuché una tos a mi lado. Noa había aparecido de la nada. Me agarró la mano, no el brazo, sino la mano. Sonrió a Siena y a sus amigas.

—Perdón, pero os lo tengo que robar.

Estaba borracha. Lo vi en el brillo de sus ojos, en el modo perezoso como se movió su lengua y en el hecho de que se mostrase tan descarada. Me pareció que estaba tratando de marcar territorio, y eso no era típico de ella. Jamás la había visto celosa. Comenzó a arrastrarme hacia la barra y escuché a lo lejos:

—¿Es su novia?

—Eso creo —dijo Siena.

—Jo, qué suerte tiene...

NOA

Había perdido la cuenta de las copas que llevaba encima. ¿Cuatro, quizá cinco? Me costaba mantener el equilibrio. Tenía poco aguante. La música sonaba a todo volumen y la gente saltaba como loca. Me agarré a Wes para no caerme. Eché la cabeza atrás y miré el cielo lleno de estrellas que giraba sobre mí.

—¿Estás bien?

—Suuuperbién —respondí moviéndome al ritmo de la música.

Wes me agarró del talle, deslizando sus manos por la tela suave de mi vestido, que era tan fina como papel de fumar. Tenía las pupilas tan dilatadas que casi no le quedaba verde. Creo que se me escapó una risita que se perdió entre el ruido. Wes se acercó a mi oído y me susurró:

—Joder, me encanta que seas tan pequeña.

«Ay, qué mal. Qué mal, Noa.»

Había una cosa, algo que mi cerebro me recordaba que no debía hacer, pero la música estaba tan alta que no oía mis pensamientos. Y Wes estaba tan guapo... Le miré los vaqueros, le quedaban demasiado bien.

«Ay, qué mal.»

Puto alcohol, putas canciones rítmicas. ¿Dónde están los temas deprimentes cuando los necesitas? Putas tres de la mañana y puto Wes, que me lo estaba poniendo difícil con su cuerpo pegado al mío y esa mirada que me estaba echando...

—Weees —le advertí.

—¿Qué? —me dijo con su cara de niño bueno.

Esa expresión astuta. Ese puntito burlón era mi debilidad. Estaba perdiendo la batalla contra mí misma.

«¡Tus motivos, Noa, recuérdalos!»

Creo que me pegué más a él.

«Muy bien, mantente firme.»

—Sé lo que estás haciendo —dije arrastrando las palabras.

—Y ¿qué es?

Le di un sorbo más a mi copa mientras trataba de fulminarlo con la mirada, pero creo que no lo hice muy bien, porque se rio. Di un paso atrás, me quité su chaqueta y se la tiré.

Me pasé los dedos por debajo de los ojos para retirarme el rímel, que se me estaba corriendo por culpa del sudor. Era ese momento de la noche en el que empiezas a parecer un oso panda.

Me choqué con alguien que bailaba a mi lado y noté la mano de Wes en mi codo ayudándome a enderezarme.

—Qué guapo eres, joder.

El gesto risueño de Wes se transformó al escucharme.

«¿Lo he dicho en voz alta?»

—¿Estás ligando conmigo?

—Tú eres el único que liga.

Lo vi enarcar una ceja, divertido. «No bebas más, Noa.» Le di el último sorbo a mi vaso y miré alrededor, buscando dónde tirarlo. Wes me lo quitó de la mano y fue hacia una papelería.

Me recogí el pelo, estaba muerta de calor. Me sentía febril.

Me giré buscando a Wes. Estaba hablando con una chica que lo había interceptado por el camino. Si hubiera estado más sobria me habría dado cuenta de que era una compañera del campeonato, pero en ese momento solo me fijé en cómo le sonreía embelesada y en lo mona que era. Me quedé mirándolos. Sentí una presión en el pecho, una especie de pinchazo. Debería estar más que acostumbrada a esas situaciones. No; de hecho, no deberían ni importarme después de lo que le había dicho a Cole.

Me acerqué hacia ellos ignorando esa parte molesta de mí misma que me decía que utilizase el cerebro. Los dos me miraron. Me habría sentido cohibida si no fuese por la cantidad de alcohol que llevaba dentro.

—¿Bailas conmigo? —le pedí, entrelazando mis dedos con los suyos.

Él me miró sorprendido. Me apretó la mano en un gesto cariñoso.

El corazón se me aceleró.

Bum. Bum. Bum.

—Claro —asintió con una sonrisa—. Ya nos veremos por las pistas —le dijo a la chica.

Ella le guiñó un ojo y se alejó de nosotros con una sonrisa.

Wes me rodeó con sus brazos y yo le pasé una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás. Bajé por su cuello hasta dejarla sobre su pecho, donde noté lo acelerado que tenía el pulso.

Cerró los ojos e inspiró para relajarse.

Bum. Bum. Bum. Sus latidos se hacían eco de los míos.

Pasé los dedos por los botones de su camisa, de un bonito color amarillo apagado. Estábamos tan cerca que nuestros muslos se frotaban conforme nos movíamos al ritmo de nuestra propia canción. De la que sonaba en nuestro interior. El ritmo que marcaban nuestros corazones.

Tenía los ojos clavados en su pecho porque sabía que si miraba hacia arriba me encontraría con su boca. ¿Era yo la que le había dado un discurso el día anterior sobre que debíamos ser solo amigos? Sí. ¿Era una hipócrita de mierda? Sí. ¿Qué fuerza de voluntad tenía si solo me duraba un día la resolución de quedarnos como estábamos?

«Vamos a bailar y ya.»

Wes me acarició la espalda y sentí un pequeño escalofrío de placer. Apoyé las manos en sus

hombros y me eché hacia atrás. El DJ cambió de canción. Wes tiró de mí, y me robó el aliento.

Bum. Bum. Bum.

—Noa... —suspiró con la voz ronca.

Joder, tenía los ojos más bonitos del mundo. Y esa boca... Me mordí el labio inferior y sus manos me pegaron a él. Juraría que lo oí gruñir. Mi pecho chocó con el suyo, ambos en busca del aire que nos faltaba.

Bum. Bum. Bum. Martilleaban nuestros corazones.

Wes inclinó la cabeza y me rozó el cuello con la punta de la nariz. Inspiró mi olor. Me estremecí contra su cuerpo.

—Me estás volviendo loco. —Su voz sonó una octava más grave.

Sus labios se posaron sobre la piel de mi garganta. Yo gemí. Tan fuerte que pudo saborearlo en la punta de la lengua mientras me besaba el cuello. Nuestros cuerpos se apretaron, atraídos por ese tirón gravitacional que nos unía irremediablemente. Wes me mordió el cuello y yo sentí un relámpago de placer.

—¿Puedo besarte ya? —Casi no pude reconocer su voz teñida de deseo crudo.

Lo miré a los ojos y sentí cómo me daba vueltas la cabeza.

—Sí, por favor —gemí

—¿Te vas a arrepentir mañana? —preguntó inclinándose hacia mí.

—No podría ni aunque quisiera. —Mi voz sonó desesperada.

Él bajó la cabeza y yo me puse de puntillas. Nos encontramos a medio camino, chocando nuestras bocas como si estuviésemos hambrientos. Joder, qué ganas tenía de sentir aquello otra vez. Wes me envolvió en sus brazos como si por mucho que nos apretásemos no estuviésemos lo suficientemente cerca. Me mordió el labio y yo enredé mis dedos en su pelo. Tuvimos que separarnos a coger aire jadeando.

Nos besamos allí. En medio de la multitud. Al ritmo de la música y borrachos. No pensé en nada más que en la sensación de euforia que me recorría las venas, en lo bien que besaba Wes y en lo mucho que me gustaba. Fue como entrar en éxtasis. Y me daba igual, porque pasara lo que pasase entre nosotros, siempre tendría esa noche. Ese recuerdo. Y los recuerdos perduran para siempre en nuestro interior.

WES

Había dormido como unas cuatro horas cuando mi cuerpo decidió que no necesitaba más. Me preguntaba por qué no funcionaba como cualquier otro adolescente. Los recuerdos de la noche anterior seguían repitiéndose en mi mente, provocándome escalofríos. Noa me estaba fundiendo el cerebro, estaba acabando con mi cordura. Tenía resaca de ella, de su boca, de su sabor, del sonido jadeante de su garganta cuando la besaba, de su olor nublándome los sentidos...

Decidí salir a correr. Ni me molesté en coger una sudadera. Necesitaba enfriarme la cabeza.

Vi su casa a lo lejos.

—Prométeme que vas a ser mi amigo para siempre —me había dicho arrastrando las palabras mientras la dejaba en la puerta al volver de la fiesta.

—No sé si lo que tenemos es exactamente una amistad, Noa.

—Me da igual. Tú prométemelo.

Cierta desesperación tiñó su voz. Sus ojos me suplicaban. Y yo suspiré con frustración.

—Soy tuyo, Noa. De cualquier manera que quieras.

NOA

El domingo no había visto a Wes. No me arrepentía de lo que había pasado entre nosotros. ¿Cómo iba a arrepentirme de algo que había disfrutado tanto? Había sido demasiado perfecto. Pero me sentía avergonzada. El día anterior le había dado un discurso sobre que solo debíamos ser amigos, y cuando me dejó en mi casa le insistí en lo mismo. Dios, había bebido demasiado. El pobre Wes debía de estar tan confuso...

Yo también lo estaba, así que me pasé el domingo en el sofá con mi madre viendo películas de suspense mientras ella elaboraba sus teorías sobre quién sería el asesino. Fascinante.

El lunes volví a clase con la cabeza gacha y hundiéndome en el jersey. Puede que estuviese exagerando, pero no quería oír ni un comentario sobre que Wes y yo nos habíamos enrollado en plena fiesta, a la vista de todos.

A primera hora volví a encontrarme una nota en la taquilla.

Espero que ya tengas tu respuesta. Ahora falta lo más importante: ¿saltas al vacío o no?

Miré a mi alrededor. Se me aceleró el pulso. Yo había oído esas palabras antes.

Me temblaron las manos ligeramente. ¿Era Cole? Tenía que ser él. Era la única persona con la que había hablado del tema. Había sido él quien me había planteado aquella metáfora.

Había sido muy inteligente y cuidadoso. Quizá aquella última pista tuviera que ver con el hecho de que lo había rechazado. ¿Sería ese el propósito de las notas, que me diese cuenta de qué sentía?

—¿Qué haces ahí escondida? —me dijo Zoe, sobresaltándome.

—Por Dios, no aparezcas así de la nada.

—Nos llevas evitando desde del sábado.

Me puse roja y empecé a caminar hacia la siguiente clase con Zoe detrás. Quería huir de esa conversación a toda costa.

—No te creas que te vas a librar. Ay, nuestra Noa, que cuando bebe se nos desmelen.

—Cállate, que me da mucha vergüenza.

Zoe empezó a reírse de mi reacción.

—No sé por qué, chica. La mitad de los que estaban allí estaban mucho peor que tú.

—Me da vergüenza que la gente nos haya visto besarnos —dije en voz bajita—. Y lo peor es que vosotros también. Ahora no puedo mirar a nadie a la cara.

—Estás mal de la cabeza. Qué exagerada eres.

—Es que después de lo de la foto de Cole, ahora esto... —Me mordí la lengua al ver la cara de Zoe.

—Nadie se acuerda ya de aquello. Las historias aquí tienen una vida muy corta, eso es agua pasada.

Entramos en el aula y nos sentamos en nuestra mesa habitual.

—Bueno, chica, ahora vamos a lo importante. ¿Cómo fue? ¿Qué pasó? Cuéntamelo todo.

Hice un sonido de agobio, pero a Zoe le dio igual. Se quedó mirándome fijamente, taladrándome el cerebro con sus ojos azules. Bien podría trabajar de policía con lo bien que se le daban los interrogatorios. Qué persistente.

—Es que estoy hecha un lío, porque el viernes le dije que quería que fuésemos amigos y nada más, y el sábado... Si es que soy una blanda. Wes me estaba provocando, y me puse celosa de una tía. ¿Te lo puedes creer? —Negué con la cabeza—. Y después nos pusimos a bailar y... me gusta mucho —murmuré.

—¿Qué?

—Que me... gusta mucho —repetí por lo bajo.

—Ya sé que te gusta mucho, chica. Solo hay que veros, os salen corazones por los ojos cuando os miráis....

Intenté no sonreír ante la idea de que Wes me mirase así.

—¿Te acuerdas de la pregunta esa que me hiciste el día que fuimos a comer? —comentó Zoe.

—Sí, cómo no...

—Bien, pues ya sabes cuál es tu respuesta.

Wes y yo habíamos establecido un acuerdo tácito de no agresión; es decir, ambos nos estábamos dando espacio para poner la mente en orden. Pero la verdad es que me estaba costando mucho aclararme.

Sabía que todos tenían razón sobre que no podía vivir siempre con miedo al qué pasará, que no podía quedarme mirando la vida desde la barrera. En algún momento tendría que atreverme a lanzarme, aprender a sufrir las consecuencias y lidiar con ellas.

Sonaba muy bonito en la teoría, pero ¿qué hacía con el miedo? ¿Dónde lo escondía, cómo me sobreponía a él?

Una no deja de ser como es de la noche a la mañana. Como si yo fuese ahora a cruzar el patio corriendo hacia la mesa de Wes y a tirarme encima de él gritándole que lo quería delante de todos. No, nunca, jamás. Me moriría de la vergüenza. Si quería hablar con él lo haría en privado, y cuando estuviese preparada, no muerta de miedo.

De todas formas, ahora tenía otra cosa más en mente. Cole y sus notas. Tenía que confirmarlo de alguna forma. Podría ir y preguntarle directamente, pero... ¿y si no era él? Las notas eran algo

mío y solo mío. Mi reto personal, mi misterio. No quería revelarlo a la ligera. Además, me apetecía jugar según sus reglas.

A la hora de la salida vi a Wes apoyado en su coche mirándome. No se me pasó el detalle de que él no solía venir en coche... Me hizo un gesto con la cabeza y me acerqué a él con los nervios a flor de piel. Qué ridícula me sentía.

—¿Te llevo? —me preguntó.

—Bueno, qué honor —bromeé.

«Los amigos bromean.»

Me metí rápido en el asiento del copiloto porque seguía teniendo la paranoia de que la gente nos miraba por lo que había pasado. Seguramente a nadie le importaba lo más mínimo, pero así de paranoica era yo a veces.

—Me alegro de que no hayas salido corriendo —comentó Wes.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Lo sabes muy bien.

Salió del aparcamiento esquivando a los adolescentes que caminaban encorvados con sus mochilas en dirección al autobús, como si les pesase la vida.

«¿Qué puedo decir? A veces la vida pesa.»

Mi madre se reiría de mí por decir eso. Me soltaría algo así como que no tenía ni idea de lo que era tener verdaderos problemas. Y puede que tuviese razón. Pero ¿qué quería que hiciera? Con diecisiete años no me preocupaba tener un trabajo estable para poder permitirme comprar un buen piso o cosas así.

«Voz de mamá que vives dentro de mí: estos son mis problemas y yo los considero importantes.»

Wes estiró el brazo y encendió la radio. La voz dulce de Taylor Swift sonó por los altavoces.

Take me back to the house in the backyard tree.

Said you'd beat me up, you were bigger than me.

You never did, you never did.

Take me back when our world was one block wide.

I dared you to kiss me and ran when you tried.

Just two kids, you and I.

Oh, my, my, my, my.

Well, I was sixteen when suddenly,

I wasn't that little girl you used to see.

But your eyes still shined like pretty lights.

Los ojos verdes de Wes brillaron cuando se encontraron con los míos. Y el coche se llenó con el peso de todo lo que no nos decíamos. Con todas esas verdades que no éramos capaces de enfrentar.

Apagué la radio, que se llevó la canción de Taylor Swift sobre una persona que se acaba casando con su mejor amigo.

—¿Por qué no podemos seguir como siempre? ¿Por qué nuestra relación ha tenido que cambiar tanto? —me sorprendí diciendo de pronto.

—Ya lo sabes. Y a pesar de que no quieras oírlo, mis sentimientos no van a cambiar.

Aparqué el coche en la entrada de su casa, pero ninguno de los dos se movió. Se respiraba un ambiente desgarrador.

—¿Te acuerdas de cuando nos enfadamos justo antes de mi accidente?

Wes me miró y vi un destello de dolor en sus ojos. Odiaba hablar de aquello.

—Como si fuese a olvidarme de eso —me dijo con voz amarga.

—Recuerdo el momento exacto en que abrí los ojos y fui consciente de verdad. —Se me entrecortó la respiración y le supliqué a mi cuerpo que no llorase—. No me dio tiempo a sentir miedo, solo alivio. —Wes agarraba el volante con tanta fuerza que le temblaban los brazos—. Pensé en mi madre. Sabía que estaba allí. No sé si recordaba haberla visto o si los enfermeros me lo dijeron. No era horario de visitas cuando desperté —aclaré—. Y luego pensé en ti. —Wes contuvo el aliento y me miró muy quieto—. En lo último que te había dicho, y entonces sí que sentí miedo. De haberme muerto estando enfadados, sin hablarnos. De que pensases que eso era lo que yo sentía por ti, que el último recuerdo que te quedase de mí fuera ese. —Me tembló la voz.

Los ojos de Wes brillaron llenos de dolor e inundándose de lágrimas que no derramó. Sabía que le estaba trayendo recuerdos dolorosos a la memoria, pero necesitaba decirle todo aquello. Tenía que explicarle por qué aquella situación era tan difícil para mí.

—No me lo habría perdonado, Wes. Entonces pensé: ¿y si esa era mi segunda oportunidad?, y me hice una promesa: jamás volvería a poner en peligro nuestra amistad. Nunca te perdería.

Dos gotas enormes cayeron sobre mi falda. Me limpié la cara con el dorso de la mano. Me había costado cuatro años ser capaz de confesarle aquello. Y aunque me dolía como si me hubiesen arrancado un trocito de corazón, también me sentía más liviana.

Era absurdo fingir que no sentía nada por él. No engañaba a nadie ya, ni a mí misma. Tal vez por fin Wes entendiese por qué el miedo me ganaba la batalla.

Él seguía agarrando el volante con todas sus fuerzas, aún con los ojos vidriosos.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—Porque es demasiado... ¿íntimo? Me siento muy tonta compartiendo lo que me pasó por la cabeza entonces, incluso me costó decírselo a la psicóloga. Y tampoco quería abrumarte...

—¿Se lo has contado a Cole?

—Eh... —suspiré—. No exactamente. Me escuchó hablándolo con Emma ese verano, y en la fiesta de Nate me preguntó por ello.

Wes clavó la vista en el volante. Tenía todos los músculos tensos.

—¿Sabes lo mal que lo pasé? —Le tembló la voz—. Cuando llegué a casa me encontré a mi

madre, y ella nunca llega antes de las siete de la noche. Me esperaba en la cocina. Me dijo que me sentara, que tenía que decirme una cosa. Me acordé de la escena de *Un puente hacia Terabithia* en la que le dicen al niño que su amiga ha muerto.

Yo siempre lloraba con esa escena.

—Ya sabes lo fría que es, pues aun así parecía triste, y me habló con delicadeza. —Se le quebró la voz, y a mí el corazón al oírlo—. Me dijo: «No te asustes». Y me asusté. Claro que me asusté. «Tu amiga Noa ha tenido un accidente esta mañana, la ha atropellado un coche.»

»En el segundo que pasó entre eso y lo siguiente que me dijo pensé que te habías muerto. Fue el puto segundo más largo de toda mi vida, Noa. Ni siquiera sabía que se podían pensar tantas cosas en un segundo, que te cabía la vida entera. Porque me cupo. Desde la primera imagen que tenía de ti con las coletas ladeadas y los dos dientes de menos, hasta la última vez que te había visto. Un borrón en el pasillo del colegio, lejos de mí. Y te juro que me morí, durante ese segundo en el que pensé que habías dejado de existir yo también lo hice.

Se me escapó un sollozo entrecortado y me tapé la boca con la mano.

—Entonces dijo que estabas en el hospital y que estaban operándote. —Las lágrimas me caían por el rostro, incontrolables—. Lloré y me enfadé y quise ir a verte, pero no me dejaron, claro. Jamás en la vida he pasado tanto miedo, Noa. Nunca.

Frunció el ceño. Las lágrimas desbordaban sus preciosos ojos verdes y le manchaban el rostro.

—Nunca he creído en nada, pero me dio igual. Fui al parque, a nuestra roca frente al lago, cerré los ojos y supliqué. Le pedí a lo que fuera que me oyese que te pusieses bien y prometí que a cambio no te dejaría jamás. Juré que sería el mejor amigo del mundo y que no volvería hacerte daño ni a dejarme llevar por lo que los demás opinasen de mí o de nosotros.

No solía ver llorar a Wes. Siempre se escondía tras esa fachada imperturbable que les gustaba poner a los chicos. Me partió el corazón en dos. Me desabroché el cinturón y me lancé hacia él, envolviéndolo en mis brazos. Él me sentó en su regazo y hundió la cabeza en el hueco de mi cuello.

—Tú tampoco me habías dicho eso nunca —susurré.

—Ni a ti ni a nadie. Fue el momento más triste de mi vida y supongo que todos pensamos o hacemos cosas desesperadas en esas ocasiones.

—Lo sé...

Le pasé una mano por el pelo y sentí cómo su respiración se calmaba poco a poco.

—No quería convertir esta conversación en algo tan deprimente —dije.

—Yo tampoco.

Me reí a través de las lágrimas. Wes me pasó los pulgares por debajo de los ojos para enjugármelas.

—¿Dónde nos deja esto?

Suspiré. Ojalá tuviera una respuesta, pero ni yo misma sabía qué hacer. En serio, ¿cómo

procesaba la gente sus sentimientos? ¿A todos les costaba tanto como a mí? ¿Hacían lo primero que les venía a la mente? ¿O se enredaban en un bucle entre lo que deseaban de corazón y lo que su cabeza les decía que era mejor?

—No lo sé —admití.

Wes parecía inmensamente triste y vulnerable, y me dolió el corazón al mirarlo, como si estuviese respirando fuego.

—Pero lo sabré, solo necesito un poco de tiempo —añadí.

Apoyé la cabeza en su hombro y oí el latido pausado de su corazón. Aquel sonido, la calidez de su piel que me llegaba a través de su sudadera, sus brazos firmes a mi alrededor, el modo tan dulce y seguro como me abrazaba, todo eso me calmó. Fue como si el mundo me estuviese gritando, «Vais a estar bien».

—No vas a perderme nunca, ¿vale? Ni de coña pienso cabrear al universo incumpliendo mis promesas, que te quede claro. Soy una persona con buen karma y quiero que siga siendo así —me dijo, tratando de que su tono fuese ligero.

Sentí en mi garganta las dos palabras que quería decirle, pero no me atreví a pronunciarlas. Así que lo abracé más fuerte. Solo necesitaba reunir el valor para darme una última respuesta.

«¿Saltas al vacío o no?»

WES

—¿Te acuerdas de la chica esta que fue a hacerse una foto contigo el sábado?

Nate nos había arrastrado a un bar a ver un partido de fútbol de su equipo. Ni a Cole ni a mí nos interesaba lo más mínimo, pero el sitio estaba tan lleno de gente que nadie nos iba a pedir el carné para servirnos una cerveza.

—¿Eh? —pregunté distraído.

—La asiática.

—Ah, sí. Siena. ¿Qué pasa?

—Es guapa.

—¿En serio, tío? —dijo Cole—. ¿Vas a empezar otra vez? ¿No habías dicho que estabas bien solo y todo eso?

Nate ignoró el comentario de Cole e hizo como si no lo hubiese escuchado. Para mí que, por mucho que se esforzase en decirlo, se sentía solo. Nate era de esas personas rutinarias que necesitan tener claro qué ocurre en su vida. Se había acostumbrado a tener novia y ahora parecía un poco perdido. Quizá fuera de esas personas que no saben estar solteras.

—Además, creo que tiene como catorce o quince años, Nate —añadí.

—¿Y qué?

—Ni siquiera has hablado con ella...

—Pues con más razón. Me la puedes presentar y a ver qué tal.

—Ni de coña. Es muy pesada, y sus amigas, más. Síguela por Instagram y háblale; total, se pasa más tiempo mirando el móvil que otra cosa. Además, tiene un hermano que es gilipollas.

—Bueno, ni que fuera a casarme con ella.

—Búscala entre mis seguidores. Se llama Siena nosequé.

Sacó su teléfono y se puso a buscarla.

—¡Venga ya! ¿Es modelo o qué? —comentó mirando sus fotos—. Ey, mira, sales tú.

Fruncí el ceño y me acerqué a su pantalla. Había subido el selfi que nos habíamos sacado en la fiesta. En el pie de foto ponía: «Con mi amigo Wes, que ha ganado hoy», y un montón de *hashtags* estúpidos.

«¿Cómo que amigo?»

Lo mejor es que me llamaba Wes, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Ves como está flipada?

—¿Esa que sale al fondo es Noa? —preguntó Nate.

Me acerqué más y, en efecto, la vi. Estaba unos metros más atrás, con Zoe al lado, pero mientras las chicas hablaban de espaldas, ella nos miraba fijamente a nosotros con los brazos cruzados y la cara seria.

—¿Cuándo pensáis arreglar vuestra relación? —me dijo Nate.

—Me ha dicho que necesita tiempo para aclararse.

Capté cómo Cole apretaba la mandíbula. Apoyé la frente en la mesa, exasperado.

—No he conocido a nadie al que sea más difícil hacer cambiar de opinión —murmuré para mí mismo.

—¿Y por qué no te das por vencido y ya está? —sugirió Nate.

—Porque cuando estamos solos es... como la expectación justo antes de besar a alguien que te gusta de verdad, pero multiplicado por mil.

—Bueno, creo que todos nos dimos cuenta el sábado de que química entre vosotros no falta —se rio Nate—. Sois mis mejores amigos, así que me tapé los ojos, literalmente.

Me lo creía. De Nate siempre podías creerte hasta lo más inverosímil.

—¿Qué tienes, doce años, Nate? —le dijo Cole seco.

Se levantó y se fue al baño. Nate me miró y se le escapó la risa, y yo negué con la cabeza porque aquello era surrealista.

—Sigue con Siena, anda.

Intenté mirar el partido, pero la verdad es que no me interesaba lo más mínimo. El móvil de Cole vibró y su pantalla se iluminó mostrando un mensaje de Noa. Podría mentir y decir que no lo quise mirar, pero en cuanto vi su nombre me puse a leerlo.

¿Qué haces? ¿Estás en casa?

Sentí los latidos del corazón a toda velocidad. Miré mi móvil de forma instintiva: no tenía nada de ella. Y ahí estaba la ansiedad. ¿Sería Noa capaz de salir con otra persona para acabar con la tentación de que nuestra relación cambiase?

Cole se sentó a mi lado y cogió el teléfono. Lo miré de reojo y vi cómo le cambiaba la cara al ver el mensaje. Apenas pudo disimular su sonrisa, aunque se puso un poco tenso y se giró para que yo no lo viera.

—Eh..., me tengo que ir. Nos vemos mañana en clase.

Mi espalda se puso tan recta como un palo de billar. «No, joder, no.» Iba a ir a hablar con ella, a verla. ¿Y si Noa había decidido que quería que nos quedáramos como estábamos? ¿Y si prefería estar con Cole? Quise levantarme e ir a buscarla, pero Noa no era mía. Tenía que superar esa estúpida sensación de inquietud.

—Tío, entonces ¿tú crees que tengo posibilidades con ella? —me dijo Nate, mirando su reflejo en la pantalla del móvil y sonriendo para sí mismo.

—Sí, Nate. Ya te digo que sí.

NOA

No, ¿qué pasa?

Nada, quería verte. Si estás ocupado
no pasa nada.

Qué va. Me paso por tu casa en
veinte minutos.

Vale.

—¡Mamá, voy a ir a cenar por ahí con mis amigos! —grité desde mi cuarto.

—¿Ahora?

—Sí, pero vamos a ir cerca. En una hora y media estoy aquí.

—Mañana tienes clase...

—Ya lo sé.

—Que te dejen en casa, ¿eh?

—Sí, sí, tranquila. Vamos en coche.

Esperé a Cole en la puerta envuelta en mi abrigo. Mediados de octubre y ya hacía un frío horrible. Repasé mi plan hasta que llegó y aparcó delante de mí. Me hizo un gesto para que subiera.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó.

—A una cafetería que me encanta. Está a unos diez minutos.

Arrancó y le fui indicando. Como era la hora de la cena, casi todas las mesas estaban ocupadas, pero encontramos una en una esquina.

—Pues... —empecé dubitativa, mientras tomábamos asiento— hace unos días vi una película con mi madre. Iba sobre una chica que recibe unos mensajes anónimos y tiene que utilizarlos para resolver un misterio. Me gustó mucho.

«Muy bien, Noa. Ha quedado muy natural.»

Cole frunció el ceño. El pobre parecía perdido. Normal. Hacía una semana lo había rechazado y ahora lo llamaba para ir a una cafetería y me ponía a charlar sobre cine.

—¿No te parece una idea muy curiosa?

—¿Cuál?

—La de mandarle anónimos a alguien para que descubra algo.

Sutil. Muy sutil.

—Sí, supongo. De pequeño, mis padres me hacían buscar mis regalos de Navidad dejándome pistas por casa. Creo que lo hacían más por lo bien que se lo pasaban preparándolo todo que por lo que lo disfrutaba yo.

Ajá. Así que tenía antecedentes familiares. Puede que hubiese sacado la idea de ahí. A lo mejor no se me daba tan mal eso de ser detective.

—¿Se lo harías a alguien?

—¿El qué? ¿Una búsqueda de regalos?

—No. Bueno, algo así. Ponerle pistas para que averigüe algo.

Cole frunció el ceño y se echó hacia atrás en la silla cruzándose de brazos. Me quedé momentáneamente fascinada por lo bonito que era su jersey oscuro. Vestía de manera muy elegante para tener diecisiete años.

—¿Me estás preguntado esto por algún motivo, Noa?

Entrecerró los ojos con sospecha.

—No. No. Claro que no. Es solo que vi la película y...

—¿Para qué me has escrito?

Ser detective se me daba fatal. Me miré las manos mientras pensaba en otra forma de abordar el tema.

—Quería decirte que ya tengo la respuesta a la pregunta que te hice. ¿Te acuerdas?

—Como para olvidarla... —me dijo con voz grave.

Me di cuenta de que estaba recordando su respuesta.

—También he estado dándole vueltas a lo que me planteaste. A lo de si debería saltar al vacío o no. Y creo que ya sé lo que quiero.

Me incliné un poco sobre la mesa y entrecerré los ojos, mirándolo fijamente a ver si captaba algún gesto que lo delatase. ¿Me habría equivocado con él, o estaría disimulando muy bien?

Cole parecía confuso. Quizá lo había mirado demasiado intensamente. Pero siempre que Zoe nos miraba así a Emma y a mí terminábamos confesándonoselo todo.

—¿Estás bien, Noa?

—¿Yo? Sí, sí. Perfectamente. Solo quería eso. Que supieras que ya tengo mis respuestas.

Se rio y me miró expectante.

—¿Y me las vas a decir o no?

«Mierda.»

Solo pretendía que me dejara una nota y para que viera mi mensaje de: «Sé quién eres». Pero, claro, no tenía intención de responderle, al menos no de momento. ¿Y si resultaba que me equivocaba y no era él? Desde que había visto la última nota había estado muy convencida de haberlo descubierto, pero empezaba a dudarlo.

La camarera trajo por fin nuestro pedido, y agradecí la interrupción. Pero no duró demasiado.

—¿Y bien? —insistió Cole en cuanto ella se marchó.

—Bueno..., todavía no puedo decírtelas. Solo quería que supieras que he sido capaz de

respondérmelas a mí misma.

Supliqué para que no sonara tan patético como me lo había parecido a mí. Cole pareció sopesar mi respuesta y me miró como tratando de adivinar si le estaba diciendo la verdad o no.

La pantalla de mi teléfono se iluminó y vi que Wes me había escrito.

Me paso por tu casa, ¿ok?

Sufrió un momentáneo ataque de pánico. Cole y yo estábamos solos en una cafetería, cenando. Desde fuera podía parecer una cita. Durante unos segundos me debatí entre darle alguna excusa o decirle la verdad. ¿Se pondrían las cosas todavía más tensas entre nosotros tres?

Pero como siempre decía mi madre, en las películas de suspense el inocente siempre parece el malo porque huye de la escena del crimen y miente, y eso le hace parecer culpable. Así que, en un alarde de sabiduría y madurez por mi parte, le contesté:

Estoy en esa cafetería que me gusta con Cole. Si quieres,
puedes unirte. Acabamos de pedir.

Apareció el mensaje de «escribiendo» y después se desvaneció. Y así una y otra vez. Noté los ojos azules de Cole pegados a mí.

Tardó casi dos minutos en decirme:

Okey.

—¿A que adivino quién es? Wes.

—Sí. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque sabía que iba a pasar esto.

—No te entiendo

Cole me sonrió de forma amarga.

—Quería estar a solas contigo, Noa.

Me quedé planchada. Pensaba que habíamos aclarado lo que había entre nosotros..., pero al parecer no.

—No sé si no me he explicado bien o si es que no lo quieres ver.

Cole apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia mí. Sus ojos fijos en los míos.

—Eh... Cole...

—¿Qué pensabas, que ibas a dejar de gustarme de un día para otro? —Su voz sonó áspera—. Porque en ese caso, no eres consciente de lo que siento por ti —dijo en tono íntimo, y de pronto no parecía que estuviéramos en una cafetería llena de gente, sino en algún lugar apartado—. No quiero jugar sucio, Noa. Y Wes es mi mejor amigo. Pero eso no quiere decir que no me vuelvas loco, ni que no me maten los celos. Joder, me hace increíblemente feliz que me escribas porque quieres hablar conmigo, pero ¿crees que no me muero por besarte?

Me estremecí y tuve que apartar la mirada de sus ojos oscuros. Su sinceridad siempre me robaba el aliento.

—Es que nunca había estado en una situación así y no sé cómo debería comportarme. ¿Seguimos siendo amigos, o hay que poner distancia? Y si me alejo ¿pensarás que soy una borde? Si hago como si nada, ¿soy una insensible? No quiero hacerte daño, de verdad.

—Ya lo sé. Pero una parte de mí espera que si lo de Wes sale mal me des una oportunidad.

Cogí una patata y la mordisqueé. ¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de intentar algo con Cole? Siendo totalmente justa y sincera, aunque no lo admitiría antes Wes ni ante Zoe de momento, me había halagado que Cole sintiese algo por mí. Era un chico misterioso, atractivo, un poco oscuro, directo y a la vez tremendamente amable.

Pero no era Wes. Y ese era el problema. No, ese era mi problema. Que nadie, nunca, sería Wes.

—Pero eso... —Las palabras se agolpaban en mi cabeza. Miles de cosas dándome vueltas—. No sé muy bien qué decirte.

—Ojalá lo supiera yo... Me siento gilipollas contigo, Noa. Me jode verte con Wes, me jode que no sientas lo mismo por mí, pero aun así sigo esperando que me llames, y cuando lo haces, aquí estoy. No puedo decirte que no.

—Lo siento, pero mi respuesta es...

Se abrió la puerta de la cafetería dejando que una fría ráfaga de viento me sacudiera el pelo. Wes.

Sus ojos verdes nos buscaban, y mi pecho se llenó, feliz. Levanté la mano y su boca se curvó en una pequeña sonrisa. Se acercó a paso rápido. Cogió una silla y se sentó entre nosotros mientras se quitaba la cazadora.

«Bonito triángulo», pensé al vernos. ¿Podía haber una situación más extraña que aquella? Lo dudo. Y me había metido en ella yo solita.

—Hola, tío. No has dicho nada de que ibas a quedar con Noa —comentó Wes robándome una patata frita.

—No sabía que tú nos lo notificases todo —repuso Cole.

Wes lo miró mientras se comía otra patata frita. Alargó la mano para ir a coger más y retiré el plato, enfadada.

—Eh, no te comas mis patatas. Es lo que más me gusta, idiota.

—Vaya, y yo que pensaba que estabas a favor de compartir —dijo con tono irónico—. ¿No es eso lo que haces? Repartir tu tiempo entre Cole y yo.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Haces bromas sarcásticas cuando algo te molesta. No lo soporto.

—¡Vaya! No me había dado cuenta. Pensaba que estaba siendo encantador. Tal como esta cena. —La sonrisa no le llegó a los ojos.

—Siempre igual... Intentas cabrear a los demás cuando estás enfadado.

—¿Enfadado yo? Que va, me encanta esta situación. Iba a recoger flores de camino, para

vosotros.

—¿Os lo pasáis bien? —intervino Cole frustrado.

—Wes, estás siendo muy infantil.

—Perdóname. No me había dado cuenta de que estaba en una reunión de adultos. ¿Me compráis un batido de chocolate? —dijo él con tono burlón.

Pero detrás de ese tono y de esas palabras estaba el verdadero Wes. Herido y perdiendo la paciencia con aquella situación. Aun así, no tenía por qué comportarse de esa forma.

Nos sostuvimos la mirada, cabreados. Alguien pasó a mi lado y se paró junto a la silla de Wes. No vi quién era porque me negaba a perder nuestro duelo silencioso. Escuché a Cole mascullar una palabrota, y entonces la recién llegada habló:

—¿Wes?

Ambos levantamos la cabeza. Tardé unos segundos en recordar de qué la conocía, hasta que su imagen llevándose a Wes de la cocina del Embarcadero vino a mi mente. Era la chica con la que sospechaba que se había acostado en verano.

—Estoy ahí con unas amigas y te he visto entrar. Cuánto tiempo.

Wes pareció confundido un momento, como si estuviese tratando de recordar su nombre.

—Hola, Rebeca.

Le dedicó una sonrisa y se levantó para saludarla. La chica tenía el pelo pintado de rojo, llevaba un *septum*, vaqueros rotos y una camiseta de un grupo de música que yo no conocía.

«¿Qué se cree, una estrella del rock?»

No la conocía, pero me cayó mal al instante. Tenía ese aspecto alternativo de «Soy más guay que vosotros». Parecía muy del gusto de Wes, tenía algo similar a Lana.

—No me diste tu número la última vez que nos vimos.

—Estamos en el siglo XXI, hay otras maneras de contactar —le siguió el rollo Wes con tono seductor.

Apreté los dientes.

—Yo no tengo redes sociales, me gusta mantener el misterio —dijo ella de una forma sugerente que me dio ganas de vomitar.

«Menuda cretina.»

Aparté la mirada de ellos, cabreada e indignada. Cole me estaba mirando de forma condescendiente, como si supiera lo que estaba pensando. Lo ignoré y me puse a comerme mis patatas antes de que se quedasen blandas.

La tal Rebeca sacó un lápiz de ojos de su bolso y se puso a escribir su número en una servilleta. Pero ¿qué tipo de persona hacía eso hoy en día? ¿Se podía ser más petulante?

—Toma —le dijo a Wes con voz melosa—. Escríbeme o llámame y nos vemos un día de estos.

Él cogió la servilleta y se la guardó en el bolsillo.

«Yo flipo. ¡Las aplicaciones de mensajes también son una red social, estúpida!», le grité

dentro de mi cabeza.

Rebeca se inclinó sobre Wes y le susurró algo al oído. Él le dedicó una media sonrisa. Respiré hondo para calmarme. Wes estaba tonteando con esa tía delante de mí para devolverme lo de Cole, la diferencia estaba en que yo no había tonteado con él.

Wes y yo no teníamos nada, y eso era culpa mía. Era yo la que no estaba segura de querer dar el paso, aun así... me ardió el pecho. ¿Era así como se sentía Wes cada vez que nos veía a Cole y a mí juntos?

—Hasta luego —dijo Rebeca.

«Sí, adiós, pesada...»

Wes se sentó sonriente y nos miró. Me dieron ganas de abofetearlo. Cole nos miró y puso los ojos en blanco. Sentí una necesidad terrible de llorar. Era yo la que nos estaba haciendo aquello. Era culpa mía y de mis miedos.

Puse mi mejor sonrisa falsa y me levanté. Me temblaban las piernas.

—Ahora vuelvo —anuncié, y me dirigí hacia el servicio.

Cuando vi que no me estaban mirando cambié de ruta y salí por la puerta lo más rápido que pude. Necesitaba marcharme de allí. Necesitaba espacio. La realidad me había dado una buena bofetada. No era más que una mentirosa. Le había dicho a Cole que ya tenía mis respuestas, pero no era verdad. O sí, lo era, pero no me había atrevido a aceptarlas. No hasta que había visto a Wes con esa chica.

NOA

Al día siguiente llegué casi media hora antes al instituto. Fui a mi taquilla, saqué mi t pex de bolígrafo y escribí en la puerta: «S  qu n eres». Técnicamente no estaba permitido hacer aquello, pero una vez hubiese cumplido su cometido lo rascar  y listo.

Ten  la esperanza de que Cole hubiese captado mi mensaje la noche anterior y que apareciese hoy a dejarme una nota y lo leyese. De todas formas, como no quer  hacer trampas, una vez hube terminado mi mensaje me fui a la biblioteca a matar el tiempo. Si me escond  para verlo dejar la nota, el juego perderá la gracia,  no?

Me hab  pasado toda la noche dándole vueltas al tema de Wes y a las notas. Ten  que resolver esos dos problemas, pero centrarme en las notas era mucho menos doloroso.

—Chica,  qu  te pasa? Llevas todo el día en la luna.  Cu ntas veces has ido ya a la taquilla? — dijo Zoe.

—Es que est  enamorada —respondió Emma.

Nos habíamos quedado dentro durante el descanso porque el día estaba lluvioso y frío. Había ido en cada intercambio a comprobar si ten  alguna nota nueva, pero nada. Estaba empezando a impacientarme.

— Ves? Ya ni lo niega —se río Emma.

— Qu ? —dije yo.

Zoe negó, exasperada. A veces le gustaba adoptar una pose de chica madura que salía con dos crías. Se pein  con los dedos su larga melena rubia. Mir  hacia el pasillo y a los chicos que pasaban, y torci  el gesto.

—Llevo casi dos meses sin acostarme con nadie. Y todo por culpa de mi estúpida obsesión con ese... En fin, que lo que quiero decir es que me apetece mucho que me... —Pasó a describirnos con detalles lo que quería hacer y que le hicieran.

Me atragantó con el café y Emma tuvo que darme golpecitos en la espalda. Qué bruta era Zoe cuando hablaba de esos temas, joder. Emma sonrió de oreja a oreja sin inmutarse. Normalmente era una persona alegre, pero ahora que me fijaba, hoy lo parecía más de la cuenta.

—Lo digo en serio —continu  Zoe—. Lo de Cole salió mal, pero, chica, no me puedo quedar estancada ahí. —No sonó del todo sincera—. El problema es que ya he salido con todos los tíos de nuestra edad que merecen la pena. Y no me van los críos. Tengo que ampliar mis horizontes

—dijo poética—. Encima, me va a bajar la regla pronto y estoy más..., ya sabéis. —Hizo un gesto con las cejas para enfatizarlo.

—Joder, Zoe —dije.

Emma soltó una risita tonta.

—No me digas que tú no te mueres por desnudar a tu Wes —respondió ella.

—¡Cállate! —le susurré muerta de vergüenza—. Y no es mi Wes.

«Al menos todavía.»

Miré a ambos lados para ver si alguien nos había escuchado. Emma siguió riéndose.

—A ver, chica, que todos os vimos enrollaros el sábado. Ya te digo yo que si tú no lo piensas, él sí.

La quería matar.

—No he dicho que no lo piense, pero...

—Mira, a las tías nos gusta tanto el sexo como a los tíos; si nos lo hacen bien, claro, porque algunos... —resopló—. A lo que voy es a que si Wes te pone y quieres tirártelo, no hay nada malo en ello. La libertad sexual de las mujeres es feminismo.

—Ya lo sé, y estoy totalmente de acuerdo. Eso no quita que me dé vergüenza hablar del asunto.

—Tómate tu tiempo, Noa —dijo Emma.

Zoe se inclinó sobre la mesa para examinarla atentamente. Le estaba echando su mirada de interrogatorio. Cuando se ponía así daba miedo.

—Hoy estás más contenta que de normal —dijo suspicaz.

—Es verdad, yo también lo he notado —la apoyé.

—Para que lo haya notado esta, que está en la luna, ya tiene que ser obvio.

—Vete a la mierda —le dije a Zoe.

Emma me soltó el pelo, que había empezado a trenzarme, y se puso roja como un tomate. Me eché hacia atrás, aliviada de que ahora le tocara a ella ser el foco del interrogatorio de Zoe. Me dediqué a hacerme otra trenza mientras contemplaba la magia de la persuasión de mi amiga. Emma iba a cantar seguro.

Me miró en busca de ayuda, pero yo me encogí de hombros. Una vez que Zoe se ponía en ese plan era imparable. Tenía un radar para los cotilleos. Además, yo también quería saber qué le pasaba, así que fui una traidora.

—No la mires a ella. Mírame a mí. —Le chasqueó los dedos frente a la cara para recuperar su atención—. Emilia María, ¿está bien mentir a tus amigas?

Me empecé a reír. Emma no se llamaba así, pero una vez, con doce años, fuimos a una residencia de ancianos a hacer voluntariado y una de las señoras le preguntó: «¿Te llamas Emma? ¿Eso qué es, diminutivo de Emilia María?». Se volvió una broma común entre nosotras.

—Mira que puedes llegar a ser odiosa —suspiró Emma derrotada—. Os lo cuento, pero —dijo mirando específicamente a Zoe— no me atosigues a preguntas, ni te pongas a chillar, ni a

decir cosas que me avergüencen.

—Prometido —dijo ella levantando la mano.

Las dos nos inclinamos hacia Emma como si estuviéramos tramando algo en secreto.

—Ayer... me... acosté con Sam —soltó de sopetón.

—¿Qué? —susurramos nosotras a la vez.

—Que me acosté con Sam.

Estaba tan nerviosa que resultaba entrañable.

—¡No jodas! —gritó Zoe

—Eso fue precisamente lo que hizo —dije yo.

Las tres nos echamos a reír como tontas.

—¿Y cómo fue? —le pregunté.

—Al principio estaba muy nerviosa, pero luego ella me dio seguridad y confianza. Aunque estuve un poco torpe, salió todo bien —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Pareces muy feliz —le susurré.

—Es que lo estoy.

—No te voy a preguntar los detalles porque lo he prometido, pero que sepas que me muero de ganas. Además, cómo te odio —añadió Zoe abrazándola—. Al final vais a follar un montón las dos, y yo nada...

—¿Te quieres callar?

—Ay, sí, perdona, sor Noa, que usted a su Wes solo le quiere para cogerle de la mano —dijo poniendo una voz estúpida.

—No es mi Wes, para empezar. Y estábamos hablando de Emma...

—Pero ahora podemos hablar de ti —dijo esta, devolviéndome mi traición.

—Venga, sé sincera, chica. —Zoe bajó la voz con secretismo—. ¿Nunca has pensado en Wes?

Me levanté de un salto, colorada y muerta de vergüenza.

—Eres tonta, en serio —le espeté mientras me dirigía hacia la próxima clase.

Escuché sus carcajadas detrás de mí. No pensaba tener esa conversación ni con ellas ni con nadie.

WES

Noa estaba de espaldas, con la cabeza metida en la taquilla. Me aproximé por detrás, sigiloso, y acerqué mi boca a su oreja para susurrarle:

—¿Qué estás haciendo?

Soltó un grito y saltó, asustada. Me reí de la cara que puso.

—He tenido que acercarme con cuidado, no fuera a ser que te escaparas como ayer.

—Eres insoportable.

Intentó pegarme, pero la esquivé rápido.

—Venga ya, si soy encantador. —Le puse mi mejor cara angelical.

Noa cerró su taquilla de un golpe y me fijé en que tenía algo escrito: «Sé quién eres».

—¿Quién es quién? ¿Han descubierto tu segunda vida de ninja karateka?

—Si fueras la mitad de gracioso de lo que crees, serías el doble de gracioso de lo que realmente eres —dijo, y reconocí que era una cita de alguno de esos libros de fantasía que tanto le gustaban. Me los había dejado para que me los leyera y había visto todas las frases que tenía marcadas. Supongo que mi subconsciente se había quedado con esa porque la decía un personaje por el que ella estaba colada.

—Esa me la sé —dije. No recordaba el título exacto, pero me merecía algo de mérito, ¿no?

Noa me miró, sorprendida, y después su cara se iluminó con una sonrisa capaz de despejar las nubes de lluvia de aquel día.

—¿Qué tal lo pasasteis Cole y tú anoche?

—Sorprendentemente bien. Resulta que estábamos con una chica que se fue de forma traicionera. Qué maleducada, ¿no te parece?

—Creo que esa chica os mandó un mensaje para avisaros de que se había marchado. Y seguro que tenía sus motivos.

—¿Eso piensas?

—Lo sé con certeza.

Nos miramos retándonos. Había una especie de tensión eléctrica entre nosotros.

—Yo pienso que se fue porque estaba huyendo —le dije con voz ronca.

—No lo creo.

—¿No?

—A lo mejor es que alguien estaba siendo un poco gilipollas.

—¿Por qué?

Noa me miró. Nos habíamos ido acercando el uno al otro conforme hablábamos hasta quedarnos a centímetros de distancia. La vi tragar mientras sus ojos me recorrían de arriba abajo. No me contestó porque no quería reconocer que lo de Rebeca le había molestado. Pero no me importó el silencio. Estaba demasiado distraído en nuestro duelo de miradas.

—¡Dejad de tontear! —gritó alguien a nuestras espaldas.

Era la voz molesta del idiota de Nate, que interrumpió nuestro pequeño momento. Noa apartó la mirada y fue como si los dos saliésemos de un trance. Aproveché que estaba con la guardia baja y le susurré al oído.

—Me encantas con esas trenzas.

Se le cortó la respiración, y estoy seguro de que vi un destello de calor en sus ojos. Me aparté haciendo un esfuerzo enorme por no darle un beso en el cuello. Olía de puta maravilla.

Como aquel día llovía, había ido en coche. Cuando salimos, le pregunté:

—¿Vienes?

La vi titubear.

—¿Qué pasa, te pone nerviosa que estemos solos? —la pinché.

—Más quisieras —dijo ella, y echó a correr hacia el coche.

Entramos a la vez y nos dejamos caer en los asientos rápidamente. Puse la calefacción, me quité la chaqueta húmeda y la lancé a la parte de atrás. Noa bajó la visera y se miró en el espejo para recolocar los mechones que se le habían salido de las trenzas. Me quedé mirándola en silencio, no tenía prisa por llegar a casa ahora que estábamos solos.

—La lluvia molesta, pero si además hace aire es lo peor —comentó.

Alargó la mano y me la pasó por el pelo. Me tensé y ella se dio cuenta.

—Tenías una hoja —se excusó con voz tímida.

Estábamos solos en mi coche bajo una cortina de agua a pocos centímetros el uno del otro. Dejó caer la mano por mi pelo hacia mi mejilla y sentí un cosquilleo donde me tocó. En un movimiento involuntario incliné el rostro hacia su palma.

—No deberías hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque me lo pones más difícil.

—¿El qué? —dijo en apenas un susurro.

Me incliné hacia ella hasta que mi nariz tocó la suya. Soltó un pequeño jadeo. Sin embargo, siguió sin apartar la mano de mi cara.

—No besarte —contesté con voz ronca.

Con la misma rapidez con la que me había acercado me separé antes de que la cosa fuese a más.

Me había dicho que todavía no tenía una respuesta, e iba a esperar a que me la diese. Eso no implicaba que no pudiese jugar mis cartas bien, igual que intentaba hacer Cole. Estaba seguro de que no me veía como a un amigo, la tensión que había entre nosotros hablaba por sí sola.

Arranqué el coche y la música llenó el silencio. Sonreí para mí cuando vi su cara de estupefacción. La escuché suspirar. Parecía un poco decepcionada.

NOA

Puede que sepas quién soy, pero... ¿soy quien deseabas que fuera?

Esta es la última pregunta.

Sábado a las 16.00 en el Embarcadero. Tus respuestas y las mías.

Noté la adrenalina recorriéndome el cuerpo. Por fin lo iba a descubrir. Miré hacia el pasillo para ver si veía alguna cara conocida. Solo había visto a Cole de pasada al llegar al instituto. Emma y Zoe habían estado conmigo casi todo el tiempo, aunque no coincidíamos en todas las asignaturas. Además, esta última había propuesto quedar el sábado, precisamente, para una noche de chicas. Aunque quizá fuera para disimular... Por otra parte, estaba segura de que la nota no había podido ser cosa de Nate.

Era viernes, así que todo el mundo salía del instituto en tropel, corriendo hacia la libertad. Me dirigí hacia el autobús, donde sabía que Emma me estaría esperando. Zoe hoy había traído el coche de su madre y no venía con nosotras.

—Mis padres quieren conocer a Sam —me dijo Emma.

Aquello consiguió distraerme un poco.

—¿En serio? Qué bien, ¿no?

—Sí, pero ¿no te parece un poco pronto? Llevamos juntas un mes. A veces siento que vamos muy rápido.

—¿Lo dices porque os acostasteis?

—No, eso estuvo guay y me apetecía hacerlo. Pero el otro día me dijo que me quiere. —Se puso roja.

—¿Y tú no sientes lo mismo? —le pregunté.

—Me gusta mucho, pero todavía no sé si siento eso. Es superguapa, es lista y tenemos muchas cosas en común, y..., eh..., el sexo estuvo muy bien —añadió con cierta incomodidad.

Las dos nos pusimos rojas y evitamos mirarnos.

—Pero... —la animé yo.

—Pero creo que todavía no la quiero, y no me parece apropiado decírselo sin sentirlo, ¿sabes?

—¿Qué le dijiste, entonces?

—La besé. Es que no sabía qué hacer. Me hizo muy feliz que me lo dijera y no quería hacerle daño, así que fue lo único que se me ocurrió. Pero no es tonta, se habrá dado cuenta de que algo pasa.

—Voy a hablar como gran experta en el tema —bromeé—. Que todavía no estés preparada

para decírselo o que no lo sientas no quiere decir que no lo vayas a sentir nunca. A lo mejor solo necesitas más tiempo. Decirle a alguien esas dos palabras es un paso muy importante...

—Es que no quiero que esto estropee lo que tenemos. Me hace sentir culpable. —Se sopló el flequillo, frustrada—. Es la primera vez que salgo en serio con alguien y me abruma.

—Suenas como una adulta, Emilia María —bromeé abrazándola.

—Hablando de ser sincera con los sentimientos... —comentó echándome una mirada significativa.

—Estoy en ello —le prometí.

Mi madre tenía un evento, así que comí sola, sin parar de darle vueltas a la cita del sábado. Encontrarme con alguien desconocido en un lugar vacío no sonaba muy prudente. Estaba segura de que tenía que ser alguno de mis amigos, aun así, no me parecía seguro ir sin que nadie lo supiese. Uno nunca puede fiarse del todo.

Había quedado con mis amigas el sábado. Tenía una certeza del noventa por ciento de que no eran ellas, así que lo mejor sería decirles lo que pasaba y que me esperasen cerca del Embarcadero por si acaso. Aunque aquello conllevara un montón de preguntas que no me apetecía responder.

Después de darle muchas vueltas decidí llamar a Emma. Era la más comprensiva y no me atosigaría para descubrir cada pequeño detalle. Dejaría que fuese yo quien decidiese cuándo y cómo contárselo.

—Esto te va a sonar raro, pero ¿puedes esperarme cerca del Embarcadero mañana a las cuatro? He quedado con alguien para hablar de unas cosas.

—Sí, claro —contestó un poco extrañada—. ¿Con quién?

—No estoy segura. Sé que es alguien que conozco, mi principal sospechoso es Cole. Mañana lo confirmaré, pero quiero que haya alguien cerca por si acaso.

—Mmm, Noa, me estás asustando.

—Confía en mí, sé que no es nada turbio. De todas formas, para estar más tranquila prefiero que estés por allí. En cuanto vea que no es nada raro te llamo para que te quedes tranquila, ¿vale?

—Bueno, vale. Pero después quiero que me cuentes de qué va todo esto.

—Vale. No le digas nada a Zoe, por favor. Ya sabes lo intensa que es. Mejor que se entere cuando haya pasado.

Me asomé a la ventana de mi habitación y miré hacia la casa de Wes, al otro lado de la calle. Después de pensármelo unos minutos, me puse los zapatos y fui a buscarlo. Llamé a la puerta un par de veces, sin respuesta. La señora que se ocupaba de su casa ya solo iba por las mañanas. Miré hacia su ventana; no había ni rastro de luces o movimiento.

No lo había visto en el instituto, y eso que lo había buscado. Le había escrito al salir de clase, pero no me había respondido. Tampoco me había cogido el teléfono.

¿Me estaba castigando el universo por haber sido tan indecisa?

No era muy diestra en las actividades físicas y no acostumbraba a trepar por el enrejado como hacía él, pero llegados a ese punto estaba un poco desesperada. Comencé a subir agarrándome con fuerza. Wes lo hacía desde que tenía nueve años, no podía ser tan difícil.

Al final, con no poco esfuerzo, lo logré. Me agarré al alféizar de la ventana como quien se aferra a un salvavidas en el mar. Recé para que los vecinos no pensasen que era un ladrón y no llamasen a la policía.

Me asomé por la ventana y nada, ni rastro de Wes. La empujé. Cerrada. Todo mi esfuerzo había sido en vano. Miré hacia abajo y me acojoné. La subida parecía mucho más fácil que la bajada. Descendí dando traspiés y cuando pensaba que la caída no me mataría, me solté. Me gustaría decir que mi salto fue tan grácil como el de una atleta olímpica y que me posé en el suelo con suma elegancia, pero no fue así. Dejémoslo ahí.

¿Que si pasé la tarde y parte de la noche mirando por la ventana a ver si lo veía aparecer? Pues sí, eso fue lo que hice. Pero ni lo vi, ni tampoco contestó mis llamadas y mensajes.

«¿Dónde se ha metido?»

Cuando me había traído de clase en coche, todo había ido bien. Bien dentro de la situación extraña y complicada en la que estábamos metidos, claro. ¿Se habría cansado de esperar una respuesta?

Era viernes por la noche. Probablemente estaría por ahí de fiesta. Eso era lo que hacía la gente de mi edad: salir, pasarlo bien; no se quedaban en casa obsesionados como yo.

¿Y si Wes había quedado con la pretenciosa esa de la otra noche? Ella le había dado su número, y él se lo había guardado. Además, la última vez que nos habíamos visto se había apartado de mí. Cada maldita célula de mi cuerpo le había gritado que me besase y él se había echado atrás.

Me lo merecía.

Wes y yo no teníamos nada, así que perfectamente podría estar con esa tal Rebeca o con cualquier otra chica. Una parte de mí me decía que no sería capaz. Pero otra me decía: «¿Por qué no?». No me debía nada. ¿Cuánto tiempo pensaba que me iba a esperar?

¿Y si ya fuera demasiado tarde?

Todos los dibujos que intenté hacer resultaron un fracaso, no estaba inspirada. Mi madre había llegado hacía un rato y estaba viendo una película en el salón. Yo, en cambio, no tenía la paciencia suficiente para ver la tele. Daba vueltas en mi cuarto como un gato enjaulado. Más de una vez cogí el móvil con la intención de llamar a Cole o a Nate y preguntarles si estaban con Wes.

«¿Qué eres, una acosadora?»

La ansiedad no me dejaba estar quieta, no me permitía pensar con claridad. Me sentía como si me hubiese metido *speed*. No es que lo hubiese probado para saber cómo era, pero me imaginaba que la sensación sería parecida.

Pasé por varias fases esa noche: depresión, frustración, cabreo, desesperación... y fueron sucediéndose unas tras otras hasta que decidí bajar al salón. Mi madre estaba sentada, zapeando. Los viernes nunca echaban nada bueno. Me senté en el brazo del sofá y noté cómo me miraba.

—¿Quieres que te prepare una infusión? —me ofreció.

Asentí. Las madres deben de tener un sentido especial para percibir cuándo a sus hijos les pasa algo.

Volvió después con dos tazas humeantes. Olía a jazmín y a melisa.

—Mamá, ¿alguna vez papá y tú lo dejasteis? —pregunté mirando mi taza.

—Estábamos tomándonos un tiempo cuando murió.

Algo se me movió dentro del cuerpo. Alguna vez había insinuado algo así, pero nunca me lo había confirmado.

Le di un sorbito a mi taza. Estaba demasiado caliente.

—¿Por qué?

No estaba segura de si quería saberlo. Y al mismo tiempo lo necesitaba, era parte de mi propia historia.

—Las relaciones no son fáciles. No hay un solo motivo. Tu padre hizo algo que me dolió mucho. Y yo tardé años en reconocer que yo también le había hecho daño a él. Que de alguna forma yo también había contribuido para llegar hasta ese punto. Es cierto que la decisión final fue suya, pero sería muy injusto simplificarlo tanto.

Fruncí el ceño. Me costaba seguir su razonamiento.

—¿Os queráis?

—Sí. Muchísimo. Yo a tu padre lo voy a querer siempre, Noa. Y sé que él a mí también. Pero las relaciones no se reducen al amor que sientes. Hay muchas más cosas.

Me giré, haciéndome una bola en el sofá, y apoyé la cabeza en el respaldo mientras la miraba. Mi madre le dio un sorbo a la taza.

—A veces te guardas demasiadas cosas para ti: reproches, rencores, y ninguno de los dos es capaz de ceder. Ninguno tiene el coraje de pedir perdón. A veces nos gana el orgullo y el ego. Nadie quiere reconocer que estaba equivocado o que ha cometido un error. —Me miró—. Y eso no tiene nada que ver con el amor. El amor sigue ahí, debajo de todas esas cosas. El problema es que a veces eso pesa más.

Me llevé la taza a los labios y dejé que el cálido líquido me reconfortara. Me guardé las palabras de mi madre como una advertencia. «No dejes que eso te pase a ti —me dije a mí misma—. No cometas esos errores, Noa.»

—A veces merece la pena ceder frente a tu propio orgullo. Te da la impresión de que si lo haces le estás dando la oportunidad a la otra persona para ponerse por encima de ti, pero reconocer un error no es rebajarse, porque una relación es entre iguales. El orgullo te quitará más cosas de las que te dará. Y te aseguro que no hay nada más liberador que saber pedir perdón.

WES

La primera vez que alguien me dijo que le gustaba fue a los once años. Fue una niña de clase, cuyo nombre ya ni recuerdo. Mandó a sus amigas a decirme que fuese a la parte menos transitada del patio. Yo estaba jugando al baloncesto con mis amigos y todos empezaron a hacer bromas, pero fui porque me hizo sentir especial. Me dijo algo así como que yo le parecía muy guapo y que si quería salir con ella. No sé muy bien qué le respondí. Lo que sí recuerdo perfectamente fue cómo corrí hacia la sala de lectura donde siempre estaba Noa. Llegué sin resuello y muerto de emoción.

—¿Sabes qué? Mary —pongamos que se llamaba así— me ha dicho que le gusto —presumí.

La miré, expectante. El corazón me latía rápido, las manos me sudaban y me picaban los ojos de lo abiertos que los tenía. Tengo grabados a fuego todos los gestos que hizo, cómo dejó el libro sobre la mesa, cómo se giró para mirarme, cómo levantó la mano y me la puso sobre un hombro. Asintió una vez medio sonriendo y me dijo:

—Qué bien, Wes.

Y volvió a girarse y a coger su libro. Eso fue todo, ni siquiera en su voz hubo una pizca de emoción. Fue como si hubiese pinchado con una aguja mi ego, y yo me quedé desinflado. Me enfadé, por supuesto. Le grité que era tonta y una aburrida y no sé qué más, y me fui. No me siguió ni vino a pedirme perdón.

Lo seguí haciendo, cada vez que una niña me pedía salir iba corriendo a contárselo a Noa. Y ella siguió comportándose de la misma manera, como si le diese igual. Y a mí siguió molestándome y me seguí cabreando.

Todas esas confesiones no supusieron más que una validación. Significaban que gustaba, que estaba bien, que tenía la aprobación de esas chicas y que, por lo tanto, los chicos me respetaban porque era guay. Por eso cada vez que las recibía iba a contárselo a ella, porque pensaba: «Esta vez sí, esta vez me mirará con admiración y pensará que soy el mejor». Pero no. Noa solo me miraba con admiración cuando yo no lo esperaba, cuando hacía otras cosas, cosas que a nadie más parecían llamarle la atención: cuando le explicaba temas de clase que no entendía, cuando me tomaba en serio lo que hacía, o cuando había defendido a un compañero de clase de un idiota. Llevaba siendo adicto a que me mirase así toda la vida.

Y aunque yo me esforzaba por impresionarla, siempre acababa haciendo algo patético. Una vez, el primo mayor de Nate, que por entonces tendría unos catorce o quince años, y nosotros

casi doce, vino a su casa para Navidad y nos estuvo hablando de cosas de mayores. Nos explicó qué teníamos que hacer si queríamos que las chicas se pillaran por nosotros.

—Es muy fácil, chavales. La cogéis de la mano y la miráis fijamente a los ojos, ya veréis cómo se ponen en plan tímidas. A las chicas les gusta eso. ¿No veis las películas de amor? Se pasan la mitad del tiempo mirándose en silencio. Pensarán que sois tíos sensibles y ya está. Además —bajó la voz—, así es más fácil ir a por un beso.

Como buenos y estúpidos niños que éramos, nos tragamos aquello. Yo no quería enamorar a ninguna chica, pero una tarde, en casa de Noa, se me ocurrió que estaría guay que ella se colase por mí. La idea de besarla me hacía sentir un hormigueo en los dedos.

Mientras merendábamos le cogí la mano, ella me miró un poco confusa, pero no la apartó. No era la primera vez que nos dábamos la mano, aunque conforme crecíamos lo hacíamos menos, por aquello de que en primaria los niños y las niñas tenían que sentir asco los unos de los otros. En fin, que después de darle la mano empecé a mirarla fijamente y fui inclinándome sobre la mesa para estar más cerca de ella, que me devolvió la mirada.

Me salió totalmente al revés de como lo había planeado. El que se sintió tímido de pronto fui yo. Aunque ya era bastante más alto que Noa, me sentí extrañamente intimidado y se me aceleró el corazón, y mi cabeza se llenó de pensamientos como:

«¿Si le doy un beso sabrá como el bizcocho que nos hemos comido?»

«Eso estaría bastante bien.»

«¿Tengo que seguir mirándola a los ojos mientras la beso?»

Estaba a punto de lanzarme a ello cuando Noa tiró de su mano.

—¿Qué haces? —le dije con voz aguda.

—Tengo que hacer pis —contestó como si nada, y se largó.

Nuestra relación estaba llena de momentos así: yo intentando impresionarla y ella desmontándose por completo.

Recordé todo aquello mientras conducía sin rumbo. Había llegado el momento. No podía esperarla más. Si Noa no tomaba una decisión, quizás ese fuese nuestro final.

NOA

Estaba tan nerviosa que llegué casi quince minutos antes al Embarcadero. A lo lejos veía a los niños sacando las piraguas del río y arrastrándolas hacia el club náutico. Lo cierto es que el Embarcadero se llamaba así porque estaba justo al lado de uno, pero no lo era. Era una especie de chiringuito o almacén de pesca que hacía muchos años sus dueños dejaron abandonado. Un grupo de chavales lo había rescatado y ahora se utilizaba para celebrar fiestas durante el verano. El resto del año estaba cerrado y lleno de trastos.

Había llamado a Wes, le había escrito, había ido a su casa, pero nada. Ni rastro de él. Su madre me había dicho que se había ido temprano aquella mañana. Tenía un nudo en el estómago. No dejaba de repetirme una y otra vez:

«Por favor, que no sea demasiado tarde. Por favor.»

Emma me escribió para decirme que estaba en una cafetería allí cerca. Habíamos quedado con Zoe a las cinco y media. Esperaba que la cosa se resolviese pronto porque si no acabaría enterándose. Miré el reloj del móvil por décima vez: solo habían pasado unos minutos. ¿He mencionado ya lo nerviosa que estaba? Me entraron dudas sobre si la puerta estaría abierta y comencé a pensar en cómo habría conseguido esa persona las llaves del Embarcadero. Recordaba que los que lo abrían eran dos universitarios que no vivían aquí durante el curso. ¿Se habría colado? ¿Y si venía la policía y nos pillaba? ¿Nos detendrían? Me impacienté aún más.

Empujé la puerta despacio y cedió con un chirrido. El Embarcadero estaba cubierto de polvo, pues llevaba casi dos meses cerrado. Había cajas de bebida vacías apiladas por todas partes, redes, cañas de pescar, salvavidas, un kayak, un motor de lancha...

Oí una canción sonando de fondo y seguí la melodía como un mapa.

Sentí un hormigueo en la punta de los dedos. Me subió por las muñecas hasta los brazos, me llenó el pecho, la garganta, la boca, los ojos. Me bajó por el estómago. Hizo que me temblaran las rodillas. Me hizo cosquillas en el pelo. Me despegó los pies del suelo.

Bum. Bum. Bum.

Llegué a la sala donde estaba el sofá mugriento que ahora estaba cubierto por una lona. Me giré y no vi ni rastro de nadie. La canción llegó a su fin. Silencio absoluto. Esperé a ver si comenzaba otra que me condujese a una nueva estancia. No ocurrió nada. Estaba comenzando a impacientarme cuando me fijé en que la diana tenía una nota clavada. El pulso se me aceleró de la emoción.

Bienvenida. Supongo que si estás aquí es porque has encontrado todas tus respuestas. Empecemos por la última pregunta que te hice: ¿quién habrías querido que fuese? Responde en voz alta.

Giré sobre mí misma con la nota en la mano, pero no vi a nadie. Supuse que debía de estar cerca, si podía escucharme. El corazón me latía tan rápido que sentí una pequeña taquicardia. Tragué para deshacer el nudo que tenía en la garganta, las piernas me temblaban, y las manos también.

«Allá vamos, Noa.»

—La respuesta siempre ha sido y será Wes.

Esperé un momento. No salió nadie. Mi razón me decía que era Cole, mi corazón deseaba que fuese Wes.

Miré por la sala por si se me había pasado algo. Me sentí como si estuviese dentro de un *escape room* buscando pistas, pero no había nada más. Entonces, por algún tipo de inspiración divina, se me ocurrió girar la nota que ya tenía a ver si había algo en el reverso y... ¡bingo!

Vete a la sala de las bebidas.

En el momento en el que salí al pasillo, una nueva canción comenzó a sonar. El mapa melódico de ese momento viviría eternamente en mi memoria.

The lingering question kept me up.

Two A. M., who do you love?

I wonder 'till I'm wide awake.

And now I'm pacing back and forth

Wishing you were at my door.

I'd open up and you would say.

Hey, it was enchanting to meet you.

All I know is I was enchanted to meet you.

Entré en la estancia sin aliento. Había una nota pegada en la pared de enfrente en la que ponía con letras gigantes:

¿Saltas?

Y ahí estaba yo. De nuevo en el acantilado, con las puntas de los pies rozando el aire; abajo estaba oscuro. Un salto de fe, porque no sabes qué es lo que te espera. Un salto de valentía.

—Sí —dije a viva voz—. Salto.

Vi con el rabillo del ojo que algo venía hacia mí y me giré rápidamente. Un avión de papel que llegaba de la otra puerta de la sala. Lo agarré temblorosa y lo desdoblé.

Aún te queda una persona a la que hacerle la pregunta con la que empezó todo.

Mis sentimientos se liberaron como una presa demasiado llena. El avión de papel se mojó con mis lágrimas. Porque nunca me había atrevido a creerlo del todo.

Que era él. Que siempre había sido él.

—Wes. —Se me partió la voz al pronunciar su nombre. Demasiadas emociones me anegaban el pecho—. ¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

—Te diría lo que siento por ti —contestó.

Apareció por la misma puerta por la que había entrado el avión de papel. Sentí un vuelco en el corazón al verlo. Ayer lo había pasado tan mal buscándolo, me había sentido tan desesperada por hablar con él y luego tan triste pensando que no quería verme, que había perdido mi oportunidad... Me quedé paralizada mirándolo. Felicidad. Alivio. Euforia pura, cruda.

Me sentí fuera de mi propio cuerpo. Una espectadora de aquella escena. Mis sentimientos iban tan rápido que mi cerebro no alcanzaba a procesarlos.

—¿Y tú, Noa? ¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Nos separaban unos dos metros, pero me pareció mucho más, como si estuviésemos a kilómetros de distancia.

Un pequeño paso, solo tuve que inclinarme un poco hacia delante y dejarme caer al vacío. Le dije adiós al acantilado y a la tierra firme. Y volé.

—Te querría sin miedo y dejaría que me quisieras —contesté.

El corazón estaba a punto de salirseme del pecho.

No se me olvidará jamás la cara que puso Wes al escucharme. No era solo felicidad lo que llenó su rostro, era algo nuevo, algo más grande, más poderoso. Y el hecho de que yo fuese la causa... No había nada comparable a esa sensación. Cualquier cosa merecía la pena si él me miraba como lo estaba haciendo en ese momento.

No sé quién de los dos dio el primer paso, pero cuando me di cuenta nos estábamos abrazando, y después nos besamos. Y allí estaba él, al final de esa caída, preparado para sostenerme.

—Te quiero, Noa. Eres mi mejor amiga y la persona de la que estoy enamorado. Y nunca vas a dejar de ser ninguna de las dos cosas —me susurró con los labios pegados a los míos. Pude sentir su sonrisa.

—Te quiero, Wes. Y soy tuya, de cualquier manera que quieras —le devolví aquella frase que él me había regalado.

Agradecimientos

Este es el primer libro que escribí en mi vida y por eso siempre le tendré un cariño especial a estos personajes. Sin ellos y sin esta historia no estaría hoy aquí. Fueron el primer paso de un sueño que parecía difícil de alcanzar, pero que se ha hecho realidad.

Esta historia va sobre la amistad, algo que durante mi infancia y mi adolescencia fue un tema complicado. Encontrar a las personas con las que encajar nunca fue fácil, pero con el tiempo he encontrado mi lugar y a mis personas. Y aunque a veces haya momentos difíciles, las quiero con locura.

Este libro es para todos mis amigos, mi red de apoyo, mi soporte, mi lugar seguro, donde puedo ser yo y ser libre.

Gracias a Crossbooks, a Irene que quiso apostar por ellos y a todo el equipo que hay detrás para que lo tengáis ahora en vuestras manos.

Gracias a todas las personas que leísteis aquella primera versión que autopubliqué y que seguís hoy aquí.

A Fran y a mi madre, siempre.

A mi hermano Gaspar, que me regala jamón; él sabe cómo cuidarme.

Y, por último, me gustaría dedicarles este libro a dos lectoras voraces, que aunque todavía son muy pequeñas para leerme, espero que algún día, cuando lo hagan, se sientan orgullosas de mí. Sol y Manuela, os quiero con locura, más que estrellas hay en el cielo.

¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Nerea Llanes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Nerea Llanes, 2024

© Ilustraciones de cubierta: Cris Valencia

© Editorial Planeta S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Enchanted © Universal Music Publishing Group, 2010. Creada e interpretada por Tylor Swift.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2024

ISBN: 978-84-08-28679-0

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

